Las Máscaras



Jorge Edwards

Seix Barral / Nueva Narrativa Hispánica

LAS MASCARAS

JORGE EDWARDS



Primera edición
(Primer a cuarto millar), 1967

Depósito Legal B. 32.710-1967
Printed in Spain - Impreso en España

Jorge Edwards nació en Santiago de Chile en 1931. Estudió Filosofía y Derecho en la Universidad de Chile. Ejerció diversas profesiones (abogado, agricultor, periodista) antes de su ingreso en la carrera diplomática en 1957 . Desde entonces ha ejercido diversas misiones, y ha residido en Europa de 1962 a 1967. Actualmente reside en Santiago. Ha publicado dos libros de relatos: *El patio*, (Santiago 1952), *Gente de la ciudad*, (Santiago 1961, Premio de Literatura de la Ciudad de Santiago) y una novela: *El peso de la noche*, (Barcelona 1965, Premio Atenea de la Universidad de Concepción, de Chile). En la encuesta realizada por la revista "Ercilla", los críticos chilenos interrogados designaron por unanimidad *El peso de la noche* como el mejor libro chileno de 1965.

Las Máscaras es una colección de relatos en los que el autor analiza independientemente algunos temas mayores de la literatura que ha venido escribiendo hasta ahora: el peso corrupto de las presiones familiares y de las tradiciones en los años turbios de la adolescencia, los rigores deformantes de la soledad, etc… Cada uno de los relatos es, por otra parte, una proposición estilística, una experiencia de procedimiento.

DESPUES DE LA PROCESION

—¿Qué estás haciendo? —preguntó su madre, sorprendida—. ¿Pintándote?

—Sí —dijo Isabel—. Me eché una capita de colorete. Como es la procesión del Carmen…

—No seas tonta —dijo su madre—. ¿Para qué necesitas pintarte? Y déjame las cosas bien ordenadas, después.

—Es tan beata esta niñita —dijo su padre, desde la pieza del lado —. Para lo único que se le ocurre pintarse es para las procesiones.

—Déjala —dijo su madre—. Si quiere pintarse… Es mejor fomentarle la coquetería.

—¿Puedo usar el rouge? —preguntó Isabel.

—¿Para qué vas a ponerte rouge? —dijo su madre.

Isabel abrió el lápiz labial y se aplicó una capa muy delgada. Juntó los labios, con sabiduría instintiva, y después contempló el efecto. Satisfecha, se miró primero de frente, en seguida con la cabeza de soslayo. Cerró el lápiz labial y la polvera, limpió la orilla del lavatorio, donde habían caído polvos, y guardó las cosas en el botiquín.

—Parece que llegó la gorda —dijo su madre.

—¡Te pintaste! —exclamó la gorda, cuando Isabel la encontró ya instalada en su pieza.

—Sí —dijo Isabel, sin dar importancia al asunto—. El año pasado algunas de cuarto se pintaron para la procesión. Las monjas no les dijeron nada, ¿te acuerdas?

La gorda no se acordaba.

—No importa —dijo Isabel—. ¿Qué importancia tiene?

—¿Vas a ir después a casa de tu Pata? —preguntó la gorda.

—Tú también —dijo Isabel—. Estás invitada.

—¿En serio?

—¡Por supuesto! Estás invitada conmigo.

La gorda no dijo una palabra, pero una subterránea satisfacción ablandó sus rasgos.

—Habrá cosas ricas —dijo Isabel.

—Ya es hora de que partamos —dijo la gorda—. Yo no me pinto. Para qué…

—Para qué… Yo me pinté por hacer la prueba, nada más.

El chófer de la micro anunció que sólo llegaba hasta Morandé, a causa de la procesión. “Hasta ahí vamos”, dijeron ellas. Era un día de

sol, con nubes dispersas y con algo de viento. Por la plaza pasaba un cura joven, de gran estatura, a cargo de un curso de niños que debían trotar para seguirle el tranco. El viento soplaba en su sotana. En la plaza, el viento levantaba remolinos de polvo, arrastrando los papeles dispersos. Encorvada profundamente sobre su bastón, una anciana se alejaba del bullicio, calle arriba.

La gorda había pegado la frente a la ventanilla de la micro, que avanzaba con excesiva lentitud. Isabel recordó las botas de Sebastián. Curioso, pensó, que las recordara entonces, después de haberlas olvidado durante el invierno. Había una zona oscura, sumergida en espesa oscuridad. Después venía un espacio abarcado por la luz y ahí entraban las botas. Casi nuevas. El cuero relucía. Su abuelo se balanceaba contemplando la oscuridad, con las piernas envueltas en un chal de vicuña. Fantasmas agazapados en la noche, que echaban a la cara de Isabel su aliento fétido, sus murmullos sin voz. Cantos de borrachos, a la salida de la fonda. Los cascos de otro caballo repetían el galope del caballo de Isabel, a poca distancia. Ante el farol de la esquina del macrocarpa, visible al término de la alameda, el rostro torvo de los fantasmas se desvanecía, se borraba de la memoria. Isabel regresaba al recinto seguro de los establos, el olor a bosta, los insectos que se golpeaban contra el farol de la galería; crujido rítmico de la mecedora, crepitar de las hojas del periódico; interrumpiendo la costura, su abuela bajaba los anteojos hasta el caballete de la nariz: "No me gusta que salga sola, hijita. Algún roto borracho puede molestarla."

—Nos hubiera resultado más a cuenta venirnos a pie —dijo la gorda.

Las botas entraban a la zona de luz y cruzaban por la explanada, frente a las bodegas. Al comienzo de la alameda se inclinaban, y el caballo partía a galope tendido. Ruido estridente de las herraduras contra las piedras; llegaban a volar chispas, entre el tierral y los guijarros disparados. "¿No te acuerdas de tu primo?" "Apenas me acordaba." Su abuelo seguía balanceándose, absorto, con el periódico en la falda y la vista clavada en la noche. Pegando la frente a la ventana, en su dormitorio del segundo piso, Isabel divisaba las copas de los limoneros; vislumbraba, desde la altura, la extensión del valle lejano. Después, con la cabeza debajo de las sábanas, en ese refugio abrigado y secreto, pronunciaba el nombre. El rostro acudía puntualmente a la invocación. Le conversaba con ternura y lo despedía con un beso en la boca. Al final del verano un beso no bastaba, había que besarlo otra vez, abrazarlo; la sombra, instalada en el refugio oscuro, la acariciaba; una de las últimas noches, exactamente la penúltima, hacía más de una semana que él se había ido, la sombra, sus caricias le produjeron una delirante confusión, un

placer que sobrepasaba todo lo descriptible.

La micro se demoró largo rato en cruzar una esquina. El gentío iba en aumento; a tres o cuatro cuadras de distancia se escuchaba una banda de música.

—Mejor bajémonos —dijo la gorda.

—Bajémonos —dijo Isabel.

El colegio ya estaba alineado en una esquina de la plaza Bulnes y la monja les dijo que se apuraran, la procesión comenzaría de un momento a otro. Ni se fijó en la pintura de Isabel. Isabel observó que dos o tres alumnas de quinto se habían pintado; entre las de cuarto, ella parecía la única. Pero nadie reparaba en ella. La multitud creaba una confusión protectora. Hacia el centro de la plaza se veían varios estandartes. Alguien dijo que la Escuela Militar se estaba formando en la avenida Bulnes, detrás de la estatua, filia y la gorda se empinaron y vieron los penachos rojos de la banda de música y, más atrás, algunos penachos blancos. Otras alumnas también se empinaban y hablaban de los cadetes con excitación.

—Desde donde mi Pata veremos pasar a los cadetes —dijo Isabel.

—¿Alcanzaremos a verlos?

—Sí —dijo Isabel—. Nosotras desfilamos primero y ellos desfilan al último, protegiendo el anda de la Virgen. Para eso los traen.

Un hombre flaco, vestido de oscuro, con la camisa raída, pasó cerca y gritó con voz estentórea, levantando el puño derecho:

—¡Viva la Virgen del Carmen!

Le respondió un viva prolongado y estridente.

—¡Viva Cristo Rey! —gritó el hombre—. Sus ojos negros relampagueaban.

—¡Viva la Santa Iglesia Católica! —gritó después.

—Tiene cara de loco —dijo Isabel, cuando se apagó el tercero de los vivas. El hombre se alejaba rápidamente por uno de los prados de la plaza, pisoteando el pasto. Se oyó de nuevo su grito, adelgazado por la distancia, y la respuesta sonora y confusa.

De pronto, los estandartes del centro de la plaza se pusieron verticales, rígidos, y al cabo de unos segundos empezaron a avanzar, aumentando la distancia entre ellos. El himno a la Virgen del Carmen se elevó de la multitud en oleadas sucesivas. La monja que encabezaba las filas pasó por el costado cantando Virgen del Carmen bella, Madre del Salvador, incitando con su ejemplo a las alumnas. La gorda rompió a cantar y clavó la vista en Isabel para que lo hiciera. Las primeras columnas del colegio habían emprendido la marcha. Isabel se unió al canto, sintiéndose escudada por el vocerío general. Había gente en las innumerables ventanas del barrio cívico. Isabel miró hacia arriba y alcanzó a distinguir las cabezas asomadas por las terrazas superiores

de los edificios. En los balcones de la Alameda, los espectadores se apiñaban; muchos cantaban, otros aplaudían, e Isabel descubrió en una ventana estrecha, más bien una tronera, a una vieja flaca, de color cetrino, que contemplaba la procesión con gesto desdeñoso.

—¡Esa es la casa de mi Pata! —exclamó Isabel, señalando un balcón que todavía quedaba distante. Al pasar al frente, los árboles ocultaron en parte el balcón. Isabel reconoció a una de las empleadas de la casa y le hizo señas, pero no hubo caso; la empleada miraba hacia abajo de la Alameda. Un cura rubicundo retrocedía cantando ¡Perdón, oh, Dios mío; perdón e indulgencia!; las alumnas lo seguían sin ganas y apenas se perdía de vista, dejaban de cantar. Encaramados en los árboles había racimos de niños vagos. Algunos hacían morisquetas a las muchachas. La gente se apretujaba en las veredas, detrás de los cordones policiales.

—En la casa de mi Pata va a haber bastante gente —dijo Isabel. La gorda la miró, pero no quiso demostrar su curiosidad.

—Van a haber unos primos míos.

La gorda seguía mirándola e Isabel hubiera querido hablarle, pero se sintió paralizada. Muchas veces había querido hablarle durante el año, y siempre le pasaba lo mismo. Una vez puso el cuaderno de composición a la vista de ella, en una página llena de eses; quería que la gorda le preguntara qué significaban, pero era demasiado poco ocurrente, la gorda. Escribió entonces una S grande, en seguida una E; cuando iba a poner la B, la volvió a dominar la sensación de estar paralizada, de secreto incomunicable. Trataba de violar el secreto y la inmediata parálisis sobrevenía. Pensó entonces, con amargura, en las botas, y vio después la estación de ferrocarril, los rieles vacíos, la mujer voluminosa flanqueada por sus dos canastos de substancias y dulces, el silencio de la estación, donde parecía que nunca se había detenido un tren, no parecía que Sebastián partiera y que el verano prácticamente hubiera terminado, sólo la corbata de Sebastián, sus miradas nerviosas a la vía desierta, refrescaban esa inquietante convicción; un hombre atravesó la vía lentamente, con las manos hundidas en el overol grasiento, y una pareja de gente pobre, escoltada por numerosa parentela, con paquetes, canastos, dos maletas a punto de reventar, entró al andén; al otro lado de la vía un coche con un caballo esperaba a su dueño; el caballo pateaba el suelo de vez en cuando, daba un resoplido; “no te vayas”, dijo Isabel, y Sebastián sonrió, se arregló la corbata; los demás primos le hacían preguntas, comentaban detalles del viaje, en cuántas estaciones para, la velocidad máxima, el clima que haría en Santiago, si habrían pintado la casa, uno afirmó que sí, se lo había escuchado a su padre; un hombre solo con una maleta esperaba también, cerca de ellos, observándolos de reojo, y de pronto la pequeña locomotora hizo su aparición en la

distancia, entró ruidosamente llenando la estación de humo y de silbidos de vapor.

—¡Canta! —exclamó la gorda, colorada de furia.

—Vamos bastante abajo —dijo Isabel.

Cesó el canto y la gorda, sofocada, dijo:

—Si no cantas, no veo para qué vienes a la procesión, francamente.

—Tú qué te metes —dijo Isabel—. Yo sabré lo que hago.

—Tú sabrás —dijo la gorda—. Pero si no cantas, estás todo el tiempo distraída, no veo…

—No te metas, ¿quieres hacerme un favor?

—Muy bien —dijo la gorda, volviendo a mirar al frente. Seguía roja, e Isabel le vio, contra la luz, un incipiente bigote rubio, una ligera espuma. De nuevo se levantaba de las columnas del frente y se extendía como una ola hacia el resto de la procesión, abogando rezos, murmullos, aplausos, todo el bullicio informe, el himno a la Virgen del Carmen. Junto a los árboles del centro de la Alameda se observó un tumulto; las alumnas que marchaban adelante y los espectadores de ese lado se dieron vuelta para mirar; se divisó el uniforme de un carabinero; los espectadores abrieron paso a un grupo que regresaba a la procesión; en el centro iba un muchacho en mangas de camisa, muy acalorado y con los cabellos revueltos. Les informaron que era un muchacho de la Acción Católica que le había pegado a un comunista. “Por lanzar insultos contra la procesión.” Detrás del cordón de carabineros, dos mujeres flacas chillaron aplaudiendo al muchacho.

Faltaba poco para llegar a la iglesia de los Salesianos. Isabel sintió un asomo de miedo y cantó en voz alta. “No lo he visto ni una vez en todo el invierno”, quiso decirle a la gorda. Momentáneamente olvidada de su celo, la gorda miraba los balcones, boquiabierta.

—¿Sabes? —comenzó Isabel.

—¿Qué cosa? —preguntó la gorda.

“¡Gorda antipática!”, pensó Isabel.

—¿Qué cosa, pues? —insistió la gorda.

—Nada —dijo Isabel—. ¿Dónde termina la procesión?

—Ya podemos salimos —dijo la gorda—. Si tú quieres…

—Como quieras —dijo Isabel, dominada por un acceso de miedo —. Si quieres seguimos otro poco.

A medida que se internaban por la calle Cumming, las columnas iban raleando.

—Voy a ver a un primo que no veo desde las vacaciones —dijo Isabel.

—¿Qué edad tiene? —preguntó la gorda.

—Como dos años más que yo. Este otro año entra a estudiar leyes.

—¿Qué tal es? —preguntó la gorda.

—Bastante simpático —dijo Isabel.

—Creo que ya me hablaste de él —dijo la gorda, que pareció evocar una noción nebulosa—. No sé… Tengo la idea…

Se despidieron de la monja y caminaron por calles interiores, eludiendo al gentío. En cada esquina las alcanzaba una ráfaga de bullicio. Después de algunas cuadras, Isabel dobló a la derecha y se acercaron a la Alameda. La multitud cubría la bocacalle. Un anda avanzaba en medio de los aplausos, oscilando como un barco sobre las cabezas: San José en su taller de carpintería.

Les costó abrirse camino hasta la puerta enrejada. Por fin transpusieron el umbral y se encontraron en una entrada oscura, en que emanaba frío de las paredes. La soledad y la temperatura fresca eran un contraste agudo con el exterior. La puerta principal estaba entreabierta. En la penumbra interior se levantaba una escalinata de mármol, protegida por una baranda de hierro forjado y de bronce.

—¿En serio que estoy convidada? —preguntó la gorda.

—En serio —dijo Isabel—. Pero ya se me quitaron las ganas de mirar la procesión. ¿Y a ti?

—Asomémonos —dijo la gorda.

Vieron los vidrios de colores del vestíbulo y los rayos de luz que caían desde la gran claraboya central. Las puertas de las salas que daban a la calle estaban abiertas. Las dos muchachas caminaron por el vestíbulo en la punta de los pies. En la primera sala, un escritorio de techo muy alto, envuelto por la penumbra, había un viejo de frondosa barba blanca. Hundido en un sofá, de espaldas a la ventana, parecía exhausto por el esfuerzo de haber, llegado hasta allí. Sus manos flacas, llenas de manchas parduzcas, se aferraban a la empuñadura de un bastón afirmado en el suelo, entre las piernas largas y escuálidas. Sus ojos se fijaron en la gorda e Isabel y permanecieron impasibles, pero las manos temblaron sobre la empuñadura y la mandíbula inferior empezó a moverse, como si se dispusiera a hablar. Detrás del viejo, más allá de las cortinas y de los vidrios, algunas sombras transitaban por el balcón. Isabel reconoció el perfil de Sebastián, que había cambiado mucho: estaba más alto, rígido, imbuido de una supuesta importancia.

—Te está hablando —dijo la gorda, tironeando a Isabel de la manga y señalando con el rostro al viejo. El viejo movía las mandíbulas; por encima del ruido callejero, era posible distinguir una voz lejana, casi extinguida, que articulaba una salutación.

Los balcones del primer piso estaban repletos. Isabel condujo a la gorda a un dormitorio del segundo piso. Salieron al balcón y una

empleada robusta, de brazos arremangados, lanzó un chillido.

—¡Qué susto me dio, Isabelita!

Había otra empleada, nueva en la casa, que observaba de reojo a Isabel y no se atrevía a saludar. No tardó en aparecer entre los árboles, encima del gentío, el vestido blanco, cubierto de pedrería, de la Virgen del Carmen. La empleada robusta la saludó con gritos y aplausos, y hasta el rostro ensimismado de la nueva se animó ligeramente. Isabel y la gorda también aplaudieron. Al paso del anda, el griterío de la multitud subía de tono. Más allá se divisaban, en hileras impecables, los penachos de la Escuela Militar. Una voz lejana gritó ¡Viva la Virgen del Carmen!, y todos gritaron Viva, reventando los pulmones. La voz repitió su llamado y todos volvieron a gritar. Enloquecida, la empleada robusta entró al dormitorio y salió a los dos segundos con un manojo de claveles. Cortaba los tallos y arrojaba las flores a la Virgen, frenética. La nueva la miraba entre avergonzada y sonriente. Isabel le sacó dos claveles de las manos, entregó uno a la gorda, y los arrojaron a un tiempo. La Virgen avanzaba oscilando imperceptiblemente, con solemnidad sobrenatural. Sus manos exangües se plegaban en oración y sus pequeños hombros resistían airosos el peso abrumador del manto; el rostro de mejillas rosadas y ojos vivaces iniciaba una sonrisa, sin exteriorizar el menor esfuerzo. Detrás, prolongando la blancura, desfilaban los cadetes a marcha lenta, sonrosados y serios.

Cuando los árboles ocultaron la pedrería densa del manto, Isabel y la gorda bajaron al primer piso. Alguna gente se había retirado de los balcones y penetraba al vestíbulo. Un arlequín bailaba sobre su base circular, con acompañamiento de música, y varios niños, alzándose con dificultad hasta la altura de la mesa, lanzaban alaridos de júbilo. Dos de ellos se precipitaron a saludar a Isabel.

—¿Dónde te habías metido tú, diabla? —preguntó una voz suave, pero firme.

—Quiubo, Patita —dijo Isabel—. ¿Cómo estás?

Vio que la gorda esperaba a dos metros de distancia, con cara de sufrimiento, y la presentó. Tres niños pasaron corriendo y derribaron al menor de los que contemplaban el arlequín, que soltó el llanto desde el suelo.

—¡Niñitos! —exclamó la anciana, con acento autoritario.

Los muchachos, atropellándose, desaparecieron por un corredor lateral.

—Veo que estás pintada —dijo la anciana, cogiendo el mentón de Isabel y sonriendo con malicia—. ¿A quién quieres conquistar?

—¡A nadie! —protestó Isabel, intensamente ruborizada—. ¿De dónde sacó eso?

—Tus primos se quedaron mirando el final de la procesión. Anda a verlos…

—Después —dijo Isabel, que luchaba por disimular una turbación irrefrenable—. Ahora vamos al comedor.

—Vayan —dijo la señora, empujándolas ligeramente—. Hay huevos chimbos.

La luz se descomponía en las jaleas rojas y verdes, y los bizcochos rectangulares de los huevos chimbos se esponjaban en el almíbar, acribillados por gajos de almendra. El viejo había logrado trasladarse del escritorio a un rincón del comedor y comía con parsimonia; en la barba' se le enredaban pedazos de bizcochuelo y de merengue. Estalló una pelea a poca distancia suya y Eliana, la mayor de las primas de Isabel, sacó a los contendores de la sala entre pellizcos y coscachos.

—¡Qué insoportables! —exclamó al regresar. Parecía extenuada, con un cansancio que no sólo venía de esa tarde sino de años de lidiar con ellos. Isabel recordó el departamento estrecho, de paredes sucias, traspasado de olor a comida, en que Eliana vivía rodeada de su prole numerosa y en perpetua beligerancia. Alguien, hacía poco, había regresado de Brasil diciendo que creía haber visto al marido en una ciudad del sur.

—Coman —les dijo Eliana, señalando una torta que empezaba a desmoronarse—. ¿Quieren que les parta un pedazo?

Pese a su agotamiento, tenía la manía de asumir tareas domésticas que escapaban a sus obligaciones.

—¿Está tu primo aquí? —preguntó la gorda, disimuladamente.

Isabel le hizo un gesto negativo, perentorio. Devoró de prisa su pedazo de torta y le dijo a la gorda que se fueran.

—¿Por qué? —preguntó la gorda, que ahora se pasaba la lengua por el labio superior y escogía un dulce de San Estanislao.

—¡Vamos! —ordenó Isabel, irritada.

—¿Por qué nos vamos? —insistió la gorda, mientras salían al vestíbulo. Sobre la cubierta de mármol de la mesa, el arlequín alzaba los brazos y la pierna derecha, inmovilizado en el apogeo de su danza —. ¿Quieres buscar a tu primo?

—¡Al contrario! —dijo Isabel, con exasperación.

Subieron la escalinata sombría y cuando caminaban por el segundo piso, Isabel lo vio cruzar el vestíbulo acompañado de otro muchacho. “Ahí va”, pensó decirle a la gorda, pero sus labios no se despegaron. Reconoció la voz, pese a que no era la misma del verano anterior; había adquirido un timbre de suficiencia, una impostada severidad. Isabel se aproximó al muro para no ser vista.

Su tío Juan Carlos salía de una pieza del fondo.

—¡Hola, chiquilla!

Las manos poderosas la abrazaron, la apretujaron.

—¿No me das un beso?

Ella se debatió con todas sus fuerzas, mientras el tío Juan Carlos reía sonoramente; las manos de hierro le apretaban la cintura; rozaron, con humillante premeditación, uno de sus pechos.

—¡Suélteme! —gritó ella, furibunda.

—¡Qué mal genio! —exclamó el tío Juan Carlos, riendo y alejándose en dirección a la escalinata.

—¡Imbécil! —murmuró Isabel. Las orejas y el pecho le ardían intensamente. Entró a la pieza de su Pata y miró el papel floreado de la pared, el crucifijo de marfil, el reloj encerrado en una caja de vidrio, con las ruedecillas y engranajes a la vista. Contempló un segundo el jardín y después le hizo una seña a la gorda para que la siguiera.

Bajaron por la escalera de servicio. Al fondo de un corredor oscuro había una puerta por cuyos bordes se filtraba la luz; abriéndola, desembocaron al nivel de los prados. La brisa revoloteaba y parecía llevarse los ruidos a los techos, a los confines de las casas vecinas. Un pavo real desplegaba su cola en abanico, junto a un arbusto enano. En el extremo opuesto, el otro pavo real del jardín lanzó su llamado extravagante, agudo. Se escuchaba el vocerío creciente del comedor. La gorda dijo que la cola del pavo real era muy bonita y preguntó si los pavos reales también se comían. Entraron a una pieza situada debajo de la terraza. La empleada nueva sorbía una taza de té, frente a un hombre flaco, de aspecto malsano y triste. Interrumpieron su conversación y el hombre se puso de pie, mirando de soslayo a Isabel en espera del saludo.

—¡Cómo está, Jenaro! —exclamó ella de pronto—. No lo había reconocido.

—Bien, señorita Isabel —dijo el hombre—. Muchas gracias.

—¿Viene del campo?

—Sí, señorita Isabel. Del campo vengo.

—Debe de haber estado lindo el campo —dijo Isabel—. ¡Qué ganas de ir!… ¿A qué vino usted a Santiago?

—A buscar trabajo, señorita Isabel.

—¿Allá no tiene trabajo? —preguntó ella, sorprendida.

—Poco, señorita…

—¿Y no prefiere trabajar allá? ¿No prefiere el campo?

—Sí —dijo el hombre, sin convicción—. Pero hay muy poco trabajo, ahora, señorita Isabel.

—¿Y piensa encontrar por aquí?

—Me tienen ofrecidas unas medias en unas chacras por aquí cerca, señorita Isabel.

—¡Ah! —dijo Isabel—. Va a seguir trabajando en el campo, entonces. ¡No hay como el campo!

El hombre la miró y no atinó a decir nada. Los cinco dedos de su mano izquierda se apoyaban en el mármol sucio de la mesa y sus ojos, alarmados, parecían reflejar una actividad interior febril y trabajosa.

—Hasta luego, Jenaro —dijo Isabel—. Que le vaya bien.

—Hasta luego, señorita Isabel. Muchas gracias —dijo el hombre, girando el cuerpo entre la mesa y el muro mientras Isabel salía.

Ellas subieron a la terraza por la escalinata del jardín y entraron al comedor. Cansada de comer, la gente abandonaba el campo de batalla. Quedaban dulces aplastados contra la alfombra, jaleas mutiladas; una mosca se debatía en el almíbar de la fuente de huevos chimbos. Retumbaban los ecos de una discusión acalorada en la pieza contigua; de repente, en un intervalo de silencio, se distinguía la voz del viejo: “Son todos unos ambiciosos. Nada más. Unos ambiciosos…”

Ellas atravesaron el vestíbulo y en el escritorio se toparon a boca de jarro con Sebastián y Eliana, sentados en los brazos de unos sillones de cuero negro. El amigo de Sebastián inspeccionaba los libros, empinándose para alcanzar los de las ñlas superiores.

—¡Hola, Isabel! —dijo Sebastián, poniéndose de pie¿con una sonrisa distante.

—¡Hola! —dijo Isabel—. ¿Conoces?…

—¿Conoces?… —dijo a su vez Sebastián, después de saludar a la gorda.

El amigo de Sebastián, medio inclinado, con la cabeza ladeada como si esquivara un ventarrón, se acercó y saludó lleno de amabilidad.

—Estábamos hablando de la vocación religiosa —dijo Eliana, con un sesgo de ironía.

—¿De la vocación religiosa? —preguntó Isabel—. ¿Y por qué?

La sonrisa de Sebastián pareció derivar, hacia la esquina de los labios, en una mueca.

—¿No te interesa el tema? —preguntó su amigo, abriendo los ojos y tartamudeando. Su corbata, el cuello de su camisa, se erizaban junto con los cabellos rebeldes y las puntas de las orejas.

—Sí —dijo Isabel—. Sí me interesa; pero, ¿por qué hablan de la vocación?

—Sebastián me discutía —explicó Eliana—, que incluso puedes tener vocación sin sentir ningún deseo de meterte de cura. Yo no creo. Yo creo que la vocación es el gusto por una cosa. Si no quieres meterte de cura, quiere decir que no tienes vocación, y se acabó.

—La vocación es un llamado de Dios —dijo Sebastián—. Algunos se resisten; otros, en cambio, tienen la inclinación sin que Dios los esté

llamando. Es un problema terriblemente difícil —agregó, con un rápido aleteo de las pestañas.

—¿Y cómo sabes que Dios te llama, si no sientes ninguna gana de ser cura?

—¡Ah! —exclamó Sebastián—. Dios te lo hace saber, pierde cuidado.

—Vuelvo a mirar los libros —tartamudeó el amigo—. En estas discusiones no me meto.

—¿Y cómo te lo hace saber? —preguntó Isabel.

—Dios tiene infinitas maneras de hacértelo saber —dijo Sebastián —. Puede que las ganas sean una de esas maneras, ¿me comprendes?

—No mucho —dijo Isabel.

—Dios pone las ganas en ti —dijo Sebastián, fijando la vista en las hileras de libros—. Para' que tú sepas que has sido llamado. Pero Dios puede utilizar otros caminos, igualmente. Caminos misteriosos, a menudo…

Isabel sonrió:

—¿Te acuerdas de tu despedida en la estación —preguntó—, en el verano último?

—Sí —dijo Sebastián—. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Isabel—. Me estaba acordando ahora, no más…

—¡Ricardito! —vociferó Eliana, poniéndose de pie. Uno de sus hijos se colgaba de las cortinas de brocato, amenazando con derribarlas. El amigo de Sebastián miraba un libro y se rascaba el remolino de la coronilla.

—¡Mocoso de porquería! —gritó Eliana, tropezando en un atril de metal. El muchacho se escurrió por entre las piernas del amigo de Sebastián; las palmas rojizas, enervadas, de su madre, no lo alcanzaron.

—Yo me habría metido de monja —suspiró Eliana—. ¡Qué descanso!

Sebastián sonrió sin humor.

—Fue entretenido el veraneo —dijo Isabel—. ¿No encuentras tú?

Sebastián, absorbido por otra preocupación, no respondió; la gorda lo miraba de reojo, poniendo un pie encima del otro.

—Ahora tenemos que irnos —dijo Isabel.

—Bien —dijo Sebastián, saliendo a medias de su ensimismamiento.

—Hasta luego —dijo Isabel.

—Hasta luego —dijo Sebastián—. Mucho gusto de haberte visto.

Eliana las ayudó a buscar a la dueña de casa para despedirse.

—Está completamente perdido —dijo, bajando la voz, muy excitada—. Los curas lo tienen agarrado.

—¿Tú crees? —preguntó Isabel.

—¡Completamente!

La dueña de casa, que se hallaba en una salita pegada al comedor, se limitó a escuchar los comentarios de Eliana y a mover la cabeza con aire desolado. Plegó los labios y se le formó una red de innumerables arrugas.

—¡Y no sacas nada con discutir! —dijo Eliana—. ¡Todo te lo da vuelta! ¡Esos curas!…

—¡Elianita! —intervino la señora—. No seas irrespetuosa…

—Sí —dijo Eliana—. Está muy bien. Pero… ¡Pescarse a un hijo único! ¡Lo encuentro el colmo!

—¡Cállate, hija! No digas eso…

—Nosotras tenemos que partir, Patita —dijo Isabel.

La dueña de casa, sonriendo con expresión de profunda fatiga, como si los trajines de la jornada hubieran sido excesivos para sus años, extendió sus manos menudas y sus mejillas resecas a Isabel.

En la Alameda, entre los papeles pisoteados, el abandono, la pequeña devastación que había producido el desfile, Isabel se preguntaba en voz alta qué le habría pasado a Sebastián. La gorda iba mirando la calle, que después del vacío que siguió a la procesión empezaba a recuperar su movimiento. Isabel, vagamente, imaginaba corredores, clausuras, una estatua de la Virgen entre arbustos olorosos, mañanas de niebla espesa que se condensaba en los caños de lluvia y caía sobre mosaicos de ladrillo gastado, roto, un cántico, las columnas del incienso buscando la bóveda celestial, una campana, una voz escudada en su propia monotonía, frente a una imagen y a una cortina incolora. El olor a mentolato se repartía por la celda.

—En invierno —dijo Isabel—, los curas tienen siempre la nariz colorada y olor a mentolato.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó la gorda.

—No sé —dijo Isabel—. Pero así es.

—¡Las cosas tuyas!

La gorda contó una anécdota de una compañera de curso. La compañera se había picado con ella por algo que ella le dijo a la monja Calixta, y resultaba que ella…

—El amigo de Sebastián era cómico —dijo Isabel—. Parecía un gallo mojado, ¿no encontraste?

La gorda esperó un momento prudencial y prosiguió su relato. Ella le había dicho a la otra que la monja Calixta no sospechaba ni una palabra, no había sido ninguna indiscreción, lo único que le dijo a la monja Calixta…

—¿Qué diablos le habrá pasado? —se volvió a preguntar Isabel,

encogiéndose de hombros.

—¡Qué rota eres! —exclamó la gordá—. No oyes una palabra de lo que te dicen. Por educación, siquiera…

—Si te oigo —dijo Isabel—. Lo que pasa es que hablas como tarabilla.

—¡Qué antipática estás! —exclamó la gorda—. ¡Qué pesada más grande!

—Como tarabilla —insistió Isabel, sintiendo que las exclamaciones de la gorda conseguían irritarla—. Además, lo que estabas contando no tiene el menor interés. A mí, por lo menos, no me interesa un pepino, ¿comprendes?

—Muy bien —dijo la gorda—. Si no te interesa…

—Ni un pepino —repitió Isabel, con saña.

—Muy bien —dijo la gorda, a punto de soltar el llanto—. Ahí viene mi carro —agregó.

—No te enojes, gordita —dijo Isabel, tomándola del brazo y reteniéndola por la fuerza—. Son bromas, tú sabes…

—Es que estás tan plomo —dijo la gorda, una vez que Isabel logró apaciguarla—. Realmente…

Isabel le acarició los cabellos.

—Por lo demás —dijo la gorda—, ya es hora de que tome el carro; quedé de estar temprano en la casa.

Después de comida, aprovechando que sus padres habían salido al cine, Isabel llamó a la gorda por teléfono. Le habló, con humor, de Eliana, de su Pata, del viejo que mascullaba sin descanso frases inaudibles; lo habían visto bajando la escalera, ayudado por su chófer y por la empleada nueva; cada cierto trecho se detenía, se aclaraba la garganta con prolongado estrépito, escupía en un pañuelo y, antes de proseguir, permanecía un rato boquiabierto, acezando.

—¿Quién es el viejo ese? —preguntó la gorda.

—Un primo de mi abuelo, que fue muy unido con él. Algo era del Partido Conservador, creo…

—El té estaba rico —dijo la gorda. '

—¿Sabes? —dijo Isabel—. Tengo miedo de tener vocación, yo también.

—¡Se te ocurre! —exclamó la gorda.

—¡Te prometo! —dijo Isabel.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó la gorda—. ¿De lo que decía tu primo?

—No —dijo Isabel—. No sé… Me pasa una cosa rara, ¿sabes?: cada vez que me gusta un tipo y lo encuentro después de un tiempo, me desilusiona completamente. Es raro, ¿no encuentras?

—Pero eso no significa que tengas vocación —dijo la gorda.

—No sé —dijo Isabel—. A lo mejor significa. Acuérdate de lo que decía mi primo: no es cuestión de que tengas o no tengas ganas.

—De todas maneras, no creo —dijo la gorda.

—Verdad —afirmó Isabel—. Tengo bastante miedo de tener vocación.

—No creo —dijo la gorda.

LA EXPERIENCIA

Hace ya alrededor de veinte años —yo estaba en plena adolescencia—, un argentino que veraneaba en Chile, grafólogo aficionado, me examinó la caligrafía. “Todos sus proyectos van a fracasar”, me anunció el argentino; “usted se creerá instalado en la existencia, creerá que su vida, al cabo de muchas partidas en falso, adquiere un rumbo definitivo, y de repente un desarrollo imprevisto de los acontecimientos echará todo por la borda. Comenzará de nuevo, diciéndose que la vida que inicia es de veras la definitiva, ahora sí que voy por camino seguro, para qué cambiar, hasta que descubra que de la noche a la mañana sus proyectos se han ido al diablo y hay que partir de cero otra vez. Y así sucesivamente. A través de su letra, lo único que permanece…” Aquí vaciló, y acabó por dejar la frase trunca.

El argentino tomaba la grafología en serio; decía estas cosas con aire grave, mirándome intensamente a los ojos. Su seriedad me causó risa, pero él no cambió de actitud, como si… Recuerdo que no se despintaba de un escapulario enorme, ni siquiera para capear las olas. Más tarde supimos (el grupo que se reunía en esa playa y que se atropellaba por hacerse ver la letra), que era aficionado a las ciencias ocultas; supimos, también, que había llegado a desempeñar un alto cargo en el régimen peronista. Algunos dijeron que robó con ganas y que por eso no puede regresar a su país. Entiendo que vive en un rincón de Estados Unidos, dedicado seguramente a la magia, a las religiones esotéricas, y a gozar de sus rentas. Pero hace años que no me dan noticias suyas.

Evoqué las predicciones del argentino a propósito de los últimos sucesos. A pesar de las discusiones, de las recriminaciones constantes, de la exasperación que se renovaba cada día, con los pretextos más variados, la idea de que mi matrimonio con Judith pudiera terminar no me entraba en la cabeza. Y sin embargo, terminó, se destrozó sin remedio, como tantas otras situaciones mías: el noviazgo con Eliana Sánchez, la amistad con Tulio, mi cátedra de historia de la música (en esa época creí descubrir razones poderosas para abandonarla, pero hoy, a la distancia, las razones desaparecen, lo único visible es la inestabilidad, la insatisfacción devoradora), mi propósito de escribir una obra de teatro… No andaba tan errado el argentino.

Después de tantos cambios, he llegado a vivir solo en una pensión. Tengo un dormitorio destartalado; el papel de las paredes está lleno de

manchas de humedad. Hay un sillón con los resortes a la vista, que la dueña me prometió arreglar cuando tomé la pieza. No creo que lo arregle nunca. Dos sillas, de las cuales una tiene el mimbre roto. Una mesa grande, fea, bastante cómoda; ahí se acumulan diarios, papeles, libros, tazas con restos de café y colillas de cigarrillos. Es necesario apoyar la lámpara del velador contra la pared para que no se desplome. Pero la cama no es mala, el dormitorio es amplio y las dos ventanas dan a una placita de barrio que me gusta.

Cuando partí del departamento de Judith, mi madre me dijo que podía volver a vivir con ella, como antes de casarme. No quise aceptar. He llegado a la conclusión de que me gusta vivir solo; es la única vida que me gusta. Reconozco que tengo espíritu de solterón. Leo mis libros, reviso mis papeles viejos, preparo mis tazas de café en el anafe a gas y contemplo la placita durante horas. Mis gastos no son muchos, y eso me da independencia. Judith es dueña de una parcela que produce naranjas y limones y no ha pretendido pedirme plata. Con mi trabajo de secretario de actas en una corporación de comercio y algunas clases particulares me basta y me sobra. Antes, la pereza de mis alumnos me enloquecía, su estupidez me hacía salir de quicio: son muchachos atrasados en sus cursos regulares y mi papel es evitar a toda costa, por cualquier medio, que pierdan el año. Ahora último he desarrollado la paciencia, y cierto método: cuando no entienden las explicaciones, no insisto; los obligo a repetir como autómatas las materias más socorridas en los exámenes; algo les queda, y yo no me hago mala sangre. Con este sistema, y una palabrita al oído de los examinadores —en especial si los alumnos son hijos de personas influyentes—, he conseguido resultados bastante satisfactorios.

No; a casa de mi madre no vuelvo ni amarrado. En un comienzo todo andaría bien; todo sería tolerancia, respeto mutuo, platos especiales, entradas al cine, delicadezas de la más diversa especie. Y más tarde, con la costumbre, se reanudan las intromisiones, las disputas: que por qué no tomo un puesto en un colegio; que por qué no trabajo para alguna firma norteamericana, con mi dominio del inglés; que tanto café me hace mal; que mis amigos son unos trasnochadores, unos inútiles, y más encima resentidos… ¡Nada! De aquí ya no me mueve nadie. Tengo espíritu de solterón, ¡conforme! El caso es que esta vida me gusta. La plaza. Los libros. Los papeles que desentierro del fondo de las maletas. Las viejas fotografías. Dar en las noches un paseo por los boliches del centro, sin que al regreso se apague una luz en la pieza de mi madre, en un acto de acusación muda; conversar una modesta botella de vino con Escipión, con Peralta, con el Tigre Mundano (¡quién le habrá puesto ese apodo!). No faltará más adelante alguna muchacha que venga a visitarme a la pensión: alguna pedagoga joven, llegada de provincia… ¡Qué más se

puede pedir! Las predicciones del argentino valían para una etapa que está definitivamente enterrada, superada. Se necesitó la crisis de los últimos dos años, la ruptura. Pero todo eso pasó a la historia. No había razón, pensándolo bien, para que la inestabilidad, el desequilibrio… La madurez, infaliblemente…

La placita tiene sólo seis bancos, cuatro árboles polvorientos y unos pocos arbustos. El inconveniente de la pensión es el olor a comida, pero uno se acostumbra. La dueña es una gorda con bigotes, de mirada más bien inamistosa. Su marido, un español viejo y enfermo, apenas sale de la pieza. Detrás de mi habitación hay un pequeño patio con un gallinero: ocho o diez gallinas y un gallo medio desplumado, de malas pulgas, con ojos duros, sanguinolentos. Alrededor de las seis de la tarde, me divierte observar cómo se acomodan en sus travesaños para dormir. Edelmira, la empleada más joven, que parece tonta de remate, se asoma en la puerta de la cocina y bota al patio el agua con lejía de una batea. La dueña sale y marcha a los dormitorios, haciendo sonar un manojo de llaves. No se digna darse por aludida de mi presencia. Años atrás esto me habría molestado; ahora me importa un rábano. Eliminé los problemas de la susceptibilidad, que engendraban toda suerte de sufrimientos estériles.

Mi madre me volvió a pedir que vaya a vivir con ella. Me dio toda clase de argumentos. Al principio, la discusión fue muy tranquila y sensata; poco a poco se agrió, hasta desemboca* en una escena de las peores. Acusaciones de ingratitud entrecortadas de llanto histérico. Le dije que eso no era amor maternal sino egoísmo puro; que si continuaba, no pondría más los pies en su casa. Ahí fue el acabóse. Jamás hubiera imaginado su reacción. Me lanzó un cojín por la cabeza; menos mal que salté a tiempo para sostener una lámpara de opalina, que recibió el golpe. Después me quiso echar a empujones y puñetazos. Tuve que sujetarla de las manos, sentarla a la fuerza y llamar a la empleada para que le diera un calmante. Bebió el remedio sollozando, con gran desconsuelo, y me dijo que en los últimos tiempos se había sentido muy sola, que para una mujer de sus años lo peor era la soledad, que un nieto le habría alegrado la existencia, pero ahora… Obligado a acompañarla hasta la medianoche. Mi impaciencia por salir de esa casa nunca había sido tan grande. Quedaba un resto de oporto y lo consumí entero.

—Para otra vez téngame un trago más seco —le dije—. Vino, aunque sea…

Asintió con cara de mater dolorosa. Pero no estaba dispuesto a dejarme impresionar; frente a su estrategia me sentía lúcido, y esa lucidez me confería una especie de inmunidad. Hablamos de las elecciones de diputados, de los impuestos, de mi pensión.

—Después de quince días, he podido comprobar que tiene dos inconvenientes: el olor a comida y el gallo.

—¿El gallo?

—Sí; me despierta todos los días como a las cinco de la mañana.

—Bueno —dijo ella, mirando al suelo con expresión de amargura —; no te voy a insistir. Tú sabes perfectamente lo que haces.

Previendo una nueva racha, me puse de pie. Dije que al otro día trabajaba temprano. La besé en la frente y en las mejillas y le di unas palmaditas cariñosas.

—¿Vienes mañana?

—No sé. Creo que pasado mañana.

La observé tragar su amargura con estoicismo.

—Si me desocupo temprano —mentí—, vengo un instante.

—Ven a comer —dijo ella.

—No sé. Prefiero no comprometerme.

En la calle advertí que no me sentía bien; el oporto y el mal rato me habían echado a perder el estómago. Encontré a Peralta en el café Iris y le hablé de mi madre; me daba pena su soledad, pero yo no podía hacer mucho por ayudarla. Peralta me sorprendió con una prédica moralizadora sobre los deberes filiales. Esa vena no se la conocía. La prédica no impidió, por lo demás, que despacháramos dos botellas de tinto. Hacia la una y media de la madrugada se nos unió un turnio bastante antipático, amigo de Peralta. Pedimos pan, un pebre y otra botella. El turnio bebió y comió como langosta y, desde luego, no hizo el menor amago de pagar. Peralta contó historias graciosas de su época en la marina mercante. Llegué a la pensión veinte para las cuatro, con el estómago acribillado, lleno de ácidos que lo taladraban, y calculando que sólo disponía de cinco horas para dormir. Tenía citado a un alumno a las nueve y media; uno de los que dan más trabajo: porro absoluto, cabeza cuadrada. Puse el despertador, me desvestí rápidamente y me dejé caer en la cama, como piedra.

Caminaba en compañía de una señora alta, canosa, por un jardín donde había mucha gente: niños que saltaban alrededor de nosotros, sin mirarnos; hombres de aspecto grave, parados sobre el césped, con guantes y sombreros de copa en las manos. Sabíamos que había un leopardo en el fondo del jardín, pero esto nadie lo mencionaba, como si darse por aludido fuera de mal gusto. La conversación de la señora me hacía el efecto de un bálsamo; suscitaba en mí una sensación inefable, profunda.

El canto del gallo formó parte, en el primer momento, de los ruidos del jardín. Después se desprendió de ese bullicio, creció, creció, y acabó por implantarse, exclusivo, nítido, en toda la aridez de la

madrugada, en el centro exacto de los nervios sobresaltados y el gusto a medalla y el dolor de cabeza. Siguió cantando y cuando cesó no había esperanza de volver a dormir. Las ruedas del tranvía me trituraban el cerebro. Los crujidos de las tablas eran astillas que se me enterraban. El eco preciso e incisivo de los primeros pasos en la calle. Uno que otro automóvil. El rumor de las cañerías… Cantó de nuevo y hubiera bajado a estrangularlo. Resolví hablar con la dueña. ¡No era posible! ¡Qué clase de pensión era ésa! ¡No hay derecho, señora! Al fin y al cabo, uno paga para que lo dejen dormir…

Como ayer tenía el cuerpo muy malo, decidí esperar hasta hoy para hablarle a la dueña. Cuando estoy con el cuerpo malo prefiero evitar las situaciones difíciles. Anoche dormí desde las diez en punto de la noche hasta las cinco de la madrugada. A esa hora el gallo me volvió a despertar. ¡Bien! Estaba dentro de lo previsto. Leí un rato, pero los nervios me impidieron concentrarme; al final de un primer capítulo de novela, no distinguía un personaje de otro, no sabía quiénes eran ni de dónde venían. Entonces me levanté y bajé al patio a contemplar el gallo; tenía curiosidad por verlo cantar, alzar el cuello y proyectarse entero en una convulsión sonora, vibrante. No hizo el menor amago; me pareció que se negaba tercamente, con clara intención de no darme en el gusto. Salí, pues, a dar un paseo por la placita, que no deja de agradarme. Salvo los primeros gorriones y un vagabundo tendido en un banco, no había nadie. Un carabinero se acercó, dispuesto a interpelar al vagabundo, y pensó después que era mejor no complicarse la vida.

Regresé de mi paseo alrededor de las siete. La dueña, que daba de cerner a las gallinas, me saludó de mal modo. Sospeché que la extravagancia de mis horas le producía irritación; esto de recogerme un día a las cinco de la mañana y de levantarme otro a las seis.

—Su gallo no deja dormir —le dije.

Continuó repartiendo el maíz, sin contestar.

—No sé si a los demás; lo que es a mí…

Como única respuesta, sus espaldas voluminosas, inclinadas sobre el gallinero. Permanecí clavado en mi sitio, buscando inútilmente una amenaza que pudiera surtir efecto, y terminé por encogerme de hombros. ¡Qué se sacaba con hablarle!

—¿Ya a estar listo el desayuno?

—A las siete y media —contestó—; como siempre.

Entré a mi pieza y preparé en el anafe un café bien cargado. Traté de reanudar la lectura, pero no fue posible. La pensión se estaba volviendo francamente hostil. A las dos semanas y media de vivir allí, se confirmaban tres inconvenientes de manera rotunda: el gallo, la

dueña y el olor a comida. De todos modos, la pieza de amplias dimensiones y la placita con sus cuatro árboles y sus arbustos de mala muerte seguían siendo un motivo de consolación.

Ayer me encontré en el centro con Wilcox, un amigo de los tiempos del Pedagógico, y me contó que Judith andaba con otro. Reconozco que la noticia me impresionó. Más de lo que yo mismo me hubiera imaginado. Creo que me puse pálido y sentí que las piernas me flaqueaban.

—Es natural —dije, haciendo esfuerzos para que no me traicionara la voz—; ¿qué quieres tú?

Wilcox no me despegaba sus ojos de pájaro, de color azul grisáceo, rodeados por innumerables arrugas prematuras; estaba tratando de escudriñar, detrás de mi indiferencia aparente… Es soltero, camino a solterón; una novia buenamoza y rica lo dejó plantado. Ayer, bajo su falsa ingenuidad de gringo, actuaba con refinada maldad. De eso no me cabe duda. Logré controlarme, y sospecho que Wilcox quedó frustrado. Empezó a despotricar contra los burócratas, contra los masones, contra los parlamentarios. ¡Eran insaciables: no sabían otra cosa que aumentarse la dieta y viajar por el mundo a costa del contribuyente! Le dije que me disculpara, que tenía prisa, y lo dejé con la palabra en la boca. La verdad es que la noticia había Sido un mazazo en la cabeza. Medio atontado, indiferente a los empujones que me daba la multitud, apenas con los reflejos necesarios para atravesar las calles sin que me atropellaran (recibí los insultos de un chófer de taxi y de un ciclista), me dirigí a la casa de mi madre. Ella se quejó enfáticamente de las cuentas de electricidad y de almacén; trató de probar que, si viviéramos juntos, el total de nuestros gastos se reduciría en forma apreciable; yo, por fin, podría comprarme ropa; ella, una alfombra para su dormitorio. Le habían hablado de un judío donde las alfombras…

—¿Sabes? —le dije—; han visto a Judith saliendo con otro tipo. Un abogado, parece.

Le costó cambiar de tema. Una vez que tomó conciencia de lo que le había dicho, se encogió de hombros y juntó las manos.

—Sí, pues —comenté, interpretando su pensamiento—. ¡Qué se le va a hacer!

Ella movió la cabeza:

—¡Qué se le va a hacer! Menos mal que no tuvieron hijos…

—¡Menos mal!

Durante un tiempo guardamos silencio.

—Bueno —prosiguió ella—. ¡Qué quieres, también! Quizás sea para mejor. Servirá para que no te sigas haciendo ilusiones.

—¡No me hago ilusiones! —protesté, indignado—. ¿De dónde sacaste que me hago ilusiones?

Mi madre partió a vigilar la comida y yo empecé a pasearme entre su salón y su dormitorio; recordaba momentos de la vida con Judith, expresiones de su rostro, frases fragmentarias, el timbre de su voz, la risa. La veía taconeando en la alfombra, disponiendo las flores que reivindicaban un poco nuestro salón; bostezando, reacia a mis requerimientos reiterados, obcecados, confusos… “No seas cargante… ¿No ves que estoy muerta de sueño?” Traté de imaginarla en los espaciados instantes de la unión amorosa, pero esas imágenes se me escurrían. Mi madre regresó de la cocina y nos sentamos a la mesa. Por cambiar de tema, hablé del gallo de la pensión, que me despertaba todos los días a las cinco de la madrugada. Ella habló del perro de las señoras del segundo piso; le saltaba encima en la escalera y le infundía pánico…

—¡Pero el gallo es desesperante! ¡Cualquiera de estas noches lo estrangulo!

Reviví el rostro de la dueña de la pensión, y el canto antipático del gallo; los amaneceres lívidos, las ruedas machacadoras del tranvía, los primeros pasos en la acera. Di un golpe en la mesa, incapaz de dominar un acceso de rabia. Alarmada, mi madre levantó la vista.

—La próxima, ¡lo estrangulo!

—Te he dicho mil veces —intervino ella—. Tienes la solución a mano. Pero…

Consideré prudente hablar de mis clases. El sitio ideal para darlas, a fin de cuentas, era la pensión: había espacio, tranquilidad —el gallo, en el día, canta raras veces. Levantar la vista del texto de estudio y contemplar la placita procuraba un descanso…

Me despedí temprano y caminé al centro. En los lugares habituales no hallé a nadie. Estuve largo rato haciendo hora; cuando ya desistía de esperar, encontré en la puerta del Iris al turnio amigo de Peralta. Mi necesidad de compañía era grande, así que lo invité a beber una botella de vino. Conversamos de las cosas más diversas. El turnio declaró que Fidel Castro había traicionado a la revolución, que se había convertido en un esclavo de la Unión Soviética. Yo no estaba de ánimo para discutir ningún asunto. Después dijo que los americanos eran unos niños chicos y que, en Europa, los únicos que valían eran los alemanes: ¡había que ver cómo reconstruyeron sus industrias! Meditaba si invitarle otra botella, convencido de que lo más sensato sería irse a dormir, cuando apareció Peralta. Llamamos con urgencia al mozo. La segunda botella se despachó rápido. A la tercera, conté lo que había sabido de mi ex esposa.

—¡Qué esperabas! —exclamó Peralta—; ¿que te guardara fidelidad después de la separación? Las mujeres tienen las mismas necesidades

que uno. Es la ley de la naturaleza.

Para soportar esta versión tan directa de las cosas, tuve que beber mi vaso al seco. Me sentí cansado y me invadió, me penetró hasta la última fibra, el deseo de dormir, quise tenderme a dormir durante horas interminables. Veía la cresta vibrante, roja, los ojos duros, el alarido vicioso, que hubiera sofocado con todas mis fuerzas. Al final de la quinta botella, invitada por Peralta, me puse resueltamente, y contra las protestas enfáticas del turnio, de pie. Tomé un taxi hasta la pensión. Abrí la puerta con sigilo y en vez de encaminarme a mi dormitorio, entré al patio.

La luz de la luna menguante, oscurecida por nubarrones grises, iluminaba débilmente al gallo, que dormía entre sus concubinas. Lo contemplé desde atrás de las rejas, lleno de embeleso. La brisa nocturna, unida a los efectos tardíos del vino, me producía un estado semejante al éxtasis. Abrí la portezuela y avancé; mis pasos no eran muy firmes, pero todas las dudas, todas las vacilaciones, las incertidumbres, habían desaparecido. Con las yemas de los dedos toqué las plumas del enemigo, casi acariciándolo. Después, suavemente, acerqué las dos manos a su cuello, me cercioré de que lo rodeaban bien y haciendo un intenso esfuerzo para reunir mis energías amagadas por el vino, apreté con saña, seguro de que la operación duraría pocos segundos. El gallo se desperezó y aleteó, primero con torpeza —creí que serían los últimos estertores—, y en seguida con un vigor frenético, que me sorprendió completamente. Estuve a punto de soltarlo —el vino me hacía reaccionar con lentitud—, pero me repuse a tiempo y redoblé la presión, tratando de torcerle el cuello. El animal aleteaba y aleteaba; parecía flotar, y yo con él; tuve una visión fugaz de sus ojos endurecidos por una voluntad odiosa de supervivencia. Ya creía escuchar su grito de alarma.

A partir de entonces, mi recuerdo de esa escena es muy confusa. Sé que la idea de que cantara, despertando a toda la pensión, poniéndome en la evidenció, más ridicula, fortalecía mi propósito. Varias veces hice un esfuerzo supremo, apelé a todas mis reservas de vigor, y no logré dominarlo. Ignoro si tardé cinco minutos o tres cuartos de hora en dar cuenta de él. De lo que me acuerdo claramente es de haber botado un bulto sin vida, que se me pegaba a las manos, mientras la transpiración me impregnaba la camisa. Lancé el bulto de un puntapié a un rincón del gallinero. Oreo que le tiré tierra encima. Temblando, con el corazón sobresaltado, entré a mi pieza. Poco a poco el vino recuperó su efecto letárgico y me tranquilizó. Me sumergí en la cama, por fin —eran las tres de la madrugada—, con profunda voluptuosidad, dispuesto a desquitarme de muchos amaneceres ingratos.

Túneles, escaleras, murciélagos, objetos húmedos, resbalosos, perdía pie, los escalones estaban podridos, travesaños podridos, agua y musgo sobre muros que no habían visto la luz, y empezaba a caer al pozo que se iba abriendo, era preciso mover los brazos, volar, pero la fatiga, de plomo, el abismo se aproximaba, me rodeaba, su cubierta negra, vertiginosamente, imposible aferrarse de algo sólido, las tablas podridas caían también, la superficie del muro, viscosa, las alas pesaban, chocaban en las paredes… En algún intersticio del sueño se reiteraba el canto de un gallo. Se abría camino, despejaba las tinieblas. Y de pronto, otra vez, la luz cruda en la ventana, mientras el reloj de velador marcaba las cinco diecisiete minutos y el canto, desprendido del túnel, en plena realidad, se repetía con estridencia entusiasta, vigorosa, electrizante. Tardé algunos segundos en recordar la escena de la noche: la interminable lucha, el aleteo frenético, los ojos que se obstinaban, que no querían nublarse, las manos, las muñecas adoloridas; el bulto cayó al suelo inerte; lo tiré a un rincón y lo tapé con tierra; me acordaba como si lo estuviera viendo; lo tapé con tierra; parecía un montón de trapos sucios…

Me vestí temprano y preparé las maletas. Después de las siete se escucharon pasos en la cocina. Allá me dirigí. La dueña, de espaldas a la puerta, preparaba el desayuno de su marido. Hablé atropelladamente, sintiendo que cualquier interrupción sería fatal:

—Señora, no se preocupe; estoy dispuesto a pagar el precio del gallo. Salvo que siga vivo, que no haya muerto; que siga en buen estado, se entiende… Pero no me parece. Debe de haber sido otro el que cantó. ¿Hay gallos en el vecindario? Y me pasa también la cuenta de la pensión. Esta mañana me retiro.

Me miró en silencio, probablemente sorprendida, pero sin demostrar reacción alguna. Se limpió las manos en un paño, con toda parsimonia, y se dio vuelta. Temí que en ese instante se desencadenara, tratara de sacarme los ojos.

—Siéntese —dijo, indicando una silla junto a la mesa de mármol.

Obedecí.

—¿No quiere una tacita de café?

Pensé en las pequeñas atenciones que se prodigan a los condenados a muerte, minutos antes de aplicar la pena. Yo ya estaba en el banquillo y no tenía el más mínimo deseo de tomar café con la señora —mis ganas de escapar pronto de esa pensión se transformaban en idea fija—; pero no hubo manera de negarse. Me pasó el azúcar y después, cosa inusitada, desplegó sobre la mesa tostadas, miel de abeja, un queque, un pedazo de chorizo…

—Sírvase…

Tenía un nudo en la boca del estómago, pero empecé a comer para

no ofenderla. Los alimentos bajaban a duras penas por la garganta.

—¿Sabe? —comenzó la dueña, al cabo de un momento—; mi marido tampoco puede soportar ese gallo. Es muy cargante, en realidad, con sus gritos a las cinco de la mañana…

Sentí que las tostadas con miel y el café con leche encontraban un camino más fácil. Hasta me dio la tentación de hincarle el diente al chorizo.

—Lástima, pues, que se vaya —dijo la señora.

—Me voy a casa de mi madre —inventé—. La pobre sufre mucho a causa de su soledad.

—Si es así —dijo la señora—, tiene razón. Hay que ser buen hijo.

Insistí en mi proposición de pagarle el gallo y no quiso ni oír hablar del asunto. ¿Por qué pagárselo? Llegué a pensar que el gallo había resucitado, que ese canto, en la madrugada… ¿Y el bulto inerte, pegado a mis manos húmedas de transpiración?…

La señora me deseó mucho éxito y que ojalá encontrara bien a mi madre. Le pedí permiso para pasar más tarde a recoger las maletas y me dijo que por supuesto, que cuando quisiera.

Después caminé más de una hora, tratando de calmarme a fuerza de ejercicio, y me vine a instalar en un café de la Alameda abajo, donde no había entrado nunca. La sensación de cambiar de vida va siempre acompañada de un placer curioso, irresistible, pero que no dura mucho (ya lo sé por experiencia). Miro la descarga de un camión cervecero, una carretela que pasa bamboleándose, cargada hasta el tope con verduras, dos monjas que atraviesan la calle, el brillo de la pintura nueva de un automóvil, con la sensación de descubrir por primera vez el universo. Después, ya lo sé, viene la costumbre, que todo lo deteriora. Y se llega a la conclusión de que no valía la pena cambiar: en las casas, en los trabajos, en las mujeres, en los amigos. Pero se han quemado las naves; no hay remedio. La experiencia es algo que cuesta adquirir. ¡A quién se lo dicen!

Quizás me vaya a vivir donde mi madre. ¡Total! Ha visto que me mando mudar al tiro si empieza con sus mañas. La experiencia tendrá que servirle, a ella también. Al fin y al cabo, si los dos vivimos solos, lo más lógico, lo natural, diría… Si empieza con sus mañas… Voy a telefonearla desde este mismo café. Le dará un gusto grande. Estoy seguro de que la experiencia le habrá servido. No empezará con sus mañas. Al fin y al cabo… La novedad dura demasiado poco. Para qué cambiar, en buenas cuentas… Me acuerdo del argentino grafólogo, el del escapulario sobre los pelos del pecho. Era cómico verlo meterse al agua saltando, con el escapulario que le bailaba entre la espuma y las salpicaduras y los demás bañistas. Tenía facha de mono. Exigía que lo

dejaran solo con el tipo que iba a examinar; después asaltábamos al tipo para que nos contara.

Esta vez sí que sus predicciones no van a cumplirse. Al fin y al cabo, lo más razonable, si los dos vivimos solos… ¡Se acabaron los cambios! Volver a lo suyo y quedarse tranquilo… En realidad, es lo único razonable. Hasta la dueña tuvo que comprenderlo. Increíble. Jamás lo hubiera creído. Pasándome tostadas con miel. Y las manos todavía me duelen por el forcejeo. ¡Cómo se resistía a morir, el bestia! Todo, en el universo, se resiste a morir. ¡Parece frase del argentino! Telefoneo ahora.

—¿Tiene fichas?

Se va a reír Peralta, cuando sepa.

GRISELDA

La pesadilla duró más de tres semanas. Después supe por Griselda que el doctor Saldaña, nuestro vecino, había dicho que yo tenía delirio de persecución. Pero nadie le creyó, felizmente. El doctor pasaba por uno de sus períodos de locura. La prueba es que dos días más tarde le pegó a su mujer en forma bestial. Desde mi cama oí los gritos y todos corrieron a ver qué pasaba. ¡Puta!, gritaba el doctor, y otros insultos peores, y su mujer daba alaridos. Los que se asomaron al patio vieron que el doctor aparecía en la ventana con cara de energúmeno, y que lanzaba fuera cosméticos, frascos de perfume, joyas, incluso unas enaguas de lujo. Esa tarde la señora se trasladó con sus hijos a casa de su familia y el doctor desapareció. Todos dijeron que si la señora no se hubiera separado, su vida habría corrido peligro. Es muy probable: el doctor estaba loco furioso. El otro médico que vino a examinarme se burló del diagnóstico. "Lamento verme obligado a discrepar así de la opinión de un colega", dijo, y recetó un tónico y unas vitaminas. Mi madre dijo después que al manco lo habían tomado preso, y desde entonces volví poco a poco a la vida normal.

La primera vez que vi al manco fue en la matiné del Cinelandia, un domingo. Me llamó la atención porque se movía mucho en su asiento y respiraba muy fuerte. Tuve la impresión de que trataba de tocarme las piernas y me pasé toda la película pegada a Griselda, escuchando con repugnancia esos pulmones que funcionaban como un fuelle cerca de mis oídos. Boquiabierta, deslumbrada por las imágenes de la pantalla, Griselda no captaba una sílaba de lo que sucedía a su lado. Cuando dieron la luz miré de reojo; el manco se abría la chaqueta y dejaba ver una pistola en el bolsillo de adentro. Salí lo más rápido que pude.

—¡No empujes! —refunfuñaba Griselda—; ¿qué te pasa? ¡Hasta cuándo empujas!

—¡Apurémonos! —le dije en la calle—; después te cuento.

Y cuando le conté, en la plaza, dijo que eran ideas mías, no quiso creerme, no hubo caso, y menos lo de la pistola; en ese mismo instante lo vi parado en la esquina, espiándonos por entre los árboles, y partí derecho a la casa, sin correr, pero al paso más rápido que me daban las piernas, mientras Griselda, desde atrás, me gritaba ¡espérate!, ¿te volviste loca?, ¡no camines tan ligero!

En la casa le conté que había vuelto a verlo, parado en la esquina, y me dijo ¿estás loca? Yo no vi a ningún manco… Entonces le dije que

nos asomáramos a la ventana, seguro que seguía en la calle. Nos asomamos y ya no estaba; había preferido no continuar perdiendo su tiempo.

—¡Ves! —exclamó Griselda—; ¿no te dije?

—Vio que entrábamos a la casa y prefirió retirarse. ¡Lógico!

Sin embargo, Griselda insistió y esa tarde le contó a todo el mundo que yo veía visiones. Así era Griselda, siempre. Trataba de desacreditarme cada vez que podía. Cuando la pasé por dos centímetros, a los trece años de edad, y los hombres empezaron a silbarme y a darse vuelta por la calle, hasta los viejos, no hallaba qué hacer para molestarme. Tú los provocas, decía; ¿de qué te quejas, después? Cualquier día de éstos te pasa un chasco… En más de una ocasión consiguió sugestionar a mi madre, y me quedé encerrada, llorando de rabia por la injusticia. Mi madre se compadecía y entraba al dormitorio a consolarme; pero no llegaba a creer que Griselda fuera tan mentirosa. Griselda lo dice por tu bien, me decía; eres muy ingenua y muy bonita, y tienes que tener cuidado, mira que los hombres son demasiado criminales…

Lo del manco fue un poco antes de esa época; yo acababa de cumplir los trece años.

La segunda vez lo vi en el tranvía, abriéndose camino hacia la plataforma donde me encontraba; por suerte había una gran apretura y la falta de una mano le hacía difícil avanzar. El tranvía iba llegando a un paradero: tuve suerte. Bajé, atravesé la calle corriendo, con peligro de que me atropellaran, subí a la primera micro y lo perdí de vista. La micro llevaba una dirección que no me convenía y llegué a la casa con dos horas de retraso. Abrió Griselda y descubrí de inmediato, en su cara de circunstancias, que había estado echándole carbón a mi madre contra mí.

—¿Qué se había hecho, hijita? —preguntó mi madre.

Bajo la vigilancia de Griselda, se sentía obligada a mantener una actitud severa conmigo. Conté lo del manco y Griselda puso el grito en el cielo: ¡quién me iba a creer esas pamplinas! Pero insistí con tanta furia que mi madre terminó por creer y la misma Griselda se quedó callada.

—Tenga cuidado, hijita —dijo mi madre, con preocupación, y Griselda, que de repente, sin ningún motivo, se ponía cariñosa, me tomó del brazo, me besó y propuso que saliéramos a la plaza a dar una vuelta. Yo sabía que le gustaba uno de los muchachos de la plaza, y no quería darle en el gusto, pero al fin sus abrazos y sus demostraciones me convencieron.

—Eso sí, te advierto que no pienso en juntarme con ellos.

Los muchachos de la plaza me cargaban, eran unos groseros, se lo

pasaban tirando escupos, a ver quién llegaba más lejos, apedreando a los gatos, jugando a la Tayuela, diciendo palabras sucias.

—¡Yo tampoco! —protestó Griselda, colorada como tomate—; ¿quién ha dicho que pienso juntarme con ellos?

¡Son una tropa de estúpidos!

Entonces ya empezaba a ir a la Escuela de Danza y fue en el edificio de la Escuela donde encontré al manco por tercera vez. La Escuela ocupaba todo el séptimo piso. Una mañana salí del ascensor y el manco me esperaba en la galería. Sólo atiné a precipitarme a la pieza del cuidador y explicarle atropelladamente lo que pasaba. El cuidador terminó por comprender y salió en el preciso instante en que las puertas del ascensor se cerraban detrás del manco. Bajó en el ascensor siguiente. A los diez minutos volvió, y dejó sobre la mesa de su pieza el cartucho de una bala. ¡Para que digan después que eran imaginaciones mías! El cartucho se le había caído al manco al huir a la calle, perseguido de cerca por el cuidador. La mitad de la Escuela me rodeaba, sin comprender bien lo que había sucedido, y el Director me abrazó paternalmente y me dijo que mirara la clase no más si no estaba de ánimo para bailar, mirando también se aprendía. Pereira, un alumno muy suave y quitado de bulla, me acompañó hasta la misma puerta de mi casa. Es la persona más fina y discreta que uno pueda imaginarse, Pereira. En la puerta de la casa lo invité a comer y se excusó. Conté el incidente a mi madre y a Griselda, y lo del cartucho que recogió el cuidador. Por mi propia voz advertí que continuaba muy alterada; yo misma no me había dado bien cuenta.

—¿Y el cartucho? —preguntó Griselda—; ¿dónde lo tienes?

—El cartucho… Lo guardó el cuidador. ¡Pídeselo a él, si no me crees!

—¡Calma! —dijo mi madre—. No empiecen a pelear de nuevo.

El asunto del manco, y Griselda, con su hostilidad sistemática, me estaban alterando los nervios. Esa noche creí ver a mi madre en la cama, pese a que yo siempre dormía con Griselda (sólo teníamos un dormitorio y dos camas, en ese tiempo). A medianoche desperté y no era mi madre, era Griselda la que dormía conmigo, como de costumbre. No pude volver a cerrar los ojos. Sentía, en la oscuridad, la respiración anhelante del manco y me empapaba un sudor frío. Parece que me puse a gritar, de repente, y que mi madre y Griselda tuvieron que darme valeriana. Al otro día me negué a salir a la calle; dije que no me sentía bien. A mi madre la noté preocupada. Griselda, en uno de sus raptos de cariño, típicos, me ayudó a lavarme el pelo. Mientras me enjuagaba y masajeaba, confesó que el muchacho de la plaza le había entregado una carta. ¿Qué pensaba yo? Leí la carta y le dije que era una declaración de amor, no había duda. Se le iluminaron las facciones.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! ¡Más claro, echarle agua!

Me dio innumerables besos en las mejillas, eufórica. Quedamos de ir al día siguiente, sábado, a una piscina en Las Condes donde el muchacho le daba cita en su carta.

Íbamos saliendo de la ciudad, camino a Las Condes, cuando en uno de los paraderos de la micro subió el manco. ¡Bajémonos!, susurré a Griselda, y la tomé con tanta fuerza del brazo que no tuvo más remedio que obedecer. El manco debe de haberse bajado, también, a la siga nuestra, pero en ese instante pasó una liebre, por suerte, y nos subimos. Fue una suerte muy grande. ¿Qué te pasa?, decía Griselda, con cara de susto, y me clavaba las uñas a toda fuerza. Yo no tenía tiempo de explicarle. Me acerqué al chófer y le dije, sin aliento, que parara en la primera comisaría del camino. Griselda, a mi espalda, sufría por lo que pudieran pensar los demás ocupantes de la liebre. La liebre se detuvo en una comisaria y nos bajamos, seguidos desde las ventanillas por los ojos de todos los pasajeros. Los ojos no se nos despegaron hasta que la liebre partió. Lo extraño es que la cara del oficial de guardia me era muy conocida: ¿dónde lo había visto? Le conté precipitadamente lo del manco, que debía venir en la micro de atrás, pisándonos los talones. Al principio me miró con desconfianza, pero luego se dio cuenta de que nó trataba de reírme de él, nada de eso, y nos condujo a una sala en el interior. Es raro: tuve la certeza de haber estado antes en aquella sala y de que el teniente, al otro lado del mesón, debajo del mapa de Chile y del retrato de O'Higgins, había levantado la cabeza y me había hecho la misma pregunta, con exactamente la misma voz. ¿De dónde? ¿Qué me recordaba esa voz? Empecé a sentir una especie de vibración en el cerebro, una especie de zumbido. ¿Cómo dice? El teniente se inclinaba y se ponía una mano detrás de la oreja, haciendo un esfuerzo para captar mis explicaciones. Y yo tenía la sensación de conocer cada pregunta antes de que el teniente abriera la boca. Era algo desesperante. Y la coincidencia entre sus preguntas y mi adivinación se repetía, bastaba que él abriera la boca. Esto fue acentuando mi malestar hasta un extremo insoportable. Así que, cuando me hicieron pasar a una sala contigua, y yo sabía quiénes iban a estar adentro, qué cuadros iba a haber en la pared, qué paisaje se iba a divisar por la ventana, con un pedazo de la cordillera, y el carabinero que iba a avanzar dos pasos, exactamente con esa actitud, esos ojos chicos sobre las mejillas regordetas, húmedas, ese crujido de la puerta y esa tos, que había escuchado antes, idénticos, no soporté más, el malestar se volvió sofocante, como si quisieran estrangularme manos invisibles y la sangre me dejara de circular por la cabeza, el paisaje de la ventana se enturbió, y las mejillas húmedas que se aproximaban, di un grito, después caí al suelo sin

conocimiento.

A la mañana siguiente me vio el doctor, que después resultó que estaba loco, y dos días más tarde entró mi madre a la pieza y dijo que habían tomado preso al manco.

—¿Estás segura?

—Sí —me dijo—. Lo averigüé en la comisaría.

—Pero pueden soltarlo luego.

—No —dijo mi madre—; no tengas miedo. Van a secarlo en la cárcel.

—¿Estás segura?

—Sí —insistió ella—. No te preocupes más.

Pero sospeché que lo decía para tranquilizarme y pasé alrededor de dos semanas sin poder salir. Una vez intenté llegar hasta el almacén de la esquina y fue imposible, volví transpirando de susto, descontrolada. No había podido quitarme la idea de que el manco rondaba en las proximidades del almacén. Desde entonces, mi madre le ordenó a Griselda que me acompañara a todas partes. Griselda empezaba a ir al cine con muchachos y no le gustaba tener que andar todo el tiempo conmigo; decía que yo era demasiado pava y que si iba con ella, sus amigos se hacían humo. La verdad es que se fijaban más en mí que en ella, a pesar de mis dos años menos, y eso la volaba de furia. Siempre fue un monstruo de egoísmo, Griselda; ¡un monstruo! Cuando me contó lo del delirio de persecución, algún tiempo después, fue con su qué, para dejarme una duda; quiero decir, con el propósito disimulado de hacerme dudar de mí misma. Pero el doctor estaba loco. ¿Entonces?…

¡Pobre Griselda! La topé en la calle una semana antes de venirme. Ha tenido cinco hijos en seis años de matrimonio y está fea, con el cuerpo deforme —nunca tuvo buen cuerpo—, con la cara desencajada y llena de cansancio.

—¡Hola, primita! —le dije, besándola efusivamente.

Ella sonrió, algo sorprendida por mi entusiasmo. Se casó con un muchacho de buena familia, después de vencer toda clase de resistencias, pasando por humillaciones terribles, y el tipo resultó un infeliz, un borrachín, y para colmo sin un peso. El suegro, que no había trabajado nunca, se metió en negocios y perdió hasta el último centavo. ¡Tan orgullosa que estaba Griselda con el apellido de su novio! De poco le sirve, ahora…

—¿Sabes? —le dije—; parto a Europa en unos días más.

Sus esperanzas de salir son tan nulas, que me llegó a dar pena decírselo.

—¿A Europa? ¿Y cómo?

—Muy sencillo: trabajé, junté unos pesos y me voy.

—¿Y a qué vas?

—A conocer —le dije—, a pasear. Y si consigo algún trabajo, me quedo.

—¿Te quedas para siempre?

—¡Para siempre! ¿Qué hago en este país? Dime, tú…

Griselda me miraba con la boca abierta, incapaz de disimular su envidia y su asombro.

—¿No piensas casarte, entonces?

—¡No pienso! —le dije—. ¡Ni amarrada! Me gustaría, eso sí, tener un hijo.

—¿Sin casarte?

—No es necesario casarse para tener un hijo, ¿no?

Después de un momento de estupor, sonrió ligeramente y me pareció que sus rasgos se suavizaban. ¡Pobre Griselda! Lo ha pasado harto mal: huérfana, recogida en nuestra casa, donde apenas teníamos para darle que comer, y ahora con ese marido.

—Mándame una tarjeta desde Europa —dijo al separarse—. No te olvides. Quiero guardar un recuerdo tuyo.

—Voy a mandarte una carta bien larga —le respondí—. Te lo prometo.

Al final no escribí nunca esa carta, pero le mandé una tarjeta desde la plaza de la Signoria, en Florencia. ¡Debe de haberse muerto de envidia! Si es que le ha llegado… En ese país se roban las tarjetas, dicen.

ADIOS LUISA...

L'écrivain est un expérimentateur public: il varie ce qu'il recommence; obstiné et infidèle, il ne connaît qu'un art: celui du thème et des variations.

Roland Barthes

Durante el viaje olvidé completamente esa comida, pese a que tuvo lugar dos días antes de que tomara el avión. La violencia de los colores, el clima tórrido, mis ajetreos en Sao Paulo, la visita de fábricas, el descubrimiento de Río de Janeiro, los amaneceres rojos sobre las islas, María y Manuel, ¡qué sé yo!… Todo se juntaba para que las semanas anteriores se me borraran de la memoria. Tenía la sensación de haber sido transportado a otro mundo, y de que ya no habría regreso a la realidad cotidiana de Santiago de Chile. Me imagino que esta ilusión estimula a muchos viajeros; explica, me parece, la pasión de viajar de mis compatriotas. Una pasión que revisté caracteres francamente anormales; conozco gente pequeño burguesa, cuidadosa de su dinero, que de pronto vende sus escasos bienes dominada por el espejismo de tres meses en las capitales europeas. Sé, incluso, de personas honradas que caen de repente en la fiebre de los viajes y cometen un desfalco; gente que ha vivido largos años a tres cuartos y un repique, sin deberle un peso a nadie. Cuando viajan, los chilenos tienen la confianza secreta de que nunca regresarán a su existencia anterior; creen que su vida cambiará para siempre; sin esa ilusión, no se darían tanto trabajo por salir.

Así me sucedió en Brasil, por lo menos. Contribuyó bastante el éxito de mis conversaciones con los productores de materiales plásticos, en Sao Paulo. Y María, en Río de Janeiro. Cuando bailábamos en los lugares nocturnos y ella acercaba sus mejillas tersas, fragantes, yo sentía una desaforada exaltación. Volvíamos a la mesa, donde nos esperaban Manuel y sus amigos, y no podía liberarme de una momentánea incomodidad. Pero en esos lugares todo parecía posible. Hice proyectos descabellados; botaba todo por la borda: la familia, la fábrica, el automóvil, la casa en la costa, y partía con ella a un pueblo escondido, a una isla de pocos habitantes. El negocio con los industriales paulistas daba para vivir algunos años. Después se vería… Debo reconocer que nunca comuniqué a María estos proyectos; no había, pensando las cosas con serenidad, una razón

concreta que los justificara. Me dejaba besarla en el rostro durante los bailes, pero si los besos se volvían demasiado apasionados se apartaba con terquedad y pedía que fuéramos a sentarnos. Sólo permitió un beso en la boca la penúltima noche; después, en la mesa, como si se hubiera arrepentido, declaró que estaba cansada y que deseaba irse a dormir. Manuel no tenía ninguna gana de irse; los ojos, al cabo de varios whiskies, le brillaban de excitación; pero se puso de pie, con su paciencia habitual, y pidió la cuenta. Preferí no acompañarlos.

La última noche comimos en una churrasquería. La conversación fue lánguida; en los momentos finales de nuestro encuentro, pasada la euforia de cada salida nocturna, se demostraba que teníamos poco que decirnos. Terminamos haciendo el recuento, con Manuel, del asunto de los materiales plásticos, nuestro único verdadero punto en común, mientras María bostezaba sin disimulo. Insistí para que no me fueran a dejar al aeropuerto, contra las alegaciones de Manuel, y María, tras de escuchar en silencio, zanjó la discusión: en realidad, estaba muy cansada, le disgustaban las despedidas, ¿a ti no te importa?… ¡Cómo se les ocurre! ¡Si les estoy diciendo!…

A pesar de mis protestas, la actitud de María me hirió y, en cierto modo, azuzó mis sentimientos. Apenas me instalé en el avión reviví el contacto de sus mejillas, la presión fugaz de sus labios la noche antes, en medio de la música desenfrenada, del tumulto, de la oscuridad, y reanudé mis planes de vida en una isla o en un pueblo perdido; ya eran sueños gratuitos, onanismo mental, sucedáneos de la aventura que no había llegado a realizarse; ahora que toda posibilidad había sido clausurada con el cierre hermético de la puerta del avión, cuando ya estaba visto que yo no había hecho nada por forzar las conveniencias, en virtud de un cálculo sobre su fidelidad a Manuel que quizás era una simple argucia de mi timidez, la sola idea de que ella pudiera adivinar que yo, en algún momento, había incubado esos planes deschavetados, había llegado a tomarlos en serio, me producía una especie de escozor, una sensación de infantilismo ridículo.

En Santiago, en los primeros días, hice vagas alusiones entre mis amigos a una misteriosa historia con una mujer sensacional, extraordinaria. Después tuve miedo de que mis insinuaciones llegaran a oídos, por algún conducto inesperado, de la pareja, y me dediqué a rectificar y echar tierra sobre lo que había dado a entender en un comienzo. Había adoptado actitudes enigmáticas frente a mi esposa; ahora tuve que hacer grandes esfuerzos para disipar sus sospechas. En esta forma, los últimos residuos del espejismo empezaban a desvanecerse. Siempre sucede así. Al final, no hay nada que resista frente a la rutina. Hasta los recuerdos se destiñen.

Pues bien, digo que el viaje me había hecho olvidar esa comida, que se efectuó dos días antes de que tomara el avión. Ayer me

encontré en la calle con Ovando, un ex compañero de colegio, y se me refrescó la memoria. Ovando, precisamente, organizaba las comidas de curso anuales; dedicaba gran parte de su tiempo a mantener vivo el espíritu de camaradería.

—¿Cómo te fue en Brasil? —me preguntó. No olvidaba detalle de sus ex compañeros.

—Muy bien —le dije—. ¿Cómo sabías que estuve en Brasil?

—Tú mismo contaste que partías en dos días más, en la última comida del curso.

—¡Verdad!

No quise confesarle que la comida se me había borrado de la mente. Yo le sacaba el cuerpo a esas reuniones; el colegio no me trae buenos recuerdos, y ese cultivo sistemático de la nostalgia, de una imagen del pasado que poco tiene que ver con lo que fue en la realidad… Asistí a esa comida, por primera vez, después de ceder al asedio de Ovando por teléfono y por cartas circulares, con la idea de que el viaje próximo me permitiría enfrentar las cosas desde cierta distancia, con cierta inmunidad contra la depresión.

—¿Y? —preguntó Ovando.

Le repetí que me había ido muy bien. Sentí la tentación de hablarle de María, pero me contuve; Ovando se habría encargado de transmitir mis palabras a cada uno de los treinta y tantos ex alumnos del curso, amén de otros conocidos comunes. La principal tarea de su vida consistía en seguir los menores pasos de aquellos que pertenecieron al curso . B de la promoción de 1947. Hay gente que llena su existencia con ocupaciones de esta especie. Ovando se había propuesto ’encarnar el “espíritu” de esa promoción; para él, asumía características peculiares, inolvidables, dignas de preservarse e historiarse. Aparte de su celo por reunir a los alumnos y de su amistad estrecha con muchos de ellos, frecuentaba las casas de los profesores laicos y conservaba, frente a los sacerdotes, la misma actitud ambigua, de rebeldía y sumisión, propia de la gran mayoría de los alumnos.

Ovando sintió que sus relaciones conmigo habían mejorado extraordinariamente, que bordeaban la amistad íntima, después de mi asistencia aquella noche, de manera que inventé una cita con el subgerente de un banco, temiendo la invitación a un bar que desembocaría en las inevitables evocaciones cómicas, con interpolaciones de sentimentalismo relajante y ojos húmedos.

—Te llamaré por teléfono —anunció, y le respondí con la práctica que he perfeccionado en el mundo de los negocios:

—¡Encantado! Llámame después del almuerzo a la oficina; es la hora más fácil para encontrarme.

A esa hora suelo ir a la fábrica. Además, mi secretaria está bien

aleccionada para defenderme de los intrusos.

Apenas me liberé de Ovando, empecé a recordar la comida hasta en sus menores detalles. El viaje había interpuesto una capa de sensaciones diferentes, una cortina de humo, pero detrás de todo eso se mantenía intacta en la memoria; el sentimiento mixto de curiosidad y de aversión con que participé contribuyó, sospecho, a qué los incidentes más mínimos se me quedaran grabados. Estoy viendo la entrada ostentosa del gordo Asenjo, con su sombrero de alas anchas, su cadena de oro en el vientre, sus aires de cincuentón prematuro; era una caricatura de capitalista. Y la sonrisa, que uno diría idéntica a la de los tiempos del colegio, si no fuera por una sombra imperceptible de fracaso, de Moreto. La placidez de Gutiérrez, en vías de convertirse en cirujano de prestigio. Ovando, que recogía las cuotas y anunciaba el menú, como pez en el agua. El chico Bricefio. Zalgurri, el beato del curso, dispuesto a encanallarse esa noche por espíritu de camaradería. Y Abrantes, igual en su corpulencia torpe y sus demostraciones de afecto capaces de desarticular a un cristiano; me recibió con un abrazo que me hizo crujir los huesos, riéndose a carcajadas de verme más gordo, con aspecto de prosperidad burguesa.

—¡Qué quieres tú! —le dije, arreglándome la corbata con una sonrisa de resignación.

También llegó un tipo cuyo nombre no recordé en un comienzo; sólo estuvo de paso en nuestro Quinto B, después de quedarse pegado y antes de emigrar a otros colegios.

—¿No te acordar? —me dijo Asenjo—. Salvatierra. ¡Era un rajado este gallo!

Los ojos de Salvatierra, en realidad, ojerosos, irónicos, parecían cargar el lastre de años de disipación; una disipación en pleno descenso, que había perdido para siempre el ímpetu juvenil. Alto, pálido, de nariz aguileña, su vestimenta me hizo pensar en la época de Carlos Gardel: sombrero gris perla enhuinchado; camisa de cuello subido, duro, que estrangulaba la corbata prendida con una gruesa esmeralda falsa; anillos en los dedos.

—Ten cuidado —me murmuró al oído el gordo—. Este ha pasado una buena temporada en la capacha. En una cárcel del norte. No hace mucho que salió.

En ese preciso instante, como si adivinara lo que hablábamos, Salvatierra se nos acercó, sonriendo en una forma que no me pareció enteramente franca.

—¡Hola, viejito! ¿Cómo te va yendo? —le dijo Asenjo.

—Bien —dijo Salvatierra—. Sin novedad… ¿Y tú? —me preguntó —; ¿qué te habías hecho? No se te ve nunca en las comidas del curso.

Aludí a mi escaso entusiasmo por estas reuniones. Si vine ahora es

porque parto dentro de dos días a Brasil; la perspectiva del viaje me despertó las ganas de recordar los años del colegio, de ver en qué estaban los compañeros de curso…

—Aquí los tienes —dijo Salvatierra, con un gesto burlón.

Pasadas las dos primeras corridas de pisco sauer, los veintitantos ex alumnos reunidos en el comedor reservado del restaurant no podían entenderse más que a gritos e insultos. Su comportamiento diario, en la actualidad, era bastante diferente, pero los atavismos escolares salían a flote con una fuerza irresistible; los modales mesurados, discretos, de estos abogados, ingenieros, comerciantes, funcionarios de un nivel más bien alto, no pasaban de ser un barniz superficial, una máscara frágil. Durante la comida volverían a dominar las leyes selváticas del colegio, las únicas que habían dejado en ellos una huella verdaderamente profunda.

Despachábamos la cuarta corrida de pisco sauer doble cuando sirvieron la entrada. El chico Briceño —se había convertido en hincha del automovilismo y era dueño de una estación de servicio y de un garage—, se paró en medio de la mesa y empezó a gritar que se sentaran, poniéndose las manos en la boca a modo de bocina. Las arterias del cuello se le hinchaban en forma alarmante. Salvatierra, que no perdía en nada su compostura, pese a que había bebido sin parar, me señaló un sitio en el extremo de la mesa.

—Aquí estaremos tranquilos.

Con sus maneras pausadas, su cortesía un poco untuosa, me costaba imaginarlo en la cárcel, conviviendo con cuchilleros y pungas. Se habrá transformado pronto en un líder o algo por el estilo, supuse, un portavoz de los demás presos, y habrá obtenido privilegios particulares. Escribiéndoles peticiones de indulto, a lo mejor, o cartas a la familia. Las autoridades de la cárcel debían de invitarlo de vez en cuando a beber una copa, para matar el aburrimiento de la vida provinciana…

—Es el libro del curso —dijo Salvatierra, señalando a un grupo que se apretujaba y saltaba, tratando de mirar algo en el centro—. Consiguieron que los curas lo prestaran para traerlo esta noche.

Desesperado por la ineficacia de sus gritos, el chico Briceño caminaba por encima de la mesa, de brazos cruzados, silencioso, corroído por la exasperación. El grupo se aproximó, entre aullidos y carcajadas, y los ex compañeros empezaron a sentarse. Mientras comíamos la entrada se produjo una relativa calma. El libro del curso pasaba de mano en mano; a] fin llegó a nuestro rincón de la mesa. Creo que ninguno escapaba a la curiosidad de verlo, sobre todo para ver si aparecían nuestros nombres.

—Salís tú —me dijo Moreto, con los ojos brillosos—; expulsado por fumar en clase.

—¡Te acordai! —exclamé, lleno de mal disimulada complacencia. En todos esos años, mis demostraciones de audacia no habían sido muchas. —Manoteábamos el humo y no conseguíamos deshacerlo. El cojo Yilariño echaba espumarajos de rabia…

—José Casas —dijo Salvatierra, a quien había tocado el turno de hojear el libro—. ¿Te acuerdas?

No me acordaba muy bien, pese a que algo me decía el nombre.

—Estaba más arriba —explicó Salvatierra—, pero fue compañero de ustedes cuando se quedó pegado, igual que yo.

Recordé un tipo silencioso, muy tímido, flaco y jibado, con las manos permanentemente húmedas de transpiración.

—Así era —confirmó Salvatierra—; un tipo muy callado y medio tartamudo, que no se metía con nadie.

—Que comulgaba todas las mañanas —agregué, porque ahora lo veía precipitándose a las gradas del altar, con una especie de obcecación, tan pronto sonaba la campanilla del prefecto.

—Sin embargo —dijo Salvatierra, que daba vuelta calmadamente las páginas del libro, ajeno al tumulto que crecía a su alrededor—, tampoco se metía con los curas. Les tenía una desconfianza caballa.

—Cierto —dije, pensando que este rasgo calzaba en alguna forma con mis imprecisos recuerdos del personaje.

—Lo curioso —continuó Salvatierra—, es lo que sale aquí. Parece que no coincidiera con su modo de ser en aquella época. Fíjate: “Casas expulsado por lanzarle un tintero a Asenjo”.

—¡Me acuerdo! —intervino Moreto—. Le tiró un tintero por la cabeza. Lo que pasa es que Asenjo vivía embromándolo.

—¡Claro que me acuerdo! —exclamé—. Soportaba con todo estoicismo que lo molestaran, pero de repente le venían accesos de furia y se transformaba en una fiera.

—Eso explica muchas cosas —dijo Salvatierra. Bebió la mitad de su copa y dirigió una mirada fugaz al centro de la mesa, con el gesto de la persona a quien perturba un zumbido insignificante, una mosca porfiada. De pie sobre su silla, el chico Briceño vociferaba con los dos puños en alto. Larenas también se había subido sobre su silla y daba verdaderos alaridos. Una gruesa miga de pan golpeó a Moreto y cayó sobre el plato de Salvatierra, que la apartó con resignación filosófica. En estado de súbita sobreexcitación, Moreto se puso a lanzar migas al otro extremo de la mesa. La aparición del costillar de chancho picante arrancó aplausos y apaciguó los ánimos.

—Era un cabro muy raro —dijo Salvatierra, después de seguir el costillar con la vista—; en las preparatorias todos le pegábamos, le sacábamos canas verdes. A alguien se le ocurrió una vez quemarlo vivo, y a todos nos pareció que la idea era excelente; me acuerdo que

lo encerramos en una casita y que le metíamos papeles prendidos por debajo de la puerta. El no reaccionaba; arrinconado en la casita, no daba un grito ni hacía nada por escapar; se limitaba a pisotear los papeles, saltando como un loco. Por tercer año empezó a salir de su apatía, pero en forma poco normal. Le venían ataques de rabia en que echaba espuma por la boca y era capaz de matar al que se le pusiera por delante. ¡Pobre gallo! ¿Conoces la historia de cuando estaba enfermo del estómago?

Le pedí que me la contara, pese a que los gritos subían otra vez y amenazaban con abogar nuestra conversación.

—Eso fue por tercera preparatoria o primer año de humanidades, algo así; Casas vivía enfermo del estómago. Entonces era un pirigüín flaco, amarillo; parecía que se lo iba a llevar el viento; su piel tenía una especie de transparencia malsana. Se lo pasaba indicando en clase para ir a las casitas. En un concurso de matemáticas, el cura Gutiérrez no lo dejó salir sin entregar antes la prueba. Casas, que iba apenas en la primera o la segunda operación, trató de sacar tres o cuatro más, por lo menos; estaba en un tremendo enredo de números, clavado en su sitio por la obsesión de salir adelante con el concurso, cuando se cagó en los pantalones. Yo era su vecino de banco, pero me había concentrado tanto en la prueba que ni me di cuenta. El caminó hasta el pupitre del cura y entregó la hoja. Después salió de la clase, se encerró en una casita, echó los canzoncillos al excusado y tiró la cadena. A los dos días, no había quién destapara el excusado, pero a nadie se le ocurrió relacionar esto con Casas y su abandono del concurso…

—La mierda debe de haber estado de apalearla —interrumpió Moreto, lanzando una carcajada estrepitosa.

En el otro extremo, el gordo Asenjo vociferaba un discurso atiborrado de frases políticas incoherentes.

—De apalearla —subrayó Salvatierra.

—Se ve que es un político frustrado —dije, señalando al gordo.

—Odia a los políticos —puntualizó Moreto.

—Eso es —dijo Salvatierra, después de enjuagarse la boca con la tercera o cuarta copa de vino—; un político frustrado. Pero ahora que está ganando plata, puede que lo hagan parlamentario. Por lo menos regidor…

—Te digo que odia a los políticos —insistió Moreto.

Salvatierra, nuevamente sumido en sus evocaciones, no se dio el trabajo de responderle.

Todavía estaba oscuro al entrar a la iglesia. Ahora aclaró, pero la garúa sigue cayendo, pasa los enrejados, las manillas, los latones, los

pilares se pasan, parece que sudaran, de los aleros caen gotas en línea recta, irregularmente, cortinas irregulares entre la galería y la intemperie, el cielo denso. La humedad hace que te encojas, por instinto, buscando un refugio que el patio abierto, el frío, de todos modos tiritas, echas vapor, los dientes crujen. A la salida de la iglesia, la taza de chocolate logró calmarte, pero ahora tiritas de nuevo, sin remisión. No sacas nada con hundirte en la ropa, con echar el aliento en las coyunturas. Alguien que atraviesa corriendo te atropella y los huesos, anquilosados por el frío… Murmuras, apretando los dientes, insultos, y de inmediato, desde que te confesaste no ha transcurrido más de media hora, rezas el yo pecador. Con eso no logras aplacar el odio; por el contrario, casi; pero la intención te sirve, la intención de tener intención. Según el manual, basta.

Adentro de la clase está más frío que afuera. Los muros se han impregnado, la madera de los pupitres. Tiritas, te sobas las piernas, resoplas. Es inútil. Afuera, los obreros se instalaron; no hay nadie alrededor. Comienzan por levantar las baldosas. En seguida abrirán la cañería, buscarán, investigarán sin contemplaciones, tenaces, escarbarán hasta encontrar, hasta dar con el bulto, descubrir las iniciales ominosas, las pruebas. Las dos cubiertas del pupitre; los vidrios helados, protegidos por la rejilla. ¿Para que no se arranquen por las ventanas? “Atención”, dice el cura. Sus anteojos brillan un instante contra la luz eléctrica y se vuelven hacia el mapa. Señala un sitio con el puntero, un archipiélago, unas islas. Todavía echas vapor, pese a que la atmósfera de la clase, la respiración, las ampolletas; tus dientes todavía crujen. En el muro posterior del salón de actos, la humedad sale de adentro y se abre, se desparrama. Corolas. Plantas marinas. No consigues descifrar un solo signo. La música de las estepas resuena, a gran distancia. Las cabalgatas, la polvareda, lejos. Golpeas los flancos de tu caballo, a toda fuerza, basta que la varilla se deshace, pero de todos modos, a cada martillazo, crujes, ya van a encontrarlos, el frío se te mete por los huesos, te sobas las manos, pero estás sin fuerza, tiemblan, los dientes chocan, llegan a doler. “¡Casas!” Los anteojos despiden destellos, dardos. El de adelante se ríe como una rata. Todos miran. “Repita lo que…” Brillan, gruesos vidrios, detrás los ojos diminutos, apenas. Después de marcar el perímetro de una costa, el puntero se interna en el mar, hacia las islas. Tracia, dijo. Aqueos. “¡Estamos esperando!” No puedes impedir que la voz. Todos se ríen. “¡Atienda, entonces!” El puntero regresa, sigue el contorno. El hombre gritó algo y el ayudante se detuvo, escucha. Luego los van a encontrar; a no ser que la humedad, la pulpa verdosa… La base del puntero golpea la tarima y das un salto. El cura deja el puntero en el rincón. Te sobas las manos. El ayudante dice algo; camina de mala gana, se agacha y recoge otra herramienta. “¿Esta?” “Esa”, dice.

Vamos a ver. ¿Dijo que iba a comenzar las preguntas? Pasan los destellos rozando, por encima. Tracia. El sol calienta la playa del desembarco. Las naves guerreras; el ruido de las corazas de bronce. Aullarías antes de morder el polvo, de que la noche negra… Zaldívar, en la tarima, adelanta un pie, se retuerce los dedos. "En primer lugar, mañana… A ése no le cabe otra mancha." Se mira el overol y los de abajo. Tú también, convulsivamente. El cura, satisfecho, sonríe. Zaldívar, por último, después de mirar a la clase. Trata, pero no le resulta. "¿Estudió?" "Más o menos." "¿Más o menos?" Te ríes con más estrépito que los otros. Los martillazos, en el patio, se reanudaron. El ayudante mira por encima del hombro; ¿de qué se reirán tanto?… "Ya, pues", dice el hombre. El Siglo de Pericles. Zaldívar avanza, se mete la mano en el bolsillo roto, retrocede, levanta la cabeza. "Ahí no va a encontrar la contestación, en el techo…" Todos vuelven a reírse. Tú, de reojo, con menos ganas. "La otra", dice el hombre, la otra herramienta; pero al ayudante lo ha distraído la risa. "Bien", dice el cura, cruzando las manos, sacando el labio inferior, "tiene un uno". Zaldívar baja; se sienta sin sacarse las manos de los bolsillos; desde el asiento mira fijo: el pupitre del cura, los filetes de la madera, las mangas, los botones; no se atreve a subir hasta las mejillas rojas, satisfechas. "¿Alguien se interesa por venir a dar la lección?" Como siempre… "No; usted no… ¿No hay ningún otro voluntario?" Ningún otro. Es él, entonces, el que mira al patio, con las manos cruzadas, con cara de aburrimiento. "¡Desgraciado!", le dice Zaldívar a su vecino, sofocado de furia. El mocho Allende se acerca por el medio del patio, con las manos adentro de las mangas. El hombre se incorpora dificultosamente, congestionado, reumático; le muestra la cañería. Parece que ya los encontraron.

Vas a escupir un sapo. Pero la clase continúa. El reloj de la torre marca la media hora. El cura se aclara la garganta: "En vista de la falta de entusiasmo", dice. Imitas al vecino, te ríes sin la menor convicción, mientras el sudor frío, las palpitaciones. "Casas; ¿usted se interesa en venir a la tarima? ¿Tiene interés en venir?" Se ríen y el cura, satisfecho, cruza las manos gordas. Se quita los anteojos y los limpia parsimoniosamente. Siéntate. El reloj sonará otra vez; vendrá la oscuridad; pronto el patio habrá desaparecido, el hombre se habrá esfumado. Sin anteojos queda indefenso, vulnerable. El hombre ha dejado el martillo en el suelo y se lava las manos en el agua fría. A prudente distancia, el ayudante espera su turno. El mocho, entretanto, se dirige a la prefectura a dar cuenta. Las manchas del muro empiezan a secarse; luego viene la noche y la humedad traspasa el muro, otra vez.

El reloj sonará otra vez y vendrá la noche. Espérate. El reloj repica en la oscuridad neblinosa, mojada. Pero el cura ha vuelto a ponerse

los anteojos. En la playa del desembarco, los cascos brillan al sol. El disco de fuego gira, implacable. Arrojaste la lanza y se rompió en mil pedazos contra una roca. El enemigo se acerca, armado, cubierto de acero hasta los dientes. "Voy a hablarles del arte, para que variemos un poco." El mocho se empina hasta alcanzar el oído del Diuva. "¿De quién?", pregunta el Diuva. El hombre se sacude las manos, busca con qué secarse. "Aquí tiene", dice el ayudante. Ojos-de-uva. "¿De quién?", repite. "Suponemos", dice el mocho. "¡Ah!" Bolas de cristal medio verdes, medio grises. Uvas de cristal. El hombre se estira, bosteza, empieza a ponerse el chaleco de lana. Miras el agua fría y te estremeces. El enemigo, lleno de dientes acerados, se acerca con ojos de araña gigantesca. Vas a escupir un sapo. "¡Qué gracia!", dice Abarzúa, con una mueca de envidia; "este gallo estuvo en Europa". "¿Dónde se encuentra?", pregunta el cura; los anteojos dividen la luz en destellos filudos, aristas. El casco se ladea en tu cabeza, las piernas no son capaces de sostenerte; buscas un arma y es inútil, no hay más que fierros retorcidos y harapos. Todos tus compañeros desaparecieron; nadie te vendrá a socorrer. Las naves quedaron lejos, en el mar que resplandece, inmóvil, bajo el sol vertical. "En el Louvre", confirma el cura, y se pasa la mano por la papada rechoncha. Uvas. Cristales verdes, grises. "¡Silencio!", grita el cura, agarrando el puntero, cuando el curso comienza a aprovecharse de la tregua. "Las iniciales corresponden", afirma el mocho; "además..." Como para dejarte en descubierto, la niebla se ha disipado. El hombre recoge el martillo del suelo y lo mete al maletín. Crujen los goznes de la casita y el ayudante sale, abrochándose el marrueco. Estamos listos. Hace correr el agua de la llave y bebe, a pesar del frío, con ansiedad. La ola de frío te recorre las vértebras; de nuevo tiemblas. Tratas de poner atención a lo que dice el cura. "Fidias", escribe en la pizarra. Te desabrochas el botón del cuello, para combatir el ahogo. ¿Qué dice? ¿Sonó el reloj de la torre? El Diuva, en este momento, debe de prepararse para salir de la prefectura; debe de sobarse las manos sobre la estufa a parafina. No te preocupes; ahora respiras mejor. La otra vez faltaba el aire, también; ¿recuerdas? Las ventanas estaban herméticamente cerradas; había que respirar en una atmósfera espesa, en el silencio febril, sólo interrumpido por las plumas que rasgaban el papel, veloces, mientras tú, frente a la tercera operación, seguías paralizado, de repente creías que ibas a romper las ataduras, la rueda atascada se iba a echar a andar, pero estabas paralizado, y la velocidad de ese rasgueo cercano, incesante, en tus ojos se establecía un velo negro, ataduras interminables, infinitas. Hasta que decidiste hacer un esfuerzo definitivo: luchaste por desenredarte, frenético, utilizar una hoja en blanco, separar los elementos, verificar la suma, la multiplicación, despacio, sin perder la cabeza, y te enredaste todavía

más, perdiste primero la cabeza y en seguida, inexplicablemente, el control de los músculos… Ya no había nada que hacer; habías despertado, de pronto, de la pesadilla. De una pesadilla a otra. Veías la sala de clase muy lejos. Ni el asco te alcanzaba. El concurso, tus pataleos de mosca, las telarañas de la tercera operación… Retrocedías hacia una época dichosa, remota, donde otros, hacinados en una lejana sala pestilencial, realizaban un concurso del que te habían eximido. Habías sido eximido. Al tirar la cadena, respiraste con profundidad, y esa tarde, fuera del colegio, estabas eufórico, la pandilla de la esquina aceptó que participaras en una cacería de gatos, nunca te habían aceptado antes, y esa vez llevaban un rifle que habían conseguido por ahí… Si el viejo te huasqueaba por la mala nota, te escaparías a los refugios secretos do la pandilla, de manera que todo estaba resuelto. Al día siguiente oíste hablar del taco, y que iban a tener que abrir la cañería.

“Es una maravilla”, dice el cura; “superior, a mi juicio, a la Venus de Milo”. El sol trata de romper las nubes; proyecta en el muro una luz débil. “¿Qué opina usted?”, pregunta el mocho. “Ya veremos”, dice el Diuva; “déjeme a mí, no más”. El mocho reaparece en el patio en el mismo momento en que suena el timbre. A tiempo para despedirse del hombre y del ayudante. Maletín en' mano, el hombre, seguido por el ayudante, se interna en el corredor oscuro, mientras el mocho se dirige al patio chico. A lo mejor no hacen nada. Cuando menos. Zaldívar hunde las manos en los bolsillos rotos y contempla el sol, que se ha desprendido de los nubarrones. “Paredes estuvo en Europa el año pasado, con su familia. Pregúntale. Sabe una brutalidad de cosas.” Algunos se reúnen alrededor de la cañería abierta; esquivan las baldosas amontonadas. “Sabe más que el cura, creo.” El mocho regresa del patio chico; lleva las manos metidas en las mangas, como siempre, y parece que husmeara el aire. Zaldívar corre. “A chutear al arco”, grita. Tú haces un amago de correr; después te detienes y caminas por el corredor, pegado a la pared, donde no te divisa el mocho. Te sientas en la escalera, al abrigo de la sombra. Ves el final del patio y la pelota que a veces cruza entre las pilastras y golpea la pared o las rejillas que protegen los vidrios.

Salvatierra tomó demasiada confianza conmigo. Éramos los únicos que conservaban la calma, en medio del tumulto, y eso produjo el acercamiento, a pesar mío. Dijo que iba a llamarme a mi vuelta del viaje. Seguro que ahora me llama y me pega el sablazo. Pero tengo a la secretaria bien aleccionada. Es curioso: en su conversación había algo agradable, sedante, pese a que la historia, mirándola bien, no tenía nada de sedante ni de agradable; todo lo contrario… Narraba con una tranquilidad inconmovible, ajeno al bullicio, que había

llegado a su paroxismo a la altura del postre. Mis ex compañeros de curso, parados sobre los asientos, aullaban como energúmenos. El chico Briceño estaba nuevamente de pie en el centro de la mesa. Volaban los pedazos de pan. Se rompieron varias copas. Sentí el crujido de una silla, como un latigazo; la madera, bajo el peso del gordo Asenjo, había estallado, y esto motivó un redoble del griterío. Pensé que serían capaces de destruirlo todo, de arrasar con el restaurant.

—No te preocupes —dijo Salvatierra—. Déjalos. Les hace bien volver de vez en cuando a la infancia.

Explicó que todas las comidas de curso se hacían en ese lugar. Les daban un comedor separado, para que los vándalos no ahuyentaran al resto de la clientela, y después pasaban la cuenta de las cosas rotas.

—Será la primera y la última a que asista.

Salvatierra se encogió de hombros:

—Hay que cultivar la amistad…

Sospeché que su presencia tenía un carácter profesional bastante ambiguo. Parte de su lucha por la vida. Y era yo, en tal caso, la víctima escogida esa noche; no se había separado de mí un solo minuto. Debí aprovechar la confusión para desaparecer discretamente, pero las copas de vino me mantenían embotado, sin voluntad. Ahora temo que llame por teléfono. O que en el momento menos pensado aparezca en la oficina. No me queda más que confiar en las habilidades de mi secretaria.

A todo esto, el tipo se disponía, después de paladear otra copa, a seguir con la historia de Casas. Moreto, que participaba en el vocerío, rojo de excitación, decidió bajarse de la silla y reintegrarse al auditorio. El gordo Asenjo, ante la expectación general, trataba de equilibrar una botella de vino en la cabeza.

—j Respetable público! —gritaba el chico Briceño, con voz de anunciador de circo. La botella estuvo a punto de caer al suelo, pero el gordo logró sujetarla y la empezó a beber. Su gesto arrancó aplausos desenfrenados.

—¡Al seco! —gritaron varias voces.

De pronto se atoró y el vino le corrió por el cuello y le manchó la camisa. Impávido, el gordo sonreía, con los ojos inyectados en sangre. Zalgurri, el beato del curso (nos sorprendió al estudiar ingeniería en vez de meterse de cura), cogió lo que restaba de la botella y lo bebió de un trago. Estaba dispuesto a incurrir, por una noche, en esa demagogia; se notaba a la legua.

Los ojos se le cierran de sueño al Papagayo. Dicen que se emborracha todas las noches. Es por eso. Algunos dicen que es

maricón, pero nadie está seguro. Cuando quiso que el loco Fariña posara desnudo, y se armó el tremendo chivateo. El loco, después, contó que le había pegado unos agarrones; ¿será cierto? Muy tranquilo, mientras el Papagayo dormita, el Pájaro Inostroza se pasea por entre los bancos. "¡Oye!" Te toca el hombro y saltas. "¿Verdad que metiste los calzoncillos al excusado y tiraste la cadena?" Tartamudeas y no consigues explicar que no, que es mentira, ¿de dónde sacaste eso?

"¿Verdad que eran tus calzoncillos los que tapaban el excusado?"

Tartamudeas que no, que no sabes nada, ¿de dónde sacaron eso? El Pájaro se da vuelta:

"¡Bueno con el gallo este!"

Los de atrás se ríen. Te das vuelta y te ríes también, estúpido, rojo como un tomate.

"¡Tuvieron que deshacer la mitad del patio para sacar sus calzoncillos!"

Los de atrás se ríen más fuerte y tú… El Papagayo, pálido, entreabre los ojos:

"¡Inostroza!"

La voz se le arrastra, somnolienta:

"¿Quiere hacerme el favor de sentarse?"

"Sí, señor Molina; es que tenía que preguntarle algo a Casas."

Los de atrás vuelven a reírse.

"Guarde para después sus preguntas, mejor", dice el Papagayo, y bosteza, embotado por el sueño. Los pelos negros se le paran en la coronilla. Le salen largos pelos de las orejas y de los huecos de las narices.

"Eran cuestiones muy urgentes, señor Molina", dice el Pájaro, y los de atrás se desternillan de la risa. Tú te olvidas de reír y te ríes al final, menos que los otros. Pero el Papagayo no se da cuenta de que te ríes menos. Todos, para él, meten la misma bulla inexplicable. "No veo el motivo para tanta hilaridad", declara, disimulando un bostezo. "Bien… Entreguen los dibujos, por favor."

"Me falta un poco, señor Molina", grita el Pájaro.

"Entréguelo como esté", responde el Papagayo, de mal humor; "ha tenido toda la hora para terminarlo."

"Un segundito, señor Molina; que está quedando macanudo."

Algunos, atrás, sofocan la risa. Tú observas con los ojos muy abiertos. El Papagayo baja de la tarima, furioso, y le arranca el papel de un tirón. "No se olviden", dice, colorado de rabia, "de poner su firma."

"Rompió mi dibujo", se lamenta con voz de falsete el Pájaro, mostrando un fragmento que le quedó en la mano.

Tú hiciste apenas unas pocas rayas, pero lo entregas así; ya no hay tiempo.

"¿Esto es todo lo que dibujó?"

Tartamudeas.

"Pregúntele qué hizo con los calzoncillos", grita el Pájaro. Los de atrás lanzan la carcajada. Tus labios tiemblan; no puedes hablar. Si tuvieras un fierro le partirías la cabeza, le reventarías los ojos, en el cráneo le darías, sin piedad, uno y otro golpe. ¿Oíste?

"¡Cállese!", grita el Papagayo. Mira al Pájaro con chispas en los ojos. "¡Nadie le está hablando a usted!"

El timbre eléctrico se prolonga y cambia de sonoridad, se pone ronco; después, en el silencio súbito, un tranvía acelera, lejos, jadeante. "Voy a partirle la cabeza", murmuras, con los dientes entrecerrados. Paredes te mira, sorprendido, y no dice una palabra. Sale el Papagayo de la clase con sus papeles debajo del brazo; cierra la puerta y la fila empieza a formarse en la galería, frente a los árboles del patio chico. Después baja, sale del patio chico y se interna por el primer patio grande. Lo atraviesa en diagonal, para seguir el camino más corto. Volvieron a colocar las baldosas. La fila atraviesa lejos de la humedad que rodea las casitas, por el medio del patio. El Papagayo, mirando el cielo, respira con evidente satisfacción. Por un costado cruza el Potro a grandes zancadas; debe de llevar la lista en el fondo de la sotana, junto a los llavines. Ahora entra al pasillo que desemboca en el segundo patio grande. Hay mucho viento. Se forman torbellinos de polvo, embudos. "¡Papagayo!", gritan, con voz de falsete. Pero no se da vuelta, no le importa. Con la perspectiva de salir dentro de dos minutos, el aire fresco, el ruido de las calles, el aire fresco y el ruido de las calles, las ruedas de los tranvías, los niños que corren, gritando… En el traste, los pantalones azul marino le brillan de viejos. Tiene una mancha de tinta en el cuello de la camisa, no muy limpia, y los pelos de la coronilla levantados como puercoespín. "¡Papagayo!", gritan otra vez, y él, indiferente, apura el paso, respirando a todo lo que le dan los pulmones.

—Está bueno —dijo Moreto—; ¡puchas que está bueno!

—No puede ser —opiné yo—; habría sido una crueldad inútil, un verdadero sadismo…

—Pero así fue —dijo Salvatierra, impasible—. Quisieron que escarmentara en esa forma. Como era el hazmerreír del colegio…

—Por supuesto —dije—; no había castigo más refinado.

—¡Está bueno! —repitió Moreto.

—¿Y cómo reaccionó después? —pregunté.

—Se puso más raro que nunca; soportaba las bromas, los

empujones, las patadas, sin decir una palabra, pero de repente, como te decía, le venían accesos de furia en que era capaz de matar a cualquiera. Una vez, en la clase de carpintería, se le fue encima con un formón en la mano a Inostroza, que lo hostigaba todo el tiempo; si no los separan entre varios, creo que lo mata. Me acuerdo que temblaba y que le salía espuma por la boca. Creímos que se había vuelto loco. A Inostroza se le quitaron todas sus ínfulas de matón; estaba pálido de susto, y desde entonces no volvió a tocarlo. Don Balta, el viejo de carpintería, en lugar de echarlo de la clase, lo dejó ahí, sentado en su rincón, sin hacer nada. Al cuarto de hora, Casas trabajaba igual que los otros, cepillando unas tablas, con más torpeza que nunca. Porque era muy torpe; sus trabajos de carpintería llegaban a dar risa. Don Balta agarró una vez una consola chueca que había hecho, la mostró al curso y dijo que era digna de un retardado mental. ¡Qué viejo más bruto!

La manifestación, entretanto, comenzaba a disolverse. Briceño anunciaba a gritos que había que trasladarse a los prostíbulos de San Martín. El beato Zalgurri sonreía con placidez, resignado a plegarse a las decisiones colectivas. Moreto se levantó.

—No pienso en ir —le dije a Salvatierra, y él declaró que tampoco iría, que las putas le cargaban.

—Parto de viaje pasado mañana —dije—; no me liaría mucha gracia llevarme un recuerdo de esta noche…

En verdad, las putas tenían un gran incentivo cuando estábamos en el colegio, en los últimos años. Pero ahora no me atraen en lo más mínimo. Por ejemplo, no cambio el roce fugaz de las mejillas de María por cien noches en los mejores prostíbulos de Santiago. Estoy seguro de que Salvatierra estaría de acuerdo con esto. Me gustaría, si llama, contarle mi historia en Río, la historia que no sucedió. Ayer les mandé desde la oficina una tarjeta postal; a los dos, naturalmente; con "saudades". De regreso a la casa, a la hora de comida, mi mujer me preguntó por qué estaba tan pensativo. Sentí la tentación de contarle, pero me reprimí a tiempo; al principio habría demostrado la mayor comprensión, para sacarme toda la verdad, y más tarde las escenas de celos se habrían repetido hasta el agotamiento. Cuando escribía la tarjeta, en la oficina, estuve a punto de romperla y escribir otra, sólo a María, con frases quemantes que la habrían asombrado; también debí contenerme. Y tendré, también, que contener mi deseo de contarle la historia (que no sucedió) a Salvatierra; sin duda se aprovecharía de la confianza para pegarme el sablazo.

El Potro se acerca a del Valle y le entrega una lista; del Valle la sujeta sobre el escritorio, hunde la mano derecha en la sotana y saca otra. En ésa debes de estar. La acerca a sus anteojos y recuerda que

tiene que cambiar de anteojos. Es muy viejo. (Debes de estar entre los últimos, los seleccionados; salvo que no haya creído necesario anotarte, para qué, imposible que se le olvide. Pero es muy viejo. La otra tarde se le olvidó el nombre de Cárdenas. “Carreño”, le decía todo el tiempo, en las preguntas de apologética, y la clase saltaba de la risa. Hicieron sonar un despertador y parece que no lo oyó, en ese tumulto. O se hizo el leso). .“Por impuntualidad”, dice, y se ajusta los anteojos. El Potro camina hacia el final del estudio, haciendo sonar las llaves en la profundidad de su bolsillo izquierdo. Te mira durante una fracción de segundo. Se pone de espaldas contra la pared. Mira el aire. De pronto, antes de que alcanzaras a prepararte, la lista de impuntualidad ha terminado; del Valle carraspea, se ajusta de nuevo los anteojos y comienza la otra. El Potro se agacha para mirar el patio. Desde donde está no alcanza a ver el reloj. El puntero avanza de un sacudón a las cinco trece minutos. El viejo va a darte huascazos cuando sepa. “¡Escóndete!”, dice tu madre; “¡ni te aparezcas por el salón!” Nerviosa, lívida de susto. Y él llama, grita, hace temblar la puerta, irrumpe con la correa, las venas hinchadas, azules, sobre la piel amarillenta… A veces está cansado, medio enfermo, y no dice una palabra. Cada tropiezo lo deja insomne, devorado por la inquietud. O entra gritando. El latigazo quema en una pantorrilla. “¡Déjalo, no seas bruto!” Se retuerce los dedos, angustiada. Después la oyes sollozar, metida en la pieza oscura. Echada en la cama, en la oscuridad. El viejo cruza las piernas, abre el diario. La quemazón empieza a desvanecerse.

Terminó la segunda lista y no estabas. Otro papel. Pero del Valle cambia de anteojos. ¿Será posible? El Potro se da un impulso con las manos y avanza. Suenan las cinco y cuarto, y justo cuando el sonido se apaga el cura toca ia campanilla. El Pájaro se acerca por entre los bancos. Empujas para llegar luego a la puerta y te devuelven un codazo en la boca del estómago. “¡Mierda!” Caminas doblado en dos.

“¡Eh!”, dice el Pájaro.

Suéltame!”

“¿Sabís qué hicieron con tus calzoncillos?”

“¡Suéltame, Pájaro!”

“¿No sabís?”

“¡Suéltame!”

Sientes que la camisa se te desgarra por algún lado.

“¡Para que todos sepan lo mugriento que eres!”, grita el Pájaro.

“¡No empujís!”, dice el de adelante, y te pega otro codazo. Desde la tarima, del Valle te está haciendo un signo con el dedo.

“¿Me llama?”

Del Valle afirma con la cabeza; el Potro te mira de reojo, la campanilla entre las manos calientes, sudorosas.

“Usted se queda castigado el domingo”, murmura del Valle. “Ya sabe por qué”. Baja de la tarima y conversa a media voz con el Potro. Sales al patio. El Pájaro se acerca corriendo. “Anda a ver, en el otro patio…”

“¡Suéltame! ¡Que me estai rajando la camisa!”

Corre a tu alrededor; salta, chillando, moviendo los brazos. Algunos se acercan y se ríen. El cura Gutiérrez pasa por la galería del segundo piso.

“¡Anda!”, grita el Pájaro.

Los mirones se ríen; uno, que viene de otro curso, pregunta qué pasa.

“¿No viste? Echó los calzoncillos por el excusado. ¿No viste? ¡Tuvieron*que levantar las baldosas!”

El de la pregunta se ríe con el resto de los mirones. El Pájaro no cesa de aletear y saltar. Buscas una salida; observas, entre los cuerpos que te rodean, hombro a hombro, la puerta de calle; pero el Pájaro chillará instrucciones, no dejará que te abran camino. Le partirías la cara de un fierrazo. ¡Que se espere, no más! ¡La sangre le va a chorrear por los dientes! ¡Espérate!… El Pájaro agarra vuelo y te planta un empujón; rebotas contra el círculo de espectadores, que de otro empujón te devuelve al centro.

“¡Pájaro!… ¡Vai a ver!”

“¿Qué voy a ver?”, dice, aproximando la cara y sacando pecho, los pulgares hundidos en el cinturón. “¡Dime!, ¿qué voy a ver?”

¡Lo harás escupir sangre, como un huanaco! ¡Que se espere! En el otro lado, el Potro se levanta la sotana y pega un chute. El Pájaro corre, aleteando. Tú consigues zafarte. Parece que el cuadrado del cielo, encima del patio, se torciera y diera vuelta en remolinos. El viejo, más tarde, cuando sepa que te han castigado, se levantará a buscar la correa. “No le pegues”, dirá tu madre, mordiéndose las uñas. El Pájaro se acerca de nuevo, galopando, azuzándose como si fuera el caballo y el jinete. Pescas una piedra grande. “A vos”, le dices, pero se aleja al galope, se pone a saltar y aletear cerca del arco de fútbol. “Y a vos también, si llegas a agarrar la huasca…” Tu madre, en la pieza oscura, está echada; su espalda voluminosa se levanta a cada sollozo.

“¡Cállate, por favor!”

Se suena y dice que eres un ingrato. Más tarde camina por el salón con cara de víctima; no te dirige la palabra. El viejo tiene la manía de sacarse los zapatos para leer el diario. Verle los pies te molesta. Ella se acerca, reconciliada, compadecida, y te pasa la mano por la nuca; pregunta si quieres unos huevos fritos.

“¡Vas a echarlo a perder!”, grita el viejo, furibundo, mirando por encima de sus anteojos. “¡Hediondo de flojo que es! Y con tus

zalamerías…”

Te arrellanas en el sillón mientras ella, la víctima, se dirige a la cocina. ¿Por qué es tan grosero?, piensas; ¿por qué no se pone los zapatos? ¿Quién se interesa en estar contemplando sus pies? Podría ponerse los calcetines, por lo menos. Los pies de la gente, blancos, transpirosos, recién salidos de sus fundas de cuero y de lana, te han dado siempre asco.

—Eso explica —dijo Salvatierra—, esa violencia, lo que pasó después.

Le pregunté qué había pasado.

—¡Cómo! —Se detuvo en medio de la vereda—: ¿No supiste?

Habíamos salido detrás de los otros y tuvimos que prometerles, para que nos dejaran tranquilos, que llegaríamos a San Martín en mi automóvil. Ahora se escuchaban frenadas bruscas, motores acelerados a fondo, gritos desde las ventanillas para indicar el punto exacto de reunión. Los faroles se encendían; las luces cruzaban el pavimento. Mientras en el comedor las diferencias estaban disimuladas, los automóviles, aquí, eran el distintivo de la jerarquía económica lograda después del colegio. Resultó que el chico Briceño, que gritaba tanto, tenía un Ford destartalado del año 48. Asenjo, el gordo, sacó un Oldsmobile convertible, flamante. Zalgurri apareció en un Chevrolet de cuatro o cinco años atrás, bien tenido. Ovando, el que organizaba las comidas, en un Hillman a mal traer. Y muchos, en un gesto que era como la encarnación del fracaso, tuvieron que pedir que los llevaran; Moreto, entre ellos; un tipo de expresión taimada, de apellido Cabral, o Cabrera, que todavía no logro identificar en mis recuerdos; Salcedo, flaco y con la misma timidez que le habíamos conocido desde primer año de humanidades; el Puercoespín Anguita, que vegeta, entiendo, en Impuestos Internos, y otros más. Los poseedores de automóvil metían mucho ruido, pero en buenas cuentas no eran tantos.

Por fin se fueron. La calle quedó en silencio, desierta.

—Dime lo que pasó, entonces.

—Creí que sabías —dijo Salvatierra.

—No tenía idea. ¿No ves que Casas estaba un curso más arriba?

—Creí que habrías oído contar, por lo menos. Algunos diarios copuchentos publicaron la noticia… Resulta que este tipo era bastante platudo. El viejo murió y le dejó parte de una sociedad molinera, junto con algunas casas. El se instaló a vivir con su madre, dedicado a trabajar en su molino, sin ninguna pretensión. Seguía siendo beato de comunión diaria, y daba la impresión de que las mujeres no existían para él. Hasta que conoció por ahí a una ñata medio frescona, que le echó el ojo apenas supo que teñí a j..

Salvatierra refregó el pulgar contra el índice para aludir al dinero.

—Te advierto que era una morena harto macanuda. Había sido casada con un milico y se había divorciado. Casas se casó con ella por el civil, lo que demuestra que la cosa le había venido fuerte… Para que botara a su madre y a los curas… De la noche a la mañana no volvió a pisar una iglesia, le bajó fobia contra su madre, contra los curas, contra todo lo que había sido su vida hasta ese momento; lo único que existía para él era esa mujer.

—Pues bien, a los pocos meses de matrimonio (parece que no podían tenei hijos, o ella lo mantenía en esa idea, al menos), la Luchita, así se llamaba…

—Hubo escenas terribles. La golpeaba transformado en un energúmeno; después le venían dolores de cabeza y depresiones que llegaban a dar susto. Una vez lo encontré en ese estado. El pobre hombre se había puesto a tomar. A los dos tragos, la lengua se le ponía estropajosa, los ojos le brillaban, se agarraba la cabeza y hacía movimientos extraños, como si tratara de sacudirse de un peso angustioso. Me contó que pensaba suicidarse y le dije que lo tomara con calma, que las mujeres no son para tanto, cuestión de cambiarlas y terminado el conflicto.

"No es eso", dijo él, "no es sólo cuestión de mujeres". Daba la impresión de que su existencia había rematado de repente en un callejón sin salida. La falta de experiencia, no cabe duda. Le pregunté, por preguntarle algo, si había vuelto al colegio. ¿Has vuelto al colegio? No vuelvo a pisar el colegio nunca más. ¿Oíste? Le pregunté por su madre y se encogió de hombros. En sus ojos se notaba que su pensamiento estaba en 'otra parte; que no podía salirse de su idea fija. ¡Te das cuenta! Se había aferrado a esa mujer como a una tabla de salvación, y ahora ella… Creo que se quedó pensando en eso, sentado frente a mí, mudo, huraño, con los ojos enrojecidos.

—Ahora sospecho que comprendía, en ese momento, que no tenía escapatoria. Que vislumbraba su fin. Ya no era problema de una mujer; era, más bien, que esa mujer había precipitado toda una crisis latente, una incapacidad absoluta de vivir como el común de los mortales, sin una beatería extrema, o un odio extremo, o un amor extremo, con celos completamente' enfermizos (aunque bien fundados, claro; ¿pero no había provocado él mismo, con su carácter intratable?…) En eso estaba, sin abrir la boca, con los ojos inyectados en sangre, rumiando quizás qué cosa, cuando pagó los tragos bruscamente y partió.

—Después supe que descuidaba cada vez más el negocio. Se pasaba vigilando a la Luchita, obsesionado con la idea de que pudiera abandonarlo. Incluso quiso hablar con el turco, para implorarle que la dejara tranquila, pero el turco le hacía el quite, ¡imagínate! Bebía

como condenado y se había puesto rosquero, agresivo, a pesar de ser tan endeble. Una noche lo sacaron a patadas y puñetes de un bar y siguieron pateándolo en el suelo. Estuvo cinco días en cama, desfigurado, sin acordarse siquiera del motivo de la pelea. La Luchita, que hasta entonces se había reído de él, que se había paseado en el auto del turco a vista y paciencia de todos, empezó a agarrarle miedo. Me imagino que el turco también; lo más probable es que hubiera terminado por correrse. Sobre todo que la Luchita, en medio de todos estos problemas, quizás por efecto del miedo, se había afeado; los años se le habían venido encima. Pero antes de que el turco tuviera tiempo de zafarse de la Luchita… La Luchita debe de habérsele aferrado como lapa, sintiendo que su marido se convertía en un loco peligroso… Al mismo tiempo…

Se nota que tienes miedo, ¡que ojalá no esté! Caminas despacio, seria, con miedo de encontrarme. ¡Ojalá no esté! Pero no me vas a encontrar, no te preocupes. Abres la puerta y tienes miedo de que esté sentado en el salón, esperándote. Callado, balanceando la pierna de arriba. Pasas del salón, donde no me encontraste, al dormitorio. Tampoco. Ahora debes de inspeccionar la cocina. El baño.

"Páguese, ¿quiere?"

Ahora te dejas caer en una silla; ¡qué alivio más grande! Se te olvidó mirar en el baño, no vaya…

"Pero antes, otra más, la última…" ¿Tengo monos en la cara? Está tibia. ¡Una porquería! "¡Páguese de todo!"

Tampoco en el baño. ¡Qué alivio! Pero escuchas el timbre, corto; después la llave en la cerradura. No consigues evitar que el corazón te dé un salto, que amenace con salírsete por la boca. No seas nerviosa, negrita… Te levantas, alisando tus polleras, un miedo delator, una falsa, falsa sonrisa. ¿De dónde venías?

"Díme…"

Tartamudeas. ¿De dónde quieres? Me ves tropezar en la esquina de la alfombra, y eso, tu malestar. Sin darte cuenta te retuerces las manos. Gritarías. ¿Por qué?, voy a decir, y me acerco. ¿Por qué me…? Retrocedes algunos centímetros. ¡No retrocedas! ¡Negrita!

"¿De dónde venías?"

"De ninguna parte. Del mercado…"

"¿De ninguna parte?" De repente se te olvidó mentir, o te cansaste, te derrumbaste, el odio te brilla en los ojos. ¡No retrocedas! Te digo que… ¡Carajo!, volví a tropezar. ¡Ahora!

"¡Díme!"

"¡Suéltame!"

"¡Díme!"

Se te van a salir los ojos. El miedo. Gritarías, pero tienes demasiado miedo, demasiado miedo. Los ojos, el corazón te va a saltar por la boca. *No* me arañes.

"¡Suéltame!"

"¡No voy a hacerte nada!"

"¡Suéltame, desgraciado!"

¿No entiendes que no voy a hacerte nada? ¿No entiendes? ¡No vas a conseguir soltarte! ¡No vas a conseguirlo! ¡No vas a conseguirlo, negrita! ¡Pídelo como la gente! De otro modo…

"¡Me rompiste el vestido, desgraciado!"

Se te quitó el miedo, ahora; sólo tienes rabia; serías capaz de morderme, de escupirme. ¿Por qué no lo haces? ¿Para qué forcejeas? Y lo que decía, ¡lo que decía! "¡Maricón! ¡Suéltame!"

"¡Huanaca! ¡Me dejaste ciego!" No consigues, ¿ves? No vas a conseguir. Por más que… Junto a la mesa forcejeas y el florero…

"¡Bestia! ¡Maricón!"

¿Qué sacas? No te voy a soltar, negrita. Ahora sí que te agarré bien agarrada.

"¡Bestia!" *

"¡Cállate!" Me alcanzas a arañar cerca del ojo. Un arañazo profundo. La sangre, tibia.

"¡Suéltame!"

Y te estrello contra la mesa. El pánico, ahora, te desfigura. Te levanto y otra vez te estrello. No sé por qué. Gritas, desorbitada.

"¡Cállate!"

Gritas con todos tus pulmones, acezante, descontrolada, dejándome sordo. Eso que sabes que no puedo soportar esos gritos. Sabes perfectamente. Te estrello a toda fuerza; la madera de la mesa llega a crujir. Resoplas, roncas, vas a gritar, el odio, la saliva llena de odio, el pánico desorbitado, te ahogas, escupes, hipas. El grito sale ronco. Me acerco a besarte, negrita, y me clavas las uñas, me en tierras las uñas sin misericordia, las uñas largas, metálicas, perversas, el olor en que se revolcó el turco, perfumadas, tu risa estridente.

"¡Cállate!"

Y vuelves a gritar; una vibración que podría romperme los tímpanos. Y descargo los puños, todo el peso. Todo el peso. Hasta que la cabeza, el olor pérfido, la risa, y trato de borrar ese olor, la risa, al final te has dado el lujo de sacar esa risa, esa risa. Con el turco, seguro. Y el pedestal de bronce. ¡No hay caso! ¡Qué sed más horrible! Las manos de uñas largas habrán, hace menos de una hora. El perfume. Y no quiero, pienso que no, ¿por qué, negrita?, lo único que me arde en el cráneo, que me pone ciego, es esa risa, seguro, pero no quiero, pienso que no, pero el pedestal de bronce, con todo el peso

furibundo, furibundo, se descarga, te parte la cabeza. Pájaro. ¡Chilla, no más! No sé qué hice. No quiero. Tengo una sed horrible. Está tibia, ¿me oyó? ¡Pájaro! Y ella llorará, se morderá los dedos. Y él ya no puede molestar. Y tú. Ya no puedes. No puedo. Ya no puedo. Tengo una sed imposible. Lloro de sed. Te veo y lloro.

¡Espérense! Los intrusos.' Intrusos. Creo que todavía respiras. ¡Qué sed! ¡Qué desesperante! La última estaba tibia. ¡Ves, Pájaro! Tus uñas. No quería que desaparecieran. De metal, feroces. Y la casa estaba fresquita, sola. ¿Por qué atravesé la calle? Suena el timbre y golpean, tamborilean en las ventanas. Van a entrarse por una. ¿Por qué no me dejan tranquilo? Te miro, debajo de la mesa… Creo que ya no respiras. La sangre te mancha los cabellos negros, que esta tarde, hace menos de una hora. La sangre seca. ¿No pueden dejarme tranquilo? ¿Esperar que abra el escritorio? ¡Al primero que entre!… Quiero verte, negrita. Estás desfigurada pero te puedo ver igual que antes. Igual. Fue imposible… Ahora se me espanta la borrachera, y los escalofríos… No puedo mantenerlo firme. Para qué esperar más. Que echen la puerta abajo, si les da la gana. En el próximo silencio. El próximo silencio. No me fallará. ¿Por qué? Ahora. Adiós, Luisa…

—¡Qué salvaje!

—¿Te dai cuenta? —dijo Salvatierra—. ¡Manso dramote! Creí que algo sabrías.

—Algo oí, ahora que me acuerdo, pero no me llamó mayormente la atención. Gomo no relacionaba el nombre con el personaje…

Llegamos a la esquina y volvimos. Le ofrecí llevarlo a su casa. Mi automóvil es un Chevrolet de hace tres años, pasable. No quiso que lo llevara. Dijo que tenía ganas de estirar las piernas. A los dos días partí a Brasil. Visité las fábricas de Sao Paulo. Hice los negocios de materiales plásticos. Conocí a María. Tantas cosas. Es decir, nada. Pero parecen muchas, cuando me pongo a recordar. Por eso se me había olvidado la comida del curso; los recuerdos de Brasil se habían interpuesto. Que será la primera y la última, de eso no hay cuestión. Y la historia que me contó Salvatierra. Siempre sale un compañero de colegio medio deschavetado, que hace algún escándalo grande o termina mal. Está dentro de la ley de probabilidades, supongo. Ahora que estoy de vuelta, instalado en la oficina, seguro que Salvatierra llama; lo peor es que me daría gusto oírlo, y hablarle de María; pero ¿quién me libra del sablazo, después?

LOS DOMINGOS EN EL HOSPICIO

En el fondo del jardín había una casa donde vivía el jardinero, un viejo medio loco (se había contagiado); la casa tenía una pieza desocupada, una especie de bodega o de garage sin uso, donde nos juntábamos todos los domingos en la tarde. Ahora no sé cómo empezamos con esas cosas; no me acuerdo. La más desvergonzada de todo el grupo era Griselda, que se paseaba con las polleras levantadas, sin nada debajo, moviendo el traste como una bataclana. Eduardito, el niño de la pensión vecina, aullaba como un piel roja y corría alrededor de una fogata, pegándose agarrones en cierta parte. Pero la más desvergonzada era Griselda, que inventaba verdaderas representaciones de teatro: el hijo del jefe piel roja enamorado de la prisionera blanca; la prisionera blanca amarrada contra un poste, desnuda (trató de hacer muchas veces que me desnudara yo, pero no quise), retorciéndose de dolor, hasta que el hijo del jefe piel roja acudía a salvarla; la muchacha blanca exhibida en una jaula, desnuda, en un mercado de esclavos, torturada y humillada por carceleros monstruosos (una vez quiso traer a un hospiciano para que actuara de carcelero, pero nosotros nos opusimos, ¡qué ocurrencia!), hasta que el príncipe árabe la adquiría, la cubría de perfumes y brazaletes, la ungía favorita de su harén… Cada domingo llegaba con ideas nuevas; ella se reservaba el papel principal (excepto cuando había que desnudarse, porque prefería que lo hicieran otras), y distribuía los roles secundarios. Después corregía nuestra actuación; a los menos ocurrentes nos azuzaba a gritos, hasta que sacábamos nuestro personaje. Era una verdadera artista de' teatro, en esa época. Más tarde se puso rara, esquiva, y empezó a guardar secretos para todo y a decir siempre una cosa por otra.

Era Griselda la que me obligaba a actuar en pareja con Antonio, no sé por qué. "Tú eres la esclava de Antonio", decretaba, por ejemplo, y Antonio me amarrábanlas manos a la espalda y me azotaba con la correa del cinturón, despacio, y después me toqueteaba, me daba agarrones a toda fuerza, por donde se le ocurría, y yo no podía alegar, podía lamentarme suavemente, como una esclava, pero no podía protestar.

Una vez, no me acuerdo cómo, me quedé dormida. De repente desperté y Antonio me estaba tocando, y todo el grupo nos hacía rueda, muerto de la risa, con Griselda en el medio. Detrás del grupo se alcanzaba a ver el jardín, porque la puerta del galpón se hallaba entreabierta, y había dos cabezas peladas al rape, sin dientes, dos

hospicianos muertos de la risa, igual que el grupo, felices.

—¡Ahora vamos a representar un matrimonio! —dijo Griselda, levantando los brazos para imponer orden, y todos gritaron “¡el matrimonio!, ¡el matrimonio!”, y aplaudieron. Los hospicianos abrieron un poco más la puerta del galpón y también aplaudieron, entusiasmados, riendo a mandíbula batiente.

—Pero antes cierren bien la puerta —ordenó Griselda.

Los hospicianos, con expresión de súplica, pidieron que los dejaran quedarse adentro. Prometían mantenerse tranquilitos en un rincón, sin molestar a nadie.

—Bueno —dijo Griselda—. Servirán de testigos. Pero siempre que prometan no contarle a nadie.

Los hospicianos prometieron con enfáticos movimientos de cabeza, mientras retrocedían a un rincón.

Eduardito hizo de cura. Griselda fue mi madrina y me dio toda clase de consejos, advertencias, revisó mi vestido de novia, le quitó una pelusa, que no fuera a pisarle el ruedo en el momento de bajar del auto, el arreglo de flores de la iglesia, la música, los preparativos del buffet, esos sandwiches son muy ordinarios, no me los traiga... Resolvió que la luna de miel sería en Bariloche.

—Ahora tienen que darse un beso —indicó, cuando la ceremonia hubo terminado.

—No —dijo después—. Tiene que ser un beso en la boca. Acuérdense que ya están casados, para siempre.

Obedeciendo a Griselda, Antonio me besó en la boca, y todos gritaron “¡Viva los novios!”, y aplaudieron.

—Aquí está el buffet —dijo Griselda, indicando un lado del galpón —. Acérquense.

Todos nos acercamos y comenzamos a escoger sandwiches, pedazos de torta, jaleas, bebidas, a conversar con la boca llena. Los hospicianos, autorizados por Griselda, también se acercaron, y escogían un sandwich detrás de otro, felices. A cada rato se rascaban y lanzaban carcajadas. Nunca en su vida habían estado más felices.

Era la época en que uno de los doctores del hospicio, amigo de mi padre, nos había cedido una pieza. Mi padre estaba en el hospital, muy enfermo. Habían tenido que hacerle dos operaciones, que no dieron ningún resultado. Mi madre trabajaba toda la semana y pasaba los sábados y domingos en el hospital acompañando a mi padre. El domingo que siguió al del matrimonio tuve que permanecer en cama, con un poco de fiebre, y Antonio subió a hacerme una visita. La Irene Salgado, una amiga de la familia, me hacía compañía. Poco antes de que Antonio golpeara a la puerta me había dicho, muy seria y en voz baja, que mi padre estaba en las últimas.

—Me gustaría verlo —le dije.

—Si mañana amaneces mejor, vamos a llevarte a verlo. Tu madre pidió permiso para no trabajar mañana.

—¿Tú crees que se va a morir?

Irene levantó las cejas, eludiendo la respuesta, y en ese mismo instante golpeó a la puerta Antonio. Hablamos de una serie de cosas, contamos chistes, y la Irene, de repente, quizás por qué, propuso que cantáramos. Cantamos varias canciones, pero nadie sabía las letras completas, y me retaban a cada minuto por desafinada. Antonio, en cambio, era bastante entonado y yo le encontraba bonita voz. Al final nos cansamos de cantar canciones suaves y nos pusimos a cantar "Chiquita bacana de la Martinica", más fuerte cada vez, hasta terminar a gritos, dando saltos en la cama y golpeando en un vaso, "Chiquita bacana de la Martinica", en una caja de cartón, en la perilla de bronce del catre, todo lo que pillábamos a mano, repitiendo el comienzo cada vez más fuerte, "Chiquita bacana de la Martinicia", hasta ponernos roncos, y en ese momento se abrió la puerta y se asomó misiá Chepa, la mamá del doctor, y gritó con su voz de carabinero que no metiéramos tanta bulla.

—¿No podemos cantar? —le pregunté.

—¡No en esa forma! —respondió misiá Chepa.

—En mi pieza podemos cantar como nos dé la gana.

—¡No! —respondió misiá Chepa—. ¡No! ¡Tienen que respetar a la demás gente! ¡Qué se han creído!

—Esta es *mi* pieza —le dije, furiosa—, y en mi pieza puedo hacer lo que quiero.

—¡No! —gritó misiá Chepa—. ¡No puedes hacer lo que quieras! ¡Y no es tu pieza, tampoco! ¡Es una parte de nuestra casa! ¡De *nuestra* casa!

—Cantemos —le dije a Antonio.

—Cantemos —dijo Antonio, y empezamos otra vez, bastante fuerte, con "Chiquita bacana de la Martinica".

—¡Cállense! —gritó misiá Chepa, poniéndose las manos en los oídos.

—¿Por qué no se va de mi pieza? —le dije.

—¡No es tu pieza! —gritó, y se sentó en el sillón de la esquina, colocando las manos y los antebrazos sobre los brazos del sillón, resuelta a quedarse.

—¡Váyase! —le grité.

—¡No! —gritó misiá Chepa—. ¡Mientras no se callen, no me voy!

—¡Es mi pieza! —le grité, incorporándome en la cama, con la voz temblorosa. Noté que me temblaban todos los músculos. Misiá Chepa torció la cabeza, con un gesto de profundo desprecio.

—Antonio…

Antonio se puso de pie, hipnotizado por mi voluntad de expulsar a misiá Chepa.

—¡Sácala!

Antonio miró a la señora y la señora le devolvió la mirada, desdeñosa, segura de que no se iba a atrever. Irene, entretanto, observaba con cara de susto y se reía nerviosamente.

—¡Sácala! —le grité a Antonio—. O no te veo nunca más.

Con la cabeza agachada y un balanceo de robot, Antonio pasó detrás del sillón y lo levantó de los costados, poniéndose rojo de hacer tanta fuerza.

—¡Suélteme! —chilló misiá Chepa, aterrorizada.

—¡Eso! —grité yo, aplaudiendo y brincando de gusto—. ¡Bravo! ¡Sácala! ¡Sácala!

Antonio, que después de levantarla con sillón y todo había tenido un segundo de vacilación, se enderezó alentado por mis gritos, aferró bien su carga y la depositó al lado afuera de la puerta. En medio de los chillidos de la vieja y de mis aplausos, cerró la puerta con pestillo. Yo lancé un "¡bravo!" final, electrizada.

—Les va a llegar —dijo Irene, con susto—. Por mi parte prefiero irme.

—Andate —le dije—. No te preocupes.

Antonio la acompañó hasta la puerta; después de asomarse a la galería, volvió a cerrar el pestillo.

—No se divisa a nadie —dijo Antonio—. Parece que la vieja se comió el buey.

Se acercó despacio, mirándome a los ojos.

—Te portaste muy bien —le dije.

El sonrió con la comisura de los labios y se sentó en la cama, al lado mío.

—Estamos casados —dijo.

Yo tragué saliva y no dije una palabra. El, entonces, me colocó una mano en el hombro, Poco a poco la fue bajando, hasta tocarme el pecho.

—¿Quieres que te enseñe una cosa? —me preguntó.

—¿Qué cosa?

—Pero tendría que meterme a tu cama…

Otra vez tragué saliva. Miré el techo, el cielo. Imaginé a los hospicianos que paseaban, abajo, por el jardín, hacían señas,»gesticulaban, canturreaban, se agachaban de repente para escuchar el paso de las lombrices, proferían súbitas maldiciones, cerrando los puños, contra un enemigo que estaba encima de ellos, en

el aire.

—No —le dije a Antonio, que se sacaba la chaqueta para meterse a la cama—. Mejor que no.

—No te asustes —dijo Antonio—. Voy a enseñarte un juego. Es muy fácil.

—Mejor que no —le dije, poniéndole las manos en el pecho y tratando de rechazarlo.

—¿No estamos casados? —preguntó.

—Sí —le dije.

—¡Y entonces!

Después vino el grupo a visitarme en delegación, encabezado por Griselda, y Antonio tuvo que saltar de la cama y vestirse a toda carrera para ir a abrir el pestillo.

—¿Por qué estaban encerrados? —preguntó Griselda.

—Porque tuvimos una pelea con misiá Chepa y la echamos con sillón y todo. ¡La hubieras visto!

Griselda no pareció muy convencida con mi explicación. Miró la cama revuelta y en seguida miró a Antonio llena de suspicacia. Era ella la que nos había casado así que esa actitud, ahora, no me resultó muy comprensible.

Yo me sentía rara, febril, un poco adolorida. Antonio, orgulloso, contaba cómo había sacado a misiá Chepa.

—¿Con sillón y todo? —preguntaban los del grupo, que necesitaban confirmar este detalle muchas veces para gozar plenamente del relato.

—¡Con sillón y todo!

—¿Es cierto?

—Sí —respondí—. Es cierto.

—¡Qué formidable!

Griselda, a todo esto, se había puesto a mirar por la ventana, con la frente pegada a los vidrios.

—¡Ya! —dijo de pronto—. ¡Vamos! ¿Tú vienes con nosotros, Antonio?

Antonio se encogió de hombros; dudó unos segundos; acto seguido se despidió de mí y partió con ellos. Esperé que estuvieran lejos y me levanté para ir al baño. Estaba, la verdad, bastante adolorida, con mucha fiebre; me costaba caminar, incluso. En la mitad de la galería perdí el equilibrio y me golpeé muy fuerte contra el muro. Me cubría todo el cuerpo un sudor helado y una transpiración viscosa me bajaba por las piernas. En el cuarto de baño descubrí con gran sorpresa que no era transpiración sino sangre, un hilo de sangre que me bajaba por las piernas. Me lavé la sangre como pude, mareada por la fiebre, y volví a mi cuarto. Ya habían llamado a los hospicianos a comer; en el

jardín no se veía un alma; sólo el gran espacio de tierra donde se pasean los hospicianos; las manchas ralas de pasto de los prados; las copas de las higueras; una carretilla de mano con tres o cuatro maceteros vacíos…

Cuando llegó mi madre, como a las siete y media de la tarde, me había quedado dormida.

—¿Y la Irene?

—Se fue hace mucho rato.

—Y tú, ¿cómo te has sentido?

—Bien —le dije—. Con un poco de fiebre.

Me puso la mano en la frente, pero la fiebre, después de dormir, había desaparecido.

—Y mi papá, ¿cómo sigue?

Mi madre, con un gesto, dio a entender que no había esperanza.

—Mañana te voy a llevar a verlo —dijo.

Duró más de lo que pensaban los doctores, casi tres semanas, pero con dolores terribles. Cuando murió, todo el grupo, encabezado por Griselda y Antonio, llegó a darme el pésame. Entraron a nuestro cuarto muy compungidos, con cara de circunstancias. Poco después me quise incorporar de nuevo a los juegos del galpón, pero se habían terminado; les había dado por salir a la calle y Antonio, que recibía mesada de su padre, no se perdía domingo sin ir a la matiné. Dejé de verlo un tiempo y cuando lo volví a ver, a la vuelta de las vacaciones (nosotras no pudimos salir a ninguna parte, pero inventé un mes en Llolleo, ¿por qué va a pillar que es mentira?), había crecido, había dado un estirón, se le notaba la sombra de un bigote, y se había transformado en un extraño, no teníamos nada de que hablarnos; él habló de cosas muy generales, de la guerra, de los ingleses, de los pilotos suicidas japoneses; habló con voz ronca, pero se le escaparon dos o tres gallitos… Griselda, que acababa de quedarse huérfana y de venirse a vivir con nosotras, dijo que se había desilusionado completamente de Antonio, que se había convertido en un pedante.

—¿Qué es eso?

—Una persona que cree que lo sabe todo.

—¡Ah! —dije yo—. Tienes razón. Es un pedante.

LOS ZULÚES

—Ahí tienes —dijo Gustavo—; tu primera comisión. Muy bien ganada, por lo demás.

—Gracias —dijo el Chico, inquieto, cogiendo el cheque con una mano temblorosa y guardándolo en su cartera. Miró por encima del hombro y don Alejo, desde la ventana, donde meditaba frente al periódico desplegado, las cotizaciones de la Bolsa, parecía que los papeles no iban a recuperarse nunca, había que acostumbrarse a la idea de que los tiempos cambiaron, sonrió sin ganas.

—Gracias —repitió el Chico—. Ahora, como te dije, voy a cambiarme de pensión.

—Buena idea —opinó Gustavo—. Te felicito.

—Hasta luego, don Alejo.

Don Alejo, absorto en el examen de las cotizaciones, levantó una mano con vaguedad.

—Conviene estimularlo —dijo Gustavo—. Está haciendo un esfuerzo.

Don Alejo pareció responder que sí, ¿por qué no? Es malo prejuzgar sobre la gente. Suponte el caso de… Si lo hubieras conocido en esa época, no habrías dado un cinco por su futuro. Y sin embargo…

—¿Quién le dice que no es capaz de rehacer su vida?

—Vamos a ver —dijo don Alejo.

—Habrá que tenerlo a prueba —reconoció Gustavo—. Con la rienda corta.

Don Alejo levantó las cejas. Obviamente. Lanzó una bocanada de humo y el periódico ocultó su cara. Al cabo de un rato, desde atrás del periódico, dijo:

—La amistad es una cosa, y los negocios otra. Porque hay que reconocer…

—¡Por supuesto! —interrumpió Gustavo—. Partimos de esa base: los negocios son los negocios.

—¡Chico!

El Chico se detuvo, visiblemente molesto. ¿Cómo destruir, ahora, esa familiaridad? No se trataba, tampoco, de ponerse farsante, tieso de mecha. Pero era esencial, en ese oficio, mantener las formas. ¿Quién, de otro modo, te va a depositar confianza? Y en esto, el noventa por ciento lo hace la confianza. Por eso se cambiaría de pensión, se compraría un par de camisas.

Inostroza, inclinándose sobre el mesón, le habló al oído:

—Ten cuidado, Chico. Ahora que recibiste plata… ¡Mira que caerse al litro es muy fácil!

El Chico enrojeció, airado, confuso. Y tú, ¡qué tenis que meterte! Pero qué sacaba con negar aquello… A Gustavo, don Alejo, Inostroza, la oficina entera, tío les faltaba detalle por saber, sin perdonar los más humillantes: cuando se orinó en la platea de un cine y lo expulsaron a patadas, cuando… En consecuencia, qué sacaba. Si le daban trabajo, si le encomendaban gestiones, era a pesar de todo, en consideración a su madre viuda, que en la pobreza había revelado condiciones inusitadas de carácter, que vencía la reticencia de los parientes por agotamiento, la obligación de ellos era dar a su hijo una última oportunidad, los médicos habían dicho que esta vez, hemos aplicado, dijeron, un método nuevo, muy seguro. ¿Ven ustedes? ¿Por qué no darle otra chance?

—Gestiones menores —dijo don Alejo—. Para probar si cumple.

—Hasta ahora ha cumplido —dijo Gustavo—. Y mi impresión es que le pone bastante empeño.

—Vamos a ver… Comenzar bien es muy fácil. Es como en el matrimonio —dijo don Alejo, lanzando una carcajada, satisfecho de su salida—. Es como en el matrimonio. Lo difícil viene después…

¿Qué sacaba con reaccionar así?

—Voy a ocupar esta plata en cambiarme a una pensión mejor —dijo el Chico—, y en comprarme un par de camisas.

Inostroza le guiñó un ojo, ¡buena idea!, le apretó un brazo. El Chico recordó que le había dicho lo mismo a ese Cónsul, en Nueva York, ¡qué coincidencia! Voy a comprarme un par de camisas. Pero en esa época no había seguido el tratamiento; sus propósitos fallaron. Daba la impresión, por lo demás, de que el Cónsul le había prestado esa plata para aligerar su conciencia. Le importó un cuesco, en seguida, qué destino le diera el Chico. Sin que nadie se lo pidiera, el Chico declaró, con seriedad y humildad, que iba a comprarse dos camisas. "Y ya sabes", dijo el Cónsul; "es cuestión de que pases por el Consulado a retirar tu pasaje… Ahora, dime: ¿qué diablos hacías en esa galería de arte?" "Nada", dijo el Chico; "había entrado para arrancar del frío." Se había sentado, tiritando, en el centro de la sala, y cuando las ondas de calor empezaron a reconfortarlo divisó en el muro, al frente, una máscara blanca, ciega, cuya mirada hueca, vuelta hacia el interior, le mostraba, con clarividencia implacable, exacta, ni siquiera cruel, su fin próximo. Pero en ese preciso instante, providencial, exhalando columnas de vaho y golpeándose las manos enguantadas, con la nariz roja, entró el Cónsul. "¡Te estaba buscando, Chico! Tu pasaje de vuelta llegó a la oficina hace más de un mes." Providencial. Porque si no aparece, la máscara, su mirada hueca,

lúgubre… "Te voy a confesar que me sentía bien jodido", dijo el Chico, saboreando un café al terminar el almuerzo que le invitó el Cónsul. El Cónsul contaba cosas de Chile, trataba de animar la conversación mediante reminiscencias comunes, pero el Chico no era el mismo de antes, miraba nerviosamente para otro lado, como si lo persiguiera un fantasma, ya no tenía remedio. El Cónsul se inclinó, le dio unos golpes cariñosos en el antebrazo: "Con toda confianza, Chico; ¿no quería que te preste algo de plata?" El Chico reflexionó un segundo; tragó el concho del café. "Bueno", dijo; "préstame."

—Tanto fregó la vieja a don Alejo, que al final le dieron pega al Chico, ¿viste?

—¿Le dieron pega?

—Acaba de cobrar una comisión —dijo Inostroza—. En cambio uno…

—¿No era curado, el Chico ese?

—Le hicieron un tratamiento. Claro que ligerito caerá otra vez.

Inostroza se sobó las manos, como si la inminencia de esa recaída lo regocijara íntimamente.

El encuentro con el Cónsul contrarrestó el mal augurio de la máscara. Lo salvó. Esa mañana había gastado sus últimos dólares y a mediodía el frío, los nervios descompuestos; pese al calor en la galería le castañeteaban los dientes, hasta el punto de que atrajo las miradas sospechosas del guardia; un desamparo devastador; la máscara, sorda a sus imploraciones, ejecutora de un dictado ancestral, pronunciaba la inapelable condena. Me salvé por puntos, pensó el Chico. Ahora sí que me voy a Chile y se acabó. Todo esto se acabó. Estos meses horrendos…

—Aquí —dijo el doctor—, fuera de todo lo que pueda hacer la medicina, el elemento decisivo es la voluntad, ¿comprendes?

—Sí, doctor. Después de esos meses en Nueva York… No quiero repetir la experiencia, le aseguro. Eso puedo asegurárselo. Nunca creí que saldría con vida…

—El tratamiento anterior no fue muy eficaz, pero ahora utilizaremos los métodos más modernos —dijo el doctor—. Claro que sin voluntad de tu parte…

—La otra vez fue distinto —dijo el Chico—. Creí que podría equilibrármelas entre el trago y ese trabajo de Cónsul. Ahora, en cambio, sé perfectamente que si no dejo el trago…

—No basta con saber —dijo el doctor.

—Me voy a las pailas —dijo el Chico.

—Hay que tener, además —dijo el doctor, cerrando el puño—, una voluntad de fierro.

El doctor se alejó y el Chico se hundió en la cama. ¿Por qué no

habrá cerrado la puerta ese huevón del doctor? Bajó de la cama, cerró la puerta y acto seguido se arropó y apagó la luz. La pieza del sanatorio, en la oscuridad, era demasiado estrecha, sofocante. El Chico sacó un brazo y encendió la luz. Quizás sería bueno abrir un poco la puerta. La idea del frío de las baldosas sobre las plantas de los pies, sin embargo… Cruzando las manos detrás de la nuca, miró el techo. Los recuerdos pululaban confusamente, cabalgaban unos sobre otros; nada se definía; sólo un rumor opaco, inútil, que le retumbaba, no obstante, en la cabeza y le impedía conciliar el sueño. Pero saliendo de ahí las cosas empezarían a mejorar. Sólo era cuestión de un poco de paciencia.

—¿Cómo diantre se te ocurrió botar esa pega? —preguntó el Cónsul—. Francamente, no entiendo.

El Chico se encogió de hombros. Miró un barco de carga que avanzaba entre los edificios grises y las grúas. En los techos y en un sitio eriazo se divisaban restos de nieve.

—No sé —dijo el Chico, al fin—. Francamente.

—¡La mónita que te habrás pegado!

El Chico hundió las manos en los bolsillos y levantó los hombros y las cejas. Las ventanas del barco desaparecían detrás de una construcción.

—Increíble —dijo el Cónsul—; lo encontré en los huesos, tirillento, barbudo, entumido de frío, mirando con la boca abierta una máscara africana.

—¡Lo que es el vicio! —comentó la secretaria.

—¿Por qué no se había vuelto a Chile? —preguntó un chileno que estaba de paso.

—Nos había llegado su pasaje de regreso —dijo el CónSU1—} pero no conocíamos su paradero. El Chico abandonó el puesto de la mañana a la noche, sin dar explicaciones de ninguna especie, y durante siete u ocho meses no dio señales de vida. Por fin escribió a su familia desde un hotelucho de Nueva York. Apenas recibimos el pasaje tratamos de ubicarlo en esa dirección, pero también se había ido de ahí, sin dejar rastros.

—¿Y no se lé ocurrió venir al Consulado? —preguntó el chileno.

—Cuando lo encontré —dijo el Cónsul—, tuve la impresión de que se habría dejado morir antes de venir hasta acá.

—¡Hay cada tipo! —dijo el chileno—. Yo los agarraría a todos y…

—Era una forma de suicidio lento —dijo el Cónsul, pensativo—. No es la primera vez que me toca un caso semejante.

—Crearía un servicio del trabajo obligatorio —dijo el chileno—, obligatorio, como el servicio militar, y los pondría a todos a picar piedras, a construir caminos; ¿no le parece a usted?

La secretaria asintió vagamente.

—Hasta diría —prosiguió el Cónsul, regresando a su oficina—, que es un caso que se da con frecuencia entre nuestros compatriotas.

Cerró la puerta de vidrios opacos. Se vio que la sombra se desperezaba, desabrochaba la chaqueta para dejar en libertad el vientre voluminoso, examinaba unos papeles.

—¿Y qué persiguen esos tipos? —preguntó el chileno, dirigiéndose a la secretaria—. Yo opino que si en Chile pusiéramos a trabajar a los ociosos, nuestros problemas estarían resueltos. Pondría, por ejemplo, al ejército entero a trabajar. ¡Enterito! ¿Ha visto usted gente más ociosa? Y a las monjas y los curas, en vez de pasarse rezando… ¡a trabajar!

Se acercó a la secretaria con expresión de complicidad, fijando la vista en la oficina del Cónsul:

—Y a los diplomáticos, ¡para qué decir! ¿Se da cuenta de lo que ahorraría el fisco, sólo con poner toda esta gente a trabajar en cosas útiles? ¡Imagínese!

La secretaria se caló sus anteojos y puso papel en la máquina de escribir.

—Bien —dijo el chileno de paso—. Entonces…

—Ya me pagaron la comisión —dijo el Chico—. Gustavo dijo que había trabajado bien, así que están contentos conmigo, parece… En la tarde me cambio a esa pensión nueva que me recomendaron ¿te acuerdas? Es mucho más decente. Y en la noche voy a comer contigo.

Su madre dijo que lo esperaba en la noche a comer.

—Hasta la noche —dijo el Chico, y colgó el fono.

En la calle encontró al Flaco Cereceda, que había sido compinche suyo años atrás.

—Ando en busca de un taxi para trasladarme de pensión. Acompáñame.

—Tenía mucho que hacer —dijo el Flaco, y el Chico recordó que siempre estaba embarcado en grandes empresas imaginarias, que debían enriquecerlo a corto plazo. Su ropa se notaba raída. Los años le habían caído encima con saña: arrugas profundas, rasgos angulosos, cabellos ralos sobre un cráneo irregular, cubierto de protuberancias.

—Me acuerdo —dijo Gustavo—, de un baile al que fuimos juntos…

Metió los pulgares en los bolsillos del chaleco. La evocación le provocaba una ligera sonrisa.

—El asunto de esa Viña no me gusta —dijo don Alejo, gesticulando con la nariz—. No me huele bien.

Sonó el teléfono.

—¿Sí?…

Gustavo esperó que terminara de hablar y prosiguió, sonriendo:

—Se enamoraba de mujeres completamente inalcanzables para él. Al mismo tiempo les tenía pánico y era incapaz de abordarlas sin emborracharse. Esa noche había ido nno de sus grandes amores, una de las bellezas de la época. Por lo menos diez centímetros más alta que el Chico, figúrese usted. Cada vez que empezaba la orquesta, el Chico se plantaba un ponche al seco y partía a pedir su baile, abriéndose camino a codazos. Tanto insistió que ella acabó por aceptarle uno. El Chico ya estaba a medio filo. De repente, entre los remolinos de las parejas, lo descubrimos tratando de apretarla con todas sus fuerzas, rojo como camarón. Apenas le llegaba a los hombros. Un don Quijote en miniatura, dijo alguien. Un verdadero héroe. La muchacha quedó hecha un quique. El Chico, descontrolado, transformado en un pequeño energúmeno, siguió tomando e insistiendo en sacarla, mientras ella actuaba como si no lo viera. Creo que si continúa así, alguno de los amigos de la muchacha le da un chopazo. Lo debe de haber salvado la estatura. Al final ofrecía un espectáculo lastimoso: trataba de abrirse paso hasta ella y el propio movimiento de las parejas lo lanzaba, tambaleándose, fuera de la pista. Como a las seis de la mañana nos acercamos al buffet. Alguien escuchó un ruido extraño debajo de la mesa y divisó unos zapatos que sobresalían. ¡Era el Chico durmiendo la mona! Hubo que sacarlo entre cuatro. El Chico…

Gustavo reparó en que don Alejo, sumergido en el archivador de facturas, crispado, hacía ostentación de no escucharle.

—¡Qué tiempos! —exclamó para sí, sonriente.

—¿Y ésa es la adquisición que quieres traer a la oficina? —interrogó, de pronto, don Alejo, levantando la vista de su archivador.

—No es mal hombre —dijo Gustavo—. Ahora que está tratando de regenerarse, convendría ayudarlo un poco.

Don Alejo refunfuñó. Dejó los anteojos sobre el archivador de facturas y se restregó los ojos. Dio un profundo bostezo.

—Lo sacamos por el centro de la pista —dijo Gustavo—, sosteniéndolo de las manos y los pies, en medio de las carcajadas generales. Se sintió tan avergonzado, más tarde, que durante varios días no se atrevió a salir de su casa. Sobre todo porque supo que su amada se hallaba presente cuando lo sacamos de la pista…

—Esta vez, doctor —dijo el Chico—, le aseguro que no volveré a probar una gota de trago. ¡Ya estoy hasta aquí del trago! —agregó, pasando una mano por encima de su cabeza, con expresión de rabia.

Corpulento, rígido, con las manos hundidas en su delantal blanco, el doctor bajó por la colina lentamente. El crujido rítmico de las piedrecillas del sendero se fue apagando detrás de los árboles. El loco, que había espiado fijamente, con el rostro amoratado de frío, los pasos del doctor, se dio vuelta. Encima del piyama se había puesto un

sobretodo y una bufanda; llevaba uno de los pantalones del piyama adentro del calcetín y el otro afuera.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! —le gritó el Chico—. Ya ordené a mis agentes que me compren oro.

—Bien —dijo el loco, sentándose en el borde de la cama—. Pero tiene que preocuparse de una cosa…

—¡Sí! —gritó el Chico—. ¡Ya sé! ¡Comprendo perfectamente!

Los ojos verde grises del loco se posaron, llenos de mansedumbre, en el Chico.

—¡Ya sé! —volvió a gritar el Chico—. ¡Nada de dólares! ¡Oro!

El loco, paciente, se miró los zapatos; cruzó las manos sobre la rodilla derecha.

—Déjeme explicarle la situación. Es muy sencillo.

—¡Conforme! —gritó el Chico—. ¡Ya di las órdenes necesarias! ¡Hablé por teléfono con Nueva York!

—¿Para qué grita, hombre? —dijo el loco—. Déjeme explicarle.

Sus ojos escudriñaban al Chico, esperando que se calmara antes de iniciar una explicación.

—Tiene un calcetín afuera —le dijo el Chico.

—¡Verdad! —exclamó el loco—. No me había fijado. Muchas gracias por advertírmelo.

Desprendió minuciosamente el pantalón del piyama del calcetín.

—Yo le voy a explicar…

—Y lo peor es que tiene razón —dijo el Chico.

—Así dicen —dijo el enfermero.

—¡Tiene razón! —insistió el Chico—. Ese loco es millonario, y ha triplicado su fortuna comprando oro.

—No es tan loco, entonces —dijo el enfermero.

—Se vuelve loco por períodos, pero en sus períodos de cordura… ¡es una bala!

El Chico se puso serio:

—Pasando a otro tema… Dígame; ¿usted cree que este tratamiento que me están haciendo?…

El enfermero lo miró con atención.

—¿Usted cree que sirve de algo?

—Parece que sirve —dijo el enfermero—. El doctor, al. menos, está muy optimista.

—Habrá que ver si resulta —dijo el Chico—. ¿A usted le toca mucha gente que vuelve después de un tratamiento?

—Mucha —dijo el enfermero—. Hay caballeros que han vuelto cinco y seis veces.

—¡Cresta! —exclamó el Chico—. Si este tratamiento no me

resulta…

—Le resultará, señor —dijo el enfermero—. ¿Por qué no le va a resultar? No se ponga nervioso.

—Ojalá —dijo el Chico, sobándose angustiosamente el mentón barbudo—. Ojalá.

—Tus maletas parece que llevaran piedras —dijo el Flaco—. ¿No pensabas tomar un taxi?

—Como era tan cerca y te ofreciste p'ayudarme… Falta un par de cuadras, no más.

—¡Puchas! —dijo el Flaco—. Dos cuadras más con estas maletas… Y yo tenía un montón de trajines que hacer.

—Pásame una —dijo el Chico.

—¡Podrías desarmarte, Chico! —exclamó el Flaco, mostrando la boca desdentada—. ¿Por qué no nos tomamos una cervecita, mejor?

—Ya no tomo, ¿sabes? —dijo el Chico—. Se me reventaba el hígado si seguía tomando. Así que estoy de para…

—¿Qué te puede hacer una cervecita?

—Te prometo que no tomo; no pruebo un trago; te lo juro.

—Si yo no me tomo una cervecita, reviento.

—Yo no tomo, pero te acompaño, si quieres. La cosa es que no nos atrasemos.

—Una cervecita en la vara, no más; para recuperar fuerzas.

El Flaco se limpió los bigotes con el dorso de la mano.

—¡Puchas que estaba buena! —exclamó—. Fresquita. Creo que voy a tomarme otra. ¡Tómate una, Chico! ¡Qué te puede hacer!

El Flaco llamó al mesonero:

—Dos garzas —dijo.

—Para mí no pidas —dijo el Chico.

—¡Qué tanto te puede hacer! Con todo el trabajo que nos han dado esas maletas…

La nuez del Flaco se movió rítmicamente, sin descansar hasta que la garza estuvo vacía. El Chico palpó el vidrio helado de la que le habían puesto al frente.

—No te hace nada —dijo el Flaco, apaciguador.

—No me vas a creer —dijo el Chico—, pero no pruebo una gota de alcohol desde hace más de un año.

—Quiere decir que ya puedes empezar a tomar como la gente —dijo el Flaco—. Sin emborracharte.

—Eso pienso yo —dijo el Chico—; pero hasta ahora no me había atrevido. Mira que las vi muy negras…

Entre las manos, el vaso le resultó desmesuradamente largo, pesado, incómodo.

—Curioso —dijo—. Hasta le encuentro mal gusto a la cerveza. Demasiado amarga.

—Si no te tomas el resto, me lo tomo yo —dijo el Flaco.

—Tómatelo. Y ahora, apurémonos.

—La pieza tiene mucha luz —dijo la señora, descorriendo las cortinas—. En las mañanas le da el pleno sol.

—Está muy bien —dijo el Chico.

—Pero este lavatorio no funciona, señora —dijo el Flaco.

—Es cuestión de abrir la llave de paso —dijo la señora, dirigiendo al Flaco una mirada francamente despreciativa, hostil.

Impermeable a la impertinencia de esa mirada, el Flaco buscó, abrió la llave de paso y probó las dos llaves del lavatorio.

—¿Y el agua caliente, señora?

—No hay agua caliente en las piezas —dijo la señora, dándole la espalda.

—Bien, señora —dijo el Chico—. Dejo mis maletas aquí, entonces. Más rato vuelvo a instalarme!

!—Tampoco hay ganchos para la ropa —dijo el Flaco.

—¿Quién es el que toma la pieza? —preguntó la señora, encarando al Flaco resueltamente—; ¿usted o el señor?

—Vamos, Flaco —dijo el Chico.

—Yo soy amigo suyo —dijo el Flaco—. Defiendo sus intereses.

—¡Ah, sí! ¿El señor no puede defenderse solo?

—¡Vamos, Flaco! —insistió el Chico—. Señora; no le haga caso. Se anda metiendo siempre en discusiones.

—Esto es con usted con el que he tratado —le dijo la señora al Flaco, echando chispas por los ojos—. A usted no lo admitiría ni media hora como pensionista.

—¡Salgo! —anunció el Chico—. Si quieres quedarte solo aquí…

—¡Vieja de mierda! —exclamó el Flaco, mientras bajaban la escalera de la pensión.

—¡Déjala! —dijo el Chico—. ¡Qué te importa!

—Acompáñame a tomar otra cervecita —dijo el Flaco—. Para pasar el disgusto.

—Esa máscara africana me tenía obsesionado —dijo el Chico—. Me daba la sensación de una premonición fúnebre. Si no es por el Cónsul, que apareció en ese preciso momento… Con lo grande que es Nueva York, imagínese la coincidencia… Su aparición fue providencial, le diré. Porque yo estaba como para tirarme al río.

—La depresión alcohólica —dijo el doctor.

—Así es —dijo el Chico—. Es por eso que este tratamiento tiene que resultar. De lo contrario…

—El cincuenta por ciento depende de ti mismo —dijo el doctor.

—Hasta ese minuto me había dejado arrastrar por las circunstancias —dijo el Chico, levantando el índice y entrecerrando los ojos—. No le había tomado el peso al peligro. Y en esa galería, frente a esa máscara…

El doctor hizo un gesto de asentimiento, levantó una mano y se alejó. Las piedrecillas del sendero crujieron en dirección al pabellón de los toxicómanos.

—Nunca me había sentido más cerca de la muerte, viejito. Desde entonces me bajó el susto.

—Siendo así, no insisto —dijo el Flaco, levantando la garza helada, espumosa.

—Pero qué me puede hacer una garza —dijo el Chico—. Alguna vez habrá que aprender a controlarse, ¿no crees tú?

Respiró por la boca para destruir el aliento a cerveza y porque pensó, absurdamente, que el aire fresco de la calle, respirando por la boca, apaciguaría el calor, el tumulto, la sangre que se encabritaba, la sed feroz que le había caído encima como un rayo, como una espada exterminadora. No le restaba más alternativa que huir, pese a que las piernas se negaban a obedecerle. Si me encuentro ahora con Gustavo, estoy frito. Pero al llegar a casa de mi madre, esta noche, ya se me habrá pasado. Ahora es cuando hay que acordarse de las advertencias del doctor.

—¡No me interrumpa! —ordenó el loco, cuyos ojos brillaron de indignación—. ¿No ve que estoy sacando mis cuentas?

Estuvo largo rato apuntando cifras, sumando y multiplicando en voz alta, borrando con trazos violentos que rasgaban el papel. De pronto arrojó lejos el lápiz; se sobó las manos febrilmente:

—Dígame.

—Nada, hombre. Sólo venía a devolverle su visita…

—Asiento —dijo el loco, señalando con solemnidad un sillón en la Sala de los Directores—. Déjeme prevenir a mi secretaria para que no nos interrumpan.

Tomó su citófono:

—¿Señorita Gladys?…

—De nuevo tiene un pantalón adentro del calcetín —le indicó el Chico. ,

—¡Ah!

El loco desprendió su pantalón minuciosamente y lo alisó con la mano.

—Permítame explicarle, mi amigo.

Se cruzó de brazos y de piernas.

—Entre ayer y hoy, la situación del mercado ha mejorado

muchísimo. ¿Alcanzaron sus agentes a colocar las órdenes de compra?… ¡Perfecto! Quiere decir que sus utilidades netas, en veinticuatro horas… Permítame…

Recogió el lápiz y procedió a cubrir de cifras los escasos márgenes en blanco del papel. El Chico entraba a la mejor sastrería de Santiago y se encargaba dos trajes de casimir inglés, un tercero de franela, un abrigo. A su madre le compraba un broche de diamantes. El pobre Gustavo había conseguido a duras penas, en años de esclavitud, un pasar mediocre, y él, en cambio, gracias a un solo golpe de audacia y de suerte…

—Podría darme la llave de mi pieza, por favor, señora…

Un esfuerzo de concentración le había permitido hablar con fluidez, sin que se le trabara la lengua. Y el aliento a cerveza, al respirar por la boca, se había desvanecido.

—¿La llave? ¿No se la entregué en denantes?

—¡Verdad!

Encabritada, incontrolable, la sangre delatora se le agolpó en el rostro.

—¡Disculpe!

Tropezó en las hilachas sueltas de la alfombra, pero logró sujetarse de la baranda y subir las gradas dignamente, sin mirar hacia atrás. Sólo necesitaba, ahora, lavarse los dientes y mojarse la cara para estar en condiciones de ir a casa de su madre. Pero el cordón de las cortinas de su pieza se había atascado mañosamente… Trató de tirarlas y todo el sistema, viejas y pesadas cortinas, cordeles, barra metálica, se desplomó con inusitado estruendo.

El Chico abrió la puerta, en busca de la señora, y la divisó en el fondo del pasillo, casi confundida con la oscuridad, salvo los ojos alertas, felinos, prontos a saltar sobre la presa. ¡Qué pasaba! ¡Qué escándalo era ése! Avanzó con decisión, medio coja —el Chico no había reparado en ese detalle—, y se plantó en el umbral, de manos en las caderas, a contemplar el derrumbe. El Chico quiso explicar que las cortinas estaban sueltas; el que tenía derecho a reclamar era él, nadie más; pero se le había olvidado que la lengua se le trababa, que sin un esfuerzo extremo de voluntad las palabras se le enredaban en la lengua, en sus resquicios traidores…

—Sabe —dijo la señora, al cabo de un largo silencio—; se ha presentado una dificultad. Ya a tener que entregarme la pieza mañana.

Dio media vuelta y salió.

—¿Me va a colocar en otra? —preguntó el Chico. La ansiedad de su tono logró detener a la señora, ligeramente perpleja.

—No hay otra pieza libre, por desgracia.

—¡Cómo! Pero hace dos horas, cuando tomé esta pieza, usted no

me advirtió…

La señora se encogió de hombros; lo sentía mucho; no era algo que dependiera de ella. El Chico insistió; en pocos segundos su tono pasó de la ansiedad a la protesta, la exigencia; le infligían una humillación, sí, señora, una ofensa sin nombre, y completamente gratuita, por añadidura, inmerecida, ¡qué se había figurado!, ¿no sabía quién era él?, ¿de qué familia respetable formaba parte?, y su excitación creció, su tartamudez, estaba hablando como un borracho, diciendo estupideces insignes, pese a que no había bebido más que dos cervezas y media, qué absurdo, peor para ella si no le creía, ¿qué tenía que meterse a censurar sus costumbres privadas?

—A ver, señora, explíqueme: ¿qué he hecho yo para que me pida la pieza en esta forma? No es por culpa mía, si la cortina se vino guardabajo… El que debería reclamar soy yo, en realidad… No hay derecho a entregar una pieza en estas condiciones…

—Señor —dijo la señora—. Lo de las cortinas es lo de menos. Lo que pasa es que no quiero borrachos en mi pensión, ¿me comprende?

—¡Borradlos! ¿Quién está borracho aquí, señora? ¡Dígame, por favor!

—Ya sabe —dijo la señora, impertérrita—. Mañana me entrega la pieza.

—¡Pero dígame, señora! ¡Hágame el favor! ¿Quién…?

La señora le volvió la espalda.

—Y no hubo caso —dijo el Chico—. ¡No hubo caso! ¡Vieja desgraciada! Me habían advertido que le tiene alergia al trago, desde que su marido fue alcohólico…

—¿Que tomaste mucho en la tarde? —preguntó uno de ' sus acompañantes, un picado de viruela.

—¡Nada! —dijo el Flaco.

—Dos garzas y media —dijo el Chico.

—¡Qué son dos garzas y media! —dijo el Flaco.

—Lo que pasa es que esa vieja es una conocedora —dijo el Chico —. Cala a los borrachos a la legua. Apenas me vio llegar con el Flaco…

—¡Conmigo! —exclamó el Flaco, furioso—. Apenas te vio llegar a ti, dirás…

—Apenas nos vio llegar, nos agarró entre ojos.

—¡Esto sí que está bueno! —exclamó el Flaco—. Resulta que ahora soy yo el culpable. Si te echaron de la pensión, es por culpa mía. ¡Esto sí que está bueno!

—No estoy diciendo eso, Flaco.

—¡Salud! —dijo el picado de viruela.

—¡Salud! —contestaron todos.

—¿Vieron esa película sobre los zulúes? —preguntó el Chico, alzando su caña.

—¿Qué película?

El Chico bebió su caña de un solo trago, sin apartar la vista del líquido que desaparecía.

—Esa película en que los zulúes atacan a un destacamento de ingleses.

—No la he visto —dijo el Flaco.

—Yo la vi —dijo Jiménez, un empleado de una notaría cercana—. Harto buena.

—¡Salud! —dijo el picado de viruela, que se había esmerado en que las cañas estuvieran otra vez repletas hasta el borde, alineadas sobre el mesón, equidistantes.

—Esto para mí es veneno —dijo el Chico, haciendo una mueca. El picado de viruela sonrió con un aire de resignación dulzona, melancólica.

—¡Salud! —dijo el Chico.

—¡Este Chico! —exclamó el Flaco, abrazándolo con ternura—. ¡Así que yo soy el culpable de todo!…

El Chico terminó de beber su caña y suspiró, atragantado; un velo le había cubierto los ojos.

—El ataque de los zulúes —dijo.

—Tómate un traguito conmigo, mi viejo —dijo el Flaco.

—Tú sabes que no puedo tomar. Es veneno para mí.

Tragó con alguna dificultad, aguijoneado por dolores imprecisos, punzadas en el estómago, el comienzo de un vahído, a manera de advertencia.

—Los zulúes —repitió, levantando la vista, extenuado.

Había dejado la caña encima del mesón, pero el Flaco le acercaba otra, llena otra vez hasta los mismos bordes. Levantó una mano para rechazarla, retumbaban en los cuatro confines los tambores de la tribu, el Flaco insistía, y él, a pesar de todo, a pesar del dolor que se diseminaba, impreciso, taladrándolo en diversos puntos, desintegrando sus últimas fibras, terminó por bebería. En la cumbre de la colina, que ya estaba oscura bajo el resplandor rojo del crepúsculo, comenzó a surgir el perfil de los guerreros; las sombras agudas de las lanzas se desplegaron, listas para el ataque.

—Macanuda esa película —murmuró, luchando por desenredar la lengua.

—Ahora corre por cuenta mía —dijo Jiménez. Llamó al mesonero y le mostró los vasos vacíos.

—Les prometo —dijo el Chico. Hablar le costaba ahora un esfuerzo extraordinario. Descubría una parálisis que había permanecido en la

sombra, al acecho, esperando el menor descuido para saltar sobre él y maniatarle la lengua, las piernas, a vista y paciencia de la máscara impasible, los ojos huecos, las estrías blancas que convergían y se anudaban en el botón sanguinario, femenino, de la boca.

—Les prometo que esto es mi sentencia de muerte.

—Sería mejor que no sigas, entonces —dijo, preocupado, el Flaco. El picado de viruela sonrió suavemente.

Después de interminables minutos en que sólo se escuchó la brisa agitando los arbustos, el rumor sordo del rio a nuestra espalda, el graznido distante de uno que otro pájaro, todos mirábamos la cumbre, conteniendo la respiración, las manos agarrotadas sobre los fusiles, estalló de pronto el vocerío, unánime. Las lanzas se agitaron. La ola de los guerreros, ululando, se precipitó por la pendiente.

—Es que el doctor —explicó el Chico—, me advirtió que el hígado no me va a resistir—, y Jiménez, que ahora fruncía el ceño, le dijo que quizás sería más conveniente que no continuara; él, en cualquier caso, no se hacía responsable.

—No es para tanto, tampoco —dijo el Chico, vaciando su caña.

—Lo que pasa —dijo el Flaco—, es que los doctores tienen que asustarlo a uno. De otro modo…

—¡Natural! —exclamó el picado de viruela.

—Eso es cierto —asintió Jiménez.

—Claro que yo —dijo el Chico, y la caña siguiente le pareció amarga, con gusto a yerba y ladrillo, demasiado fría—, no soy el mismo de antes. Ni siquiera el gusto del vino lo encuentro igual…

Hizo un gesto de probar y de sentir repulsión.

—También hay que tener en cuenta que este vino es una porquería —dijo el picado de viruela—. Podríamos mejorar un poco de calidad. No es cuestión de destruirse el hígado por las puras berenjenas, ¿no les parece?

El vino embotellado pasaba, en efecto, mucho más fácilmente, pero el griterío se aproximaba, ensordecedor; ahora que estaban cerca, sometidos a una fusilería impotente para contener esa marea arrolladora, se veía que algunos llevaban máscaras enormes, horribles; un quejido próximo dio testimonio de un lanzazo mortal; olíamos, mascábamos la pólvora; apuntábamos con frialdad odiosa, dispuestos a vender cara nuestra vida; una lanza silbó y se clavó en la tierra, vibrando, a no más de cinco centímetros de distancia; iban a romper nuestra línea de fuego de un momento a otro y el capitán ordenó que preparáramos nuestras bayonetas.

—¡Carajo! —exclamó el Chico—. Se me olvidó que tenía que comer en casa de mi madre.

—¡Salucita! —dijo Jiménez, separándose del mesón y vacilando. Se

había emborrachado en forma repentina.

—¿Podrías avisar tú? —le preguntó el Chico al Flaco.

—Creo que ahora van a pasar —dijo alguien.

—¿Tú crees?

No hubo respuesta porque el alarido, el mar de gargantas que se precipitaban, colina abajo, nos hizo levantar la cabeza. Tardaron escasos minutos en desbordar nuestra línea de fuego. El sonido metálico de las bayonetas, que colocamos poco antes del choque, nos estremeció la espalda con un escalofrío.

—Yo también me hice un tratamiento —dijo el picado de viruela —; pero se vuelve a caer siempre.

—Lo que me sucede a mí —dijo el Chico—, es que después de esa época en Nueva York me bajó el susto. Soy bastante supersticioso, ¿saben?, y esa máscara…

Era extraño estar en el suelo, semi aturdido, entre los cuerpos que saltaban, los gritos, la fiesta que culminaría con su propio sacrificio. Extraña su indiferencia, su casi voluptuosa contemplación de la lanza que se levantaba,

ritual, y caía desgarrando su vientre, deshaciendo sus entrañas. Se incorporó para decir algo, consciente de que podría liberarse, por medio de un esfuerzo definitivo de voluntad, de esa pesadilla, y le subió a la boca un coágulo gelatinoso. Si abría la boca se le escaparía la vida, se aboliría el último nexo que unía a su cuerpo las visceras desintegradas, convertidas en barro.

—Ya le avisé —dijo el Flaco, de regreso de la cabina telefónica.

—¿Y qué dijo?

—Nada.

—¿Preguntó algo?

—Nada —dijo el Flaco, desviando el rostro y haciendo una seña al mesonero.

—Yo no me siento muy bien —dijo el Chico—. Creo que debería ir a un hospital.

—¡A un hospital!

—Sí —dijo el Chico—. No me siento bien.

Reparó, sorprendido, en que durante un momento de distracción suya se había reanudado el silencio. Sólo se escuchaba la brisa que remecía los arbustos, el rumor sordo del río a unos quinientos metros de la guarnición, el chillido esporádico de los loros. Pero en ese instante las lanzas empezaron a desplegarse en la cumbre, contra el resplandor cada vez más apagado del crepúsculo. Hasta que estallaron, al unísono, los gritos; la ola contenida se desbocó; las lanzas aglomeradas se derramaron sobre la llanura, arrasando con todo lo que encontraban a su paso.

—Ahora sí que no hay escapatoria —dijo el Chico.

—¿Qué dices? —preguntó el picado de viruela, colocándose una mano detrás de la oreja e inclinándose profundamente.

Como única respuesta, el Chico hizo una mueca y probó el vino amargo, con sabor a yerba y ladrillo. El guerrero le enterraba la lanza en el vientre y sus visceras se deshacían, subían a la boca convertidas en coágulo gelatinoso, en barro sanguinolento; si no lograba retenerlas se le iría la vida por ahí, a vista y presencia de la máscara, cuyos ojos huecos, cuya boca femenina, implacable…

—Mejor lo llevamos a la asistencia pública —dijo el Flaco—. Está con muy mala cara.

El picado de viruela asintió. Jiménez se había emborrachado por completo; con la lengua estropajosa, no se encontraba en condiciones de prestar ayuda. Observó, boquiabierto, agarrado del mesón, cómo el Flaco y el picado de viruela llamaban a un taxi y, una vez que éste se detenía frente a la puerta, sacaban del brazo al Chico, uno a cada lado, mientras un mozo, adelante, apartaba las sillas para abrirles camino y los demás parroquianos del bar suspendían por un instante sus risotadas y sus conversaciones y volvían el rostro, sorprendidos, espantada su euforia o su adormecimiento por una intempestiva ráfaga de lucidez.

NOTICIAS DE EUROPA

“Cuando los trato de mirar, se esconden”, dijo Laurita la otra vez. Y ahora está de nuevo en la galería, en cuclillas frente al agujero de las tablas.

—¿Qué te ha dado con espiar a los ratones? ¿No tienes tareas que hacer?

Ella mira por encima del hombro, con agresiva frialdad, y vuelve a contemplar el agujero.

—Porfiada como muía —dice Isabel, entre dientes—. ¡Laurita!

No. Prefiero no sulfurarme. Le tendría que pegar duro, con rabia, y el resultado final es un llanterío que le destroza los nervios; para que Laurita, después, acuda al regazo de Humberto y consiga, a fuerza de lágrimas, establecer su condición de víctima; así su odio puede contar, una vez más, con el respaldo tácito de la autoridad paterna, una autoridad que es imposible poner en duda frente a ella, pese a que Isabel siente a menudo la tentación de hacerlo, pero no es posible, cómo destruir, las ilusiones de Laurita, por irreales que sean… ¡En fin!

La muchacha se obstina en ignorar a Isabel; sin embargo, sus movimientos se han puesto extrañamente torpes, rígidos. Por el repostero, al fondo del corredor, Juana Chandía arrastra sus piernas voluminosas, llenas de varices. Facturas viejas, revueltas con otros papeles en el interior del florero de cristal. El día martes cortaron el teléfono. Isabel fue a pagar esa misma tarde. El empleado veía cincuenta caras por hora; no se acordaría más de la suya. ¡Qué estúpida! ¡Qué importa lo que piense! El malestar se disipó con el aire fresco, en la calle, con el acceso de alegría súbita, inmotivada. Grandes trancos por la vereda, bajo los árboles que adquirían un aroma de primavera prematura, vivificados por el sol de invierno. Todo resuelto. Parecía. Y justo esa tarde llamó Florencia y la imbécil de la Juana le dijo que cortaron el teléfono. “Por no pagar”, le dijo: “¿por qué iba a ser?”

¡Esta niñita! Ahora mira, nada más… El otro día estaba jugando con algo… ¿Con qué?… No se saca nada con preguntarle. Isabel da un suspiro y empuja la puerta de Humberto:

—¿Conseguiste dormir?

—Un poco —dice Humberto.

—¿No quieres que te abra las cortinas?

—Si quieres…

Se está levantando viento; gruesos nubarrones avanzan sobre las

copas de los árboles, en la cumbre, mientras los remolinos de polvo, a ras de la calzada, arrastran papeles, ramas minúsculas, partículas que se meten en los ojos de los transeúntes.

—Van a venir —dice ella.

Humberto la mira con actitud interrogante. ¿A quiénes se refiere? ¿A las nubes? ¿Al Apoderado y su Segundo? La pregunta se prepara y queda, de pronto, interferida por un elemento nuevo, que se agitaba en una capa más profunda; la hostilidad se convierte en ambigua, impenetrable neutralidad. En ese minuto, los ratones emprenden la carrera hacia el otro extremo de la casa; galopan por sus potreros secretos y se dispersan. Es probable que Laurita haya visto pasar una sombra: su recompensa por un largo rato*de contemplación.

—¡Qué manía más absurda! —murmura Isabel, que no logra calmar su ira.

—Que vengan —dice por fin Humberto, arropándose—. Si quieren venir, que vengan.

—Seguro que Juan José no vuelve a hablar de la venta del fundo. ¿Que piensas tú, pues?…

—¿Yo?… Te lo he dicho cien veces.

—Sí; pero ahora, ¿qué opinas?

Vuelve a replegarse a esa zona de neutralidad; de repente parpadea y los ojos se clavan en la ventana. Es el viento, Humberto; es el zumbido del viento y el chasquido de los eucaliptos; no te alarmes… Pero sigue, después del sobresalto momentáneo, instalado en esa zona, invulnerable. Nada lo inquieta menos que el viento.

—Seguro que llueve esta noche.

—Seguro… ¿Podrías traerme una tacita de café?

En la galería, Laurita arrastra el hombro izquierdo contra el muro.

—Laurita…

De espaldas, sigue caminando, arrastrando el hombro.

—¡Laurita! ¿Está sorda usted? ¡Vaya a pedir una taza de café para su papá!

Laurita se reclina con más fuerza contra el muro y arrastra el hombro más despacio.

—¡¡Laurita!!

—Ya se la llevo, señora —dice Juana Chandía desde el repostero.

—¡Qué mocosa más insoportable! —exclama Isabel.

En el dormitorio, Humberto, indiferente, observa el retrato y la bandera. Ella les da una mirada rápida; que él decida… En otras circunstancias le habría dicho que los sacara, pero ahora… El sabe lo que hace. La voz serena, desaprensiva, la toma de sorpresa:

—Mejor sacarlos. Mañana los volvemos a poner, por último…

—Como quieras —dice ella—. Es cuestión tuya.

—Sácalos, mejor.

No pierde un segundo. Ya que él mismo lo pide… Quedan dos rectángulos blancos en la pared, uno horizontal y otro vertical.

—Mejor así —dice Humberto.

—Mejor así —dice ella—. ¿Para qué provocar a la gente?

—Dámelos —dice Humberto, estirando las manos amarillas, temblorosas. Abre el cajón del velador, retira unos papeles, y con gran trabajo guarda el retrato y la bandera. Al devolver los papeles a su sitio, algunos se le caen al suelo y manotea inútilmente, no consigue atraparlos. ¿Para qué trata, cuando es inútil? Isabel se agacha a recogerlos y al incorporarse, encuentra los ojos cansados, muy próximos. En vez de la indiferencia de hace un rato, percibe un conocimiento angustioso, un núcleo de lucidez asediada, carcomida por el miedo. M el miedo se le perdona. ¿Por qué se le iba a perdonar?

—Le digo que no, entonces, a lo del fundo…

El prefiere mirar por la ventana. Cruza las manas.

—Llámame a Laurita —pide.

Laurita, esta vez, obedece en silencio. Entra y camina hasta la cama, mirando al suelo. Las manos de Humberto palpan uno de sus brazos.

—Se pasa jugando a mirar a los ratones —dice Isabel—.'¡Te das cuenta! No ha podido encontrar nada más interesante…

El quiere acariciar los cabellos de Laurita, pero sus manos tiemblan mucho, es increíble cómo sus fuerzas disminuyen.

—Entonces, si insiste Juan José… Bien —concluye Isabel, en vista de que Humberto no responde—. Mejor no hacerse mala sangre. Ya saldrá una manera de pagar las cuentas.

—Ya saldrá —dice Humberto.

Isabel se dirige al repostero. Por el patio de luz, la ventana del viejo, arriba, se ve iluminada.

—Tanto café que toma don Humberto —dice Juana Chandía—. ¿Usted cree que le hará bien?

—Viene una amiga de Laurita —dice Isabel—. Acuérdate.

—Claro que me acuerdo. Les preparé unos sandwiches con un poco de palta que sobró de ayer. Como no había ninguna otra cosa…

—Yo subo a conversar con don Facundo. Vuelvo en un ratito.

—Viejo tacaño —dice Juana, saliendo con la taza de café al corredor.

—A ver qué me dice —murmura ella.

Hace frío en la escala. Un gato arranca a saltos y desaparece. No son capaces contra tantos ratones. Para llegar al taller del viejo, Isabel

debe salir a la calle y subir, tiritando, por otra escala. Los peldaños están hundidos, casi borrados. El propio viejo abre la puerta, deshecho en reverencias y sonrisas.

—¿A qué se debe esta sorpresa tan agradable? —pregunta. La hace pasar al interior y le ofrece asiento en un sofá desvencijado, color guinda seca.

Isabel traga saliva. La mirada del viejo es dura y a la vez desvergonzada, chispeante. Ella repara en la tarima y parpadea, no puede evitarlo. Eecuerda el relato de Humberto; la amiga del grupo que se exhibió ahí, desnuda, por simple complacencia, en una noche de borrachera general. ¡Viejo asqueroso!

—¿Qué se le ofrece, Chabelita? Usted sabe que estoy siempre a sus órdenes.

—Gracias —dice ella, y vuelve a tragar saliva.

—¿Qué tal ha seguido Humberto?

—Más o menos…

Los ojos del viejo la escrutan, burlones, con un leve fulgor de codicia voluptuosa. Una tarde subió sola a pagar el arriendo y él le mostró, después de largos rodeos, un álbum de mujeres y hombres desnudos: pasado de moda, entre solemne y ridículo, con decorados griegos y orientales, caras lánguidas, manos en las caderas, en la nuca, ojos rodeados por sombras. Ella lo tomó a la chacota, ¿qué otra cosa se podía hacer?, mientras el viejo, muy serio, lanzaba sus teorías sobre la belleza del cuerpo humano. Cuando le contó a Humberto, se indignó, pese a que no alcanzó a decirle todo, ¡qué se había creído ese viejo degenerado!, le diría unas cuantas verdades…

—Le ofrezco un trago, Chabelita.

—No, muchas gracias.

“Algo le dije”, anunció después Humberto, moviendo la cabeza en forma vigorosa, como para convencerse a sí mismo de que algo le había dicho, algo de graves consecuencias. “Tomará buena nota, estoy seguro”.

—Vine… —comienza Isabel.

—¿Por lo del arriendo?

—¡Sí! Por ese aumento del arriendo. Ahora, con la enfermedad de Humberto, tenemos gastos…

—¡Justamente! —dice el viejo—. Acabo de ver en el diario el alza de las contribuciones. Le voy a mostrar, Chabelita.

Va hasta el fondo del taller y regresa agitando un periódico:

—Para que no crea que le estoy contando cuentos…

—Si sé…

—Lea —insiste el viejo.

Ella lee algunas líneas. El viejo, de pierna arriba, la contempla con

delectación, sin dejar, no obstante, de mantenerse en guardia. ¡Asqueroso!, piensa ella, y se imagina, no puede evitarlo, es una vergüenza que su imaginación funcione de ese modo, sobre la tarima, desnuda, blanca frente al terciopelo violeta, en tanto que los ojos chispeantes, el rumor de las voces, las exclamaciones de admiración, nunca hubieran creído, viéndola vestida, jamás hubieran creído… Chabelita, ¿quiere que le diga una cosa?, usted es una reina, una reina…

—El problema son los gastos que vamos a tener —dice—. Gastos increíbles. El dinero se hace sal y agua pagando médicos, remedios, laboratorios.

El viejo levanta las manos al cielo. Comprende perfectamente. Lamenta mucho la enfermedad de Humberto;

siempre fueron grandes amigos. El está con la salud buena, a Dios gracias (y se agacha para golpear madera); a los médicos no les debe un centavo; el fisco, en cambio, se prepara para comerlo vivo…

—Los nuevos impuestos, hijita, ¡son una verdadera expropiación! ¡Un robo a mano armada! ¡Este país va de cabeza al socialismo!

Isabel deja el diario:

—¿Qué noticias hay de Europa, Facundo?

—Los alemanes están completamente perdidos —dice el viejo—. Retroceden en todas partes.

—Así parece…

—Humberto estará muy triste…

Ella se encoge de hombros.

—¡Este Humberto! —exclama el viejo—. Ojalá se mejore pronto.

—¡Ojalá! —dice ella—. Cada día, sabe usted… Cada día creo menos.

Le costó decirlo; ahora que lo dijo, se le salen las lágrimas. Tiene que hacer un gran esfuerzo para contenerse. El viejo guarda silencio, con expresión compungida. Por fin, ella se pone de pie.

—Bien, pues, Chabelita —dice el viejo—. Yo trataré de ayudarla.

La odalisca desnuda, su piel blanca frente a terciopelos de color violeta, cortinajes, columnas. El caballete del viejo está solo, en el centro de la pieza, pero en la sombra del fondo hay risas, murmullos, ojos que centellean, labios húmedos, sanguíneos.

—Lo que pasa —dice ella, de pronto—, es que no queremos vender ese fundo. Aunque no nos produzca un cinco. Quién sabe si después…

—Tienen razón —dice el viejo—. Tienen mucha razón. Nunca conviene desprenderse de la tierra.

—Después que cortaron el bosque, no sirve para casi nada, sabe usted… Habría que destroncarlo, y ese trabajo cuesta un dineral.

El viejo escucha con actitud profesional, sin un vestigio de

ambigüedad libidinosa: los negocios son los negocios.

—No lo lateo más, Facundo.

—¡Cómo se le ocurre, Chabelita! Siempre estoy a sus órdenes. Humberto y yo hemos sido tan amigos…

—Sí —dice ella—. El me ha contado las fiestas que se pegaban aquí.

—¡Qué tiempos! —exclama el viejo, lleno de regocijo—. ¡Qué tiempos! Pero no le habrá contado todo, supongo…

—¡Todo! Usted conoce a Humberto. No me oculta ninguna cosa.

—¡Caramba! —exclama el viejo, con malicia—. Hay que tener cuidado con usted…

—¡Mucho cuidado!

—En serio —insiste el viejo, sobándose las manos—; ¿no quiere una copita de oporto?

—No, Facundo. Gracias. Estamos esperando visita de la familia.

Después de abrir la puerta del taller, el viejo se inclina a mirar la escalera oscura.

—Las tardes de invierno son bastante tristes aquí —dice.

—¡Después de todo lo que han remolido!

—Cosas del pasado —dice el viejo—. Ahora estamos p'al gato.

Isabel lanza una carcajada.

—Saludos a Humberto —dice el viejo—. Que se mejore pronto.

La puerta se cierra detrás de Isabel. ¡Viejo de porquería! Baja rápido para combatir el frío que le entumece las piernas. No deben ser más de las cinco de la tarde; en la calle, sin embargo, comienza la oscuridad.

Un suplementero vocea los diarios vespertinos. A ella le carga el invierno, nada la deprime más; tiene la sensación de que el tiempo, en el invierno, pasa con una velocidad desesperante. El corazón se le achica de angustia.

Mientras sube a su casa (sombra fugaz del gato, olor a repollos podridos), se imagina en un transatlántico pletórico de luces, surcando el océano rumbo a Europa, mecida por los acordes difusos de las orquestas. Bebe champaña. Un señor italiano de aspecto noble, de largos dedos pálidos y nariz aguileña, la invita a bailar, la lleva en su ritmo irresistible; los dedos expertos acarician la nuca perfumada, descienden por la espalda, siguen con sabiduría el relieve de los huesos de la columna. Ya en la tercera copa de champaña y el señor, de pronto, ¿cómo llegaron a eso?, ella no recuerda, es decir, no se acuerda claramente, se dejó arrastrar entre la confusión, las serpentinas, las máscaras que no repararon en ese pequeño episodio, ¿no repararon?, besa sus pechos descubiertos, los botones han saltado, ella lo había seguido por el laberinto de los camarotes. Perdidamente

ebria, se ríe y respira con agitación desbocada, desenfrenada. Ahora no hay límite. Y las máscaras, ¿se habrán percatado? ¿La buscará Humberto con la vista, mientras continúa acalorado por una discusión idiota? ¡Déjeme! Le ruego que me deje… Pero no hay salvación. Los abismos tendrán que abrirse para ella, bajo el barco que flota sobre los suaves acordes, las carcajadas lejanas, pletórico de luces.

—¿En qué está pensando, señora? —pregunta Juana Chandía, que sostiene la puerta de par en par.

—¿Llegó la invitada de Laurita?

—Sí, señora. Está tomando té.

—Lléveme una taza a la pieza de Humberto.

Rumor inconfundible de las piernas de Juana, cuando se arrastran de regreso a la cocina. Várices como racimos violáceos. Sobre el mueble de la entrada, notificaciones,

cuentas impagas, folletos inútiles, nunca, desde hace largo tiempo, una noticia que consiga exaltar el ánimo… Le dan ganas de echar el mueble con todas sus porquerías a la chimenea. Lo mismo que el cuadro del comedor con pájaros muertos. ¡A la chimenea! Pero a Humberto se le ha metido en la cabeza que vale una fortuna ese cuadro. ¡Las cosas suyas! Ella, si le dieran cien pesos, aunque fuera para comprarse zapatos…

—Ya que la naturaleza muerta del comedor vale tanto, ¿por qué no la vendes?

Humberto reclina la cabeza en la almohada.

—Los chilenos tienen la manía de venderlo todo —dice, al cabo de un instante—. Por eso no existe la tradición en este país.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Cómo que no tiene que ver! ¡Tiene muchísimo que ver! —Alza la voz, irguiendo la cabeza con dificultad—. ¿No has visto los diarios? Cada día alguna de las casas más antiguas sale a remate. Nadie siente apego por el pasado. En Europa, la gente prefiere pasar hambre antes de vender sus muebles de familia. ¡Pero aquí! Por cinco pesos, cualquiera de nuestros supuestos aristócratas vende a su madre…

—Es que los tiempos están cambiando.

—¡Cambiando para peor! ¡Siempre para peor!

—No te agites. Acuérdate de lo que dijo el médico. ¿Quieres que te arregle los almohadones?

—Estoy bien así —dice Humberto, cruzando las manos encima de las sábanas. Adelanta el mentón con solemnidad y sus ojos se sumergen en la pared del frente, se pierden.

—¿Sabes? —dice ella—; me estaba acordando de nuestro viaje a Europa. ¡Cuándo lo iremos a repetir!

—¡Nunca!

—¡No seas tan pesimista! ¿Cómo sabes?

—Esas cosas se acabaron —sentencia Humberto—.

Suponiendo que me mejorara y que lo pudiéramos hacer… Con esta guerra, Europa se acabó. ¡Todo va a ser una porquería! Los yanquis se instalarán con sus artefactos y sus puestos de coca-cola en las plazas de Florencia, de Roma, en las calles de París… Y al otro lado los rusos, la barbarie, ¡el Asia!… ¡Europa se fue al diablo, Chabelita! Por eso estoy contento de morirme luego…

—¡No digas eso!

—Estoy contento… Me gustaría dejarlas en mejor situación; eso es lo único que me molesta… Pero si Laurita, después, se casa con un agricultor, capaz que saquen adelante el fundo…

—No hables así —dice Isabel—. Me carga que hables así.

Humberto descansa, cierra los ojos.

—¿Para qué comenzaron esa guerra? —dice Isabel, pensativa—. Tenían que terminar así, no más. Con todo el mundo en contra.

—¿Qué dices? —pregunta él, en tono desabrido.

—¿Para qué tenían que comenzar esa guerra…?

—¡Qué sabes tú! ¡Qué te metes a opinar! ¡Las mujeres nunca entienden nada!

Isabel escucha los pasos de las muchachas y se asoma al corredor:

—¡Vengan, niñitas!

La amiga de su hija, María Eliana, después de breves momentos de timidez, se lanza a hablar como tarabilla. Cosas del colegio, chismes de una mezquindad exasperante. Laurita, en una esquina de la cama, mira por la ventana, completamente abstraída. ¡Qué loro!, se dice Isabel, pero observa que Humberto sonríe, vagamente divertido, como si el sonsonete de la voz lo liberara de obsesiones mayores. En vista de eso, Isabel se dedica a preparar la pieza para la llegada de las visitas. Por todas partes encuentra polvo. ¡Esta Juana Chandía, cada vez más inútil! Las nubes, sobre los árboles del cerro, se han tornado aún más densas. La lluvia no tardará. Un ratón corre por debajo de las tablas, lejos de su rebaño.

Laurita sigue en su contemplación ensimismada, ajena al sonsonete incansable.

—¡Dios santo! —murmura Isabel. Limpia una pareja de porcelana sobre la cómoda; el brazo derecho dé la dama, alzado en actitud galante, versallesca, está roto. Arpegios en un clavecín, bajo puños de encaje. Cortesanos reflejados en una galería de espejos. Ella entra lentamente, esplendorosa, y se le abre camino en medio de un murmullo de aprobación. Sus pechos salen del escote; palpitan, albos, bajo las luces. Aplausos discretos. Entre la multitud, vestido de negro, el príncipe extranjero que será su amante aquella noche. Ella se llama

Leda y el cisne picotea sus pezones. Da un minuto de tregua, se hunde en sus plumas, y la cabeza avanza otra vez, sanguinaria…

—Lástima que esta figura se haya roto —dice Isabel, sintiendo calor en las mejillas.

—¿Así que roban en ese colegio? —pregunta Humberto.

—Roban —dice María Eliana—. A una amiga mía, hace poco, le robaron un rosario precioso, de concha de perla.

Voy a decirles que salgan, piensa Isabel; la tarabilla esta lo está cansando mucho. En el momento en que va a decirles, recuerda el rosario. Se ruboriza intensamente; cree que pueden flaquearle las piernas. ¡Qué otro va a ser! Mientras bajaba por el agujero de las tablas, Laurita lo seguía con uii gesto de atención extrema, como si el movimiento de su mano, que lo hacía hundirse, no dependiera de ella. Ahora, inalterable, a kilómetros de distancia, Laurita contempla el techo del dormitorio. ¡Cómo no se me ocurrió preguntarle! ¡Apróntate!… Sería capaz de sacarle los ojos. Y María Eliana, tan chismosa, ¿no hablaría a sabiendas?…

El rosario había aparecido, esa tarde, en medio de una bruma mental: facturas que se acumulaban, recados, trámites por hacer, un nuevo análisis de sangre, sí, señora, es indispensable efectuar un nuevo análisis, la pieza, el olor a remedios, a defecaciones que el agua de colonia no podía disimular, un olor compuesto, ambiguo, que se instalaba en la casa, pero ella no, ella no, ella galopaba por un trigal que empezaba a ponerse amarillo, fustigaba ferozmente a su cabalgadura y parecía volar, debajo el trigal ondulada, iba volando por un espacio enorme, azul, como en los años de su adolescencia, mientras las cuentas de concha de perla desaparecían y regresaban bruscamente, rescatadas por la mano de Laurita cuando las iba a tragar la sombra, el nidal de ratas. ¡Cómo no le había preguntado! Y no era, cuando menos, la primera vez. Los escondrijos de la casa atiborrados de objetos infamantes, delatores. Bastaría que María Eliana sorprendiera uno solo, y entonces, su lengua de tarabilla, a los cuatro vientos…

Isabel sale, pero no se divisa nada por el agujero. El hueco negro. Los ratones ya realizaron su trabajo. Arrastraron el extraño, deslumbrante objeto, hasta sus grutas más profundas. Ahí se desintegrará. Con los años, en la demolición de la casa, una cuenta entre los escombros, brillando a la luz del sol sin recato alguno, último signo vergonzante… Pero no quedará nadie para descifrarlo.

En la pieza de Laurita, abre cajones, investiga bolsillos, revisa debajo de la cama, en cuatro patas, con el corazón dándole saltos adentro del pecho (si a ese loro se le ocurre entrar… pero no, su voz forma parte ahora de una pesadilla lejana, detrás de los tabiques). Nada que parezca sospechoso. En un espejo se descubre desencajada,

desmelenada, con ojos de espanto. Mordiéndose la coyuntura de un dedo, lucha por retener las lágrimas, le cuesta retenerlas. ¡Mocosa de porquería! Y en ese preciso instante, la mocosa viene saliendo del dormitorio de Humberto, hecha una chica fresca, de la mano de María Eliana.

¡Espérate, no más! ¿Pero no sería mejor proponerles un paseo a la calle? Si juegan en la casa… Trata de sacar el habla, pero no lo consigue. Para colmo, cuando todavía no se le quita el intenso rubor, ni las palpitaciones, suena el timbre.

—¡No abra! —ordena a Laurita en voz baja, con inesperadas energías.

Juana se asoma por la puerta del repostero. Ella le hace un gesto para que espere antes de abrir, y camina a la habitación' de Humberto en la punta de los pies. Se arregla rápidamente y después (el timbre suena de nuevo), tratando de sofocar las palpitaciones, le hace una seña a Juana.

Ye entrar primero el rostro afilado, los pómulos hundidos, cubiertos a medias por un velo, de Florencia. Isabel trata de preparar una sonrisa. Piensa rápidamente que su vestimenta es un desastre, los zapatos están medio rotos, la falda viejísima… ¡Qué importa! Pero dar una sensación de mujer abnegada, laboriosa, sin pretensiones… ¡Nada la irrita más! Suspira con rabia, y después sonríe. Detrás de Florencia se hace presente la espalda corpulenta, la respiración fatigosa de Ernesto. Ernesto deja el abrigo en manos de Juana y avanza, marcando en las tablas, con el zapato ortopédico, el ritmo desigual de la cojera.

—Está que se larga a llover de un minuto a otro —dice Florencia.

Cierra la marcha, sonriente, sibilino, Juan José.

—¿Cómo está usted, Chabela?

Entran, saludan al enfermo sin aspavientos, y ocupan las sillas que Isabel ha dispuesto, en ese mismo minuto, en semicírculo alrededor de la cama. Ninguno parece reparar en los dos rectángulos limpios de la pared, el horizontal, donde estuvo la bandera, y el vertical, del retrato. Ella sospecha que Humberto piensa también en el retrato y la bandera, sumergidos en el velador, al alcance de la mano; la claudicación le produce en ese momento, pese a las más razonables justificaciones, dolor, angustia (eso adivina ella), una angustia que los argumentos sensatos, el equilibrio de la lucidez resignada, no consiguen desvanecer. La conversación se inicia con el tema del tiempo, el atraso de las lluvias ese año, que bien puede recuperarse con el aguacero que se avecina. Isabel nota cierta suficiencia en la manera de las visitas de evitar el tema de la guerra, ahora que los alemanes se hallan en pleno retroceso, en desbande, casi… “Que no vengan a cantar victoria todavía”, le había dicho Humberto, y ella desea ahora, por él, para

que su silencio no se le quede atravesado, que se atreva a manifestar sus predicciones sobre un vuelco de la situación, sobre el arma secreta, devastadora, que se prepara en laboratorios subterráneos, inaccesibles a los bombardeos. Pero advierte entonces, en los ojos con que Humberto sigue la conversación, que su cansancio es mucho más profundo de lo que ella imaginaba. Siendo así, mejor que las visitas se hayan puesto de acuerdo de antemano… Y se abandona el tema de la lluvia, la ansiedad de los agricultores ("nunca terminan de quejarse", dice Florencia, con un mohín de coquetería), para hablar de Laurita, de los colegios, de la educación de las monjas.

—Llámala —dice Humberto.

—Está con una amiga —contesta Isabel, incapaz de dominar una turbación absurda.

—¿En qué curso está? —pregunta Florencia.

—¿Qué? —pregunta Isabel, roja y con palpitaciones —agudas—. ¡Ah, sí! En tercera preparatoria.

Pero las visitas tienen un compromiso ineludible. Además, no se trata de cansar al enfermo; otra tarde pasarán a preguntar por él… Florencia alisa su falda; da unos toques maestros al sombrero.

—Tú estás muy bien —susurra al oído de Isabel, magnánima, mientras los hermanos, junto al lecho, se detienen para hablar de cosas más concretas, quizás de las facturas que alguien tendrá que cancelar.

—¡Yo! —exclama Isabel, tratando de captar la conversación de los hermanos—. ¡Estoy hecha un adefesio!

—Te encuentro muy bien —insiste Florencia, persuasiva—. Muy buenamoza—, y los rasgos de Isabel se iluminan con una satisfacción desproporcionada. El zapato ortopédico emprende el camino de regreso; no se detiene cerca del refugio de las ratas.

—Sabe, Juan José —dice Isabel, sosteniendo la puerta—; tengo ganas de que conversemos sobre la venta del fundo.

—Cuando usted disponga, Chabela —dice Juan José—. ¿Así que Humberto se decidió, por fin?

—No —dice Isabel—. Sigue con su idea. Pero yo voy a convencerlo, pierda cuidado.

Juan José responde con una vaga, enigmática sonrisa. Florencia la besa en las mejillas. Ernesto, después de murmurar una despedida agridulce, inicia el descenso, aferrado al pasamanos.

Laurita, en su habitación, está contando una larga historia a María Eliana; le habla y a la vez le pasa naipes grasientos. Su mirada encuentra la de Isabel, parada en el umbral, y se calla.

Humberto se ha reclinado en los almohadones; cierra los ojos, muy pálido, con ojeras profundas. El olor es terrible, piensa Isabel.

Imposible que no lo notaran. Sintiendo a otra persona cerca, Humberto abre los ojos y los vuelve a cerrar. Isabel piensa que por su mente, desteñidos por la fatiga, pasan campos de batalla, incendios, humaredas, tropas acosadas por la derrota, edificios que se desmoronan. El estadio retumbante de voces frenéticas es un desvarío lejano, la cruz gamada una fiebre, un espejismo de aguas turbias, llenas de alimañas y reptiles. Hace falta una ráfaga de aire puro, pese a que ya comenzó la lluvia. Las manos escuálidas se mueven sobre las sábanas; los labios y los párpados se agitan:

—¿Le hablaste algo del fundo?

—Sí —confiesa ella—. Le dije que conversáramos so bre la venta.

El tuerce la cabeza y guarda silencio.

—Es mejor —dice ella.

El no dice una palabra. Se ha puesto a llover con más fuerza; el agua empaña los vidrios y empieza a tamborilear en los techos de latón y a traspasar de humedad las paredes. Se escucha, sin embargo, en la habitación vecina, la voz de Laurita. Los ratones, recogidos en sus cuevas, temerosos ante el aguacero, alertas, dejaron de hacer ruido. En Europa, los ejércitos alemanes retroceden abrumados por el calor, el polvo, la metralla de los aviones enemigos. Los días del Tercer Reich están contados.

EL ORDEN DE LAS FAMILIAS

Je dis seulement, chose générale dans le monde, que les femmes conservent l'ordre existant, bon ou mauvais.

S'il est mauvais, c'est bien dommage.

Et s'il est bon, c'est probablement encore dommage.

Henri Michaux

Ahora recuerdo que nos pareció muy natural, a pesar de lo poco que nos conocíamos, la invitación de Verónica al campo. Después supimos que mi madre lo había arreglado todo. Mi madre tenía bastante confianza con la familia de Verónica, desde sus buenos tiempos; además, era experta en arreglar asuntos de esta clase. En esos días, mi padre no se sentía nada de bien; estaba pálido, desencajado, y se le olvidaban las cosas. Poco antes de que partiéramos le vino una fatiga, a medianoche. Dormía mal y se pasaba las noches caminando por la casa. Decía que el mejor descanso, para él, era veranear en Santiago; pero nosotros adivinamos, a través de una conversación de mi madre con José Ventura, que había hecho malos negocios y no podía pagar el arriendo de una casa en Viña. Mi madre dijo que José Ventura se había portado muy bien; el único de la familia que se había portado bien. *Y* tú me dijiste, aparte, en un tono desacostumbradamente serio, que no había que insistir en lo del veraneo en Viña. Asentí con la cabeza y te miré a los ojos, en silencio, mostrando que comprendía que la situación era grave. "A lo mejor es bonito allá", agregaste, conciliadora. "A lo mejor", dije; "seguro". Me acuerdo que desperté una noche y mi padre estaba en el dormitorio. Había encendido la luz y revisaba la mesa llena de libros. "¿No tienes aquí el guía de teléfonos, por casualidad?" ¡Qué idea! Nunca he guardado en la pieza el guía de teléfonos. "Es que ando buscando una dirección", dijo él. Con las manos en los bolsillos del piyama, la mirada errática, el pelo en desorden, los pantalones medio caídos, salió al corredor, donde también tenía la luz encendida. Tuve que levantarme, apagar la luz de mi pieza y cerrar la puerta. Escuché su voz a través del muro, haciéndote la misma pregunta.

¡Pensar que van a hacer cinco años de eso!

Verónica, desde el primer instante, fue extremadamente acogedora y cálida; nos hizo entrar de inmediato en confianza. Nos indicó nuestros dormitorios y después nos mostró las casas, las bodegas y la

capilla del fundo. Tú dijiste que te encantaba el olor de las bodegas. Al entrar a la capilla te persignaste en forma mecánica y contemplaste las vigas del techo, sin hacer comentarios. Las casas, de estilo colonial, estaban refaccionadas, llenas de adelantos modernos, agua caliente a chorros, timbres, refrigerador, hasta un citófono para llamar al repostero. Yo no salía de mi asombro y tú, seguramente, pese a que habías visto más cosas en tu vida, tampoco, pero actuábamos como si nada nos llamara mucho la atención. En la tarde salimos a caminar y Verónica contó que se aburría como ostra en el campo; era una suerte que hubiéramos ido; era una suerte, también, que sus padres no estuvieran; su presencia imponía toda clase de limitaciones. “Llegan el sábado, con José Raimundo, un primo mío que es un plomo. Los compadezco a ustedes”, añadió, dirigiéndonos una mirada de conmiseración. Nosotros sonreímos. Los anuncios de Verónica no conseguían alarmarnos; estábamos en jauja, y el sábado nos parecía demasiado lejos. “Deben de ser riquísimos”, te dije esa noche, en un momento en que Verónica había partido a buscar más hielo. “Supongo”, dijiste, sin demostrar interés por el tema, levemente irritada. Mi observación destruía cierto clima irreal en que te habías instalado muy a tu gusto. Volvió Verónica del repostero y reanudaste el diálogo con ella, desvinculada de mis acotaciones triviales.

—Y por fin —preguntas—, ¿te subieron el sueldo?

—No —digo yo—. Era una falsa alarma.

Bajas la vista, decepcionada, y continúas cosiendo. Eran cosas del ayudante de contabilidad; en su optimismo inveterado, creyó oír que le daban un aumento a toda la sección. “¡Cuándo se ha visto que den aumentos por puro gusto!” El ayudante se puso a discutir, exaltado, y en el calor de la discusión se convenció definitivamente de que había oído bien. Esa noche vine a comer aquí y te hice el anuncio. Por darte, alguna vez, una buena noticia. Con la diferencia compraría, por mensualidades, un pasaje de avión a México. “Un viaje de consuelo. Ya que no se puede ir hasta Europa…” Tú celebraste la ocurrencia. “A mí también me convendría un viaje”, dijiste; “pero, ¿cómo? ¿Con quién dejo al niño?” “Con mi madre ni hablar”, dije yo. Te encogiste de hombros. ¡Ni hablar! Después llegó Verónica y le comunicaste la buena noticia y me felicitó. Brindamos con un vaso de pisco puro. Quise que probaras un sorbo y tuviste un gesto de repulsión. “¡Cómo pueden tomar esa mugre!” Verónica se repitió la dosis y quedó achispada, eufórica. “¿Se acuerdan de la mona que nos pegamos en el campo?” Tú sonreíste, pese a que el tema del alcohol no te hace la menor gracia. Increíble que hayan pasado cinco años. Verónica y yo cantábamos a voz en cuello, sin entonación ninguna, y tú nos llevabas del brazo, firmemente. Los ocupantes de una casa de inquilinos salieron a mirar; al ver que la hija de los patrones vociferaba una

canción obscena, regresaron al interior, inexpresivos. Menos mal que a los padres de Verónica nó se les ocurrió llegar esa noche. Tú nos metiste la cabeza debajo de la ducha, a empujones y pellizcos encarnizados. Verónica, en la ducha, siguió cantando.

Yo me serené, me sequé la cabeza y te quise besar. "¡Perdón, hermanita!" Retrocedías y yo trataba de alcanzarte en la oscuridad, conmovido. Al fin me toleraste un beso en los dedos de la mano izquierda. "¿Por qué no pololeas con él?", dijo Verónica; "¡qué importa! Le pedimos permiso al Papa…" Se tendió en la cama, riéndose. Parece que la pieza, de repente, empezó a darle vueltas. Se levantó con la cara contraída, con una' mano en el estómago, y corrió medio agachada al baño. El chorro cayó en las baldosas, antes de alcanzar el lavatorio. Acudiste a sostenerle la frente, con esa eficacia que siempre me asombra, a prueba de repulsiones. A menudo pienso que habrías sido un buen médico; ante el espectáculo de la miseria corporal despliegas energías insospechadas. También me hubiera gustado estudiar medicina, pero a mí me repele demasiado ver sangre.

—¿Y cómo está mi mamá? —preguntas, volviendo a levantar la vista.

—Bien… Bastante tranquila.

—No he tenido un minuto para ir a verla —dices—. Mañana voy sin falta.

—¡Anda! —digo yo.

Se ha estado quejando de ti, últimamente; dice que eres una ingrata, que la dejas botada como un perro. Es grande, cada vez mayor, su afición a las frases melodramáticas, como si le procuraran una diversión secreta y perversa. "¡Qué tristeza!", exclama; "¡qué desolación la vida de una mujer sola!" "Y yo, ¿no cuento para nada?" "Eres el único consuelo de mi vejez", declara; "¡lo que es la otra!" "No hables así; se ha portado muy bien contigo." "¿Bien conmigo? ¿Bien conmigo? ¡Cría cuervos, y te sacarán los ojos!"

Pese a que la conoces tan bien como yo, prefiero no repetirte estas cosas. Para qué. A veces sospecho que reaccionas con una rabia sorda, como si no midieras de quién viene la ofensa. Sueles revelar, de pronto, una especie de porfiada dignidad, un sentido matriarcal intocable y extraño.

El sábado, tal como había dicho Verónica, llegó la familia: los padres, una tía menuda y opinante, y un niño de unos diez años, con algo de monstruo en la cara. Verónica ya nos había advertido que su hermano menor era un monstruo. Detrás de ellos, en un convertible último modelo, llegó José Raimundo. Me cayó desagradable de partida. Bajo, mofletudo, daba la impresión de un muchacho mimado, blando y despótico a la vez. Toda su vestimenta de campo parecía recién sacada de la tienda. Lo veo bajar del automóvil, sacudirse las

manos y saludar a todo el mundo por igual, con una inclinación y una sonrisa mecánica.

No demostró ninguna preferencia por ti, en ese momento. Tampoco en la tarde, cuando salimos a caminar acompañados por la tía y por el monstruo. Pero en la tarde siguiente noté que se quedaba cerca tuyo y trataba de hacer chistes y bromas, que tú celebrabas sin entusiasmo. Felizmente, anunció después de comida que debía regresar a Santiago. "Por desgracia", dijo, "tengo unos asuntos en Santiago mañana a primera hora." Esperamos escuchar el motor del automóvil y entonces, Verónica y yo celebramos su partida, Verónica, bulliciosamente, yo, con más discreción por no ser de la casa. Charito, la tía, saltó a la defensa de José Raimundo; dijo que era "un talento", siempre el mejor alumno de su curso, en el colegio y la universidad; y era mucho mayor gracia por tratarse de un hijo único, regalón de una familia rica. "Por lo demás", agregó la tía Charito, dirigiéndose a ti maliciosamente, "me pareció notar que te hacía bastante fiesta". Rechazaste con energía, algo ruborizada, la suposición de la tía Charito. "¡Pobre Cristina!", exclamó Verónica. "¡El enamorado que le fue a tocar!" "¿Por qué pobre?", preguntó Charito. "¡Un gran partido! ¡Qué mejor se quiere!" "Díme", preguntó Verónica, exasperada, apelando a tu testimonio directo: "¿cómo encontraste a mi primo? ¡Dílo francamente!" "No es tan pesado", respondiste, conciliadora, y tanto Verónica como la tía Charito estimaron que tu respuesta les daba la razón. "¡Ven ustedes!", exclamó la tía, y Verónica afirmó, con plena seguridad, que hablabas así de puro bien educada. No me cupo duda, por mi parte, de que Verónica estaba en lo cierto. Con su gordura fofa, sus modales estereotipados, su ropa impecable, José Raimundo correspondía exactamente al tipo de persona que mirábamos en menos, que nunca tendría acceso a la cofradía que formábamos entonces. Podíamos diferir en muchas cosas, tú, Verónica, cuya afinidad se nos había revelado en pocos minutos, y yo, pero un desacuerdo en esta materia no nos parecía concebible. La discusión sobre José Raimundo se prolongó durante un buen rato y al final la tía Charito se retiró a su pieza, molesta, declarando enfáticamente que en esa casa nadie se libraba del pelambre. "No me rajen, por favor", dijo, llena de resentimiento, antes de salir del salón, y apenas traspuso el umbral, Verónica lanzó una carcajada que debe de haberle ardido en las orejas.

Lo pasamos muy bien con Verónica, no se puede negar. Hacía mucho tiempo que no lo pasábamos tan bien. El monstruo molestaba un poco, a veces; pero era más bien pacífico. Pálido, con una expresión malsana y odiosa, se pasaba refregando contra las faldas de su madre, que le toleraba los caprichos más absurdos. Una Tez tuvo una pataleta en el comedor y agarró el bistec con la mano y lo botó al

suelo. Me dieron ganas de molerlo a palos. Pero, en general, no se metía con nosotros; andaba a la siga de su madre. En cambio, a la tía Charito le gustaba entrometerse y opinar. Después de esa primera discusión, sin embargo, estuvo más discreta. No volvió a mencionar, desde luego, el tema de José Raimundo. En los paseos de las tardes se ponía filosófica y hablaba de la religión y de la muerte. Miraba, por ejemplo, la puesta del sol y decía:

"¡Cómo puede haber gente que no crea en la existencia de Dios! Es imposible que haya un ateo sincero. ¡Imposible!" Me atreví a discutirle; no todo el mundo ha recibido la gracia, que permite creer; la misma doctrina católica lo sostiene… "Cierto", decía ella, y no obstante, el crepúsculo, el horizonte inmenso, lleno de nubes rojas, que contemplaba de brazos cruzados, en éxtasis… Nosotros guardábamos silencio. Por momentos, la exaltación de la tía Charito se nos contagiaba.

—¿Qué hora tienes? —preguntas tú, sin despegar los ojos de la costura.

—Todavía es temprano. Cinco para las nueve.

Estábamos en la cumbre de una colina y al fondo se veía el estero angosto, de aguas profundas, que lamían con lentitud las ramas de los sauces. Una tarde nos metimos en una balsa de maderos podridos, en traje de baño, y la tía Charito, desde la orilla, se puso a gritar, histérica, que volviéramos, que la balsa podía partirse. Por molestarla, Verónica, que era muy buena nadadora, empezó a balancear la balsa, y te aferraste a mí, chillando de susto. Nado perfectamente, pero esa tarde tenía miedo, me producía miedo y repulsión la idea de caer al agua fría, lenta, llena de peces que de pronto saltaban cerca de nosotros, sin que alcanzáramos a verlos (sólo veíamos el círculo en la superficie; en la profundidad adivinábamos seres viscosos, guarisapos, larvas, el barro de la orilla se desintegraría cuando intentáramos salir, raíces carcomidas por la humedad, parecidas a serpientes). Verónica adivinó ese miedo y prolongó el paseo, llena de alegría sádica. Sólo tus lamentaciones lograron conmoverla, por fin, y acercó la balsa a tierra. "No vuelvan a repetir esa broma", suplicó Charito, desencajada por los nervios. Verónica, sin prestarle la menor atención, se sumergió de un salto y nadó hasta la ribera opuesta. "¡Métanse!", gritó desde ahí, aferrada a unas raíces, pero tú dijiste que nadabas muy mal y yo no me quise meter. El barro del estero me daba un asco insuperable.

—¡Qué raro! —dices—. Se ha hecho bastante tarde.

Haces ademán de abandonar la costura. Miras en dirección al comedor. Después resuelves que no tienes otra cosa que hacer, que ese trabajo es lo mejor para calmar la impaciencia. El reloj, con algunos minutos de retraso, da las nueve campanadas.

—¿Yes? —digo—. No es tan tarde.

Cuando regresamos a Santiago, mi padre había empeorado mucho. El insomnio le impedía todo descanso. En la mesa del comedor tamborileaba con los dedos y clavaba la vista en el vacío. Por momentos, el ritmo crecía y se tornaba inquietante. Las comidas le parecían insípidas; después de probar dos o tres bocados, apartaba el plato con un gesto de repugnancia. "Si no te gusta, no comas, pero no dejes los platos al medio de la mesa." Como única respuesta, el ritmo ascendente de los dedos. No es que no quisiera responder; es que no había escuchado una sola sílaba. Olvidaba las cosas más elementales —ponerse la corbata, abrocharse los botones del marrueco—, y hablaba con escasa hilación. Su costumbre de pasear durante la noche por los corredores y de entrar intempestivamente a los dormitorios se había acentuado. Ya no dejaba dormir a nadie. Una vez que me despertó a las tres de la mañana discutimos acerbamente; le cerré mi puerta con llave en las narices, temblando de furia. Tengo la impresión de que estuvo largo rato al otro lado de la puerta, lelo, sin atinar a moverse, recordando de manera confusa que había discutido con alguien, con quién, sobre qué…

Echábamos de menos a Verónica, que seguía en el campo. Sólo ella podía salvarnos del aburrimiento infinito, antes de que empezaran las clases, sin un centavo (nunca había dinero en la casa). Recorrimos la ciudad a pie en todas direcciones, hasta llegar muchas veces a los cerros vecinos o al campo raso. En las tardes que comenzaban a acortarse, extraviados en un bosque o en un terreno donde los trabajos de urbanización trazaban las huellas de calles futuras o en los faldeos de un cerro, pasábamos revista a todos los temas imaginables. Decías que te cargaban los hombres, que jamás te casarías, que todas las insinuaciones y los desvelos de mi madre te producían un efecto exactamente contrario al que ella buscaba. Estaba resuelto tu ingreso a la Universidad y anunciabas que te ibas a ganar la vida haciendo clases. Por mal pagadas que fueran. Necesitabas poco para vivir. Declaré que tampoco pensaba casarme. Quizás podríamos vivir juntos; aunque no ganáramos gran cosa, se juntarían dos sueldos. Habría que dejar un fondo mensual para viajes, eso sí. Encontrabas que lo del fondo para viajes no era mala idea. No estaba mal. Aunque uno ganara más que el otro, tú más que yo, el dinero sería común y el fondo para viajes lo utilizaríamos en partes iguales. "O distintas. Si uno quiere viajar y el otro no quiere…" Distintas. Algo fundamental sería la independencia; un pacto riguroso; nadie trataría de imponer reglamentos, fijar horas de llegada, rituales de cualquier especie. Las preguntas se prohibirían. Íbamos a contradecir el orden que procuraba establecer, por lo demás sin éxito, en medio de lamentaciones estériles, mi madre. Llevaríamos la negación de ese orden hasta sus últimas consecuencias. "¿No te parece?" ¿No estabas completamente

segura? Decías que sí, que por supuesto. “¡Formidable!”, gritaba yo, levantando los brazos, exaltado. La noche llegaba demasiado pronto, el viento frío de la cordillera, y proponías volver. El hambre nos estaba asediando. Imaginábamos de antemano una decepcionante sopa de letras o un plato de espinacas; un huevo frito sobre las espinacas habría sido mucho lujo, en ese tiempo.

Me gustaría saber si todavía recuerdas esas conversaciones.

Una tarde encontré a José Raimundo en el living de la casa. Se había dejado caer de sorpresa. Mi madre, muy animada y algo relamida, como si la naturalidad, entre nosotros, se perdiera junto con el dinero, sostenía la conversación. Me senté frente a José Raimundo y no abrí la boca. No estaba dispuesto a hacer la menor concesión. Al poco rato entraste y lo saludaste con amabilidad, aunque sin entusiasmo. Se habló de las vacaciones que terminaban. José Raimundo dijo que venía de Pucón. “Me gusta mucho la pesca”, dijo. “¿Y a ustedes?” “A mí me encanta”, dijiste, y te miré con furia. Pucón, la pesca, todas esas cosas, estaban fuera de nuestro alcance. Mi madre insistió para que José Raimundo se quedara a comer. Salió del living y mandó rápidamente a Domitila a comprar jamón y vino; me asomé al repostero y vi a Domitila, que no estaba para esos trotes, que últimamente vivía cansada, partir rezongando. “¿Por qué lo convidaste?”, susurré. “¡Y a ti qué te importa!”, contestó mi madre en voz baja, enrojeciendo de ira. “¿Eres tú, ahora, el llamado a decirme a quién debo invitar a mi casa?” “A Cristina le carga”, dije; “no puede aguantarlo”. “¡No es verdad!”, replicó mi madre; “¿de dónde sacas eso? Es un muchacho muy simpático. Y muy caballeroso. ¿Por qué motivo le va a cargar?” “¡Es un perfecto imbécil!”, exclamé, sin controlar por completo el tono de la voz, y salí del repostero para no escuchar la respuesta.

En el salón, José Raimundo, a sus anchas, hablaba de música. Era perfectamente insensible a la hostilidad ajena; tenía piel de elefante. Se las daba de conocedor y decía que los cuartetos de Beethoven eran lo más extraordinario que se había escrito. “¿A ti te gustan?” “Algo”, dijiste, impávida. ¿A ti? Quise gritar a voz en cuello que no los habías escuchado en tu perra vida, que no salías de las canciones de moda, que por mi parte prefería mil veces las sonatas, y Bach, y las óperas de Wagner, qué sé yo, pero me contuve y opté por decir que me gustaba Stravinsky, la Consagración de la Primavera. José Raimundo hizo una mueca. “¡Es formidable!”, insistí. En vez de abrir camino a la discusión, José Raimundo guardó silencio. “A mí no me gusta mucho”, dijiste, mostrando que estabas resuelta a opinar a toda costa, con absoluta impudicia. “Lo que más me gusta es la novena sinfonía. Encuentro que la parte de los coros es fantástica.” José Raimundo apoyó tu afirmación gravemente y aprovechó el momento para

anunciar que iba a invitarte a un concierto. "En pocos días más hay uno que vale la pena." Te observé de reojo, a ver cómo te las arreglabas, pero permanecías inexpresiva, neutra; no adelantabas ninguna clase de respuesta. Te pregunté si te gustaban los conciertos, para darte la oportunidad de contestar que no, que no eras muy aficionada, que en realidad, es cierto, cualquier frase desalentadora. Y dijiste, sorprendentemente, lo contrario: "Sí, sí me gustan." En un tono que daba a entender que no te gustaban mucho, pero que tampoco te disgustaban, no del todo, sin confesar, por lo demás, que habías ido una sola vez, cuando fuimos con mi padre, años antes, y te aburriste mortalmente, aunque te negaste obstinadamente a confesarlo, nunca diste tu brazo a torcer.

"¡Es un imbécil!", volví a decir, apenas se hubo retirado esa noche. "No es mal tipo", dijiste; "un poco farsante, nada más." "¡Un farsante de porquería! Venir a cachiporrearse con sus idas a Pucón… ¡Qué nos importa! Y tú, ¿cuándo has salido a pescar, para que digas que la pesca te encanta?" "Nunca", dijiste; "no he salido nunca. Pero me encantaría hacerlo." "¡Estúpida!" "¡Tú serás el estúpido!" Estabas súbitamente roja como un tomate, y tu ira me provocó una sonrisa: "Dame un besito de buenas noches". "¡Quítate! ¡No seas cargante!" Mi padre se asomó en mangas de camisa, con expresión extraviada. "¿Se fue ese muchacho?", preguntó. "¿Qué hace?", preguntó después. "¡Nada! ¡Es un hijito de su papá! Tiene autos y toda clase de cuestiones." Mi padre se alejó y regresó al instante: "¿Apagaron las luces de abajo?" "Sí." "¿Están seguros?" "Sí", dije, irritado; "las apagué yo mismo." "¿Estás seguro? Voy a mirar un poco." Y bajó a inspeccionar. Lo escuchamos golpearse contra una silla. "¡Miéchica!", exclamó, en la oscuridad del salón. "Ojalá que nos deje dormir", dijiste; "tanto que se preocupa de las luces ahora, y después, cuando le baja el insomnio…" "¡Adiós, hermanita!", te dije, y sonreiste con la comisura de los labios. "Parece que todas estaban apagadas", dijo mi padre, subiendo la escalera con expresión desanimada, adolorida, sobándose una rodilla. Al llegar al corredor se detuvo, boquiabierto. "¿Quién era ese muchacho?", preguntó de repente. "Un estúpido, ¿no te digo? Pero mi mamá le hace fiesta porque tiene p ata." Mi padre levantó las cejas, como si comprendiera confusamente. "A ver si duermo", dijo, sobándose el rostro; "lo dudo mucho." Suspiró y caminó a su pieza con lentitud, con pasos inestables. "Buenas noches", dijo, sin darse vuelta, levantando un brazo con vaguedad.

Un viernes en la tarde salimos a caminar al cerro San Cristóbal. Las clases comenzaban el lunes. Nosotros aprovechábamos nuestros últimos instantes de libertad. "José Raimundo me pasa a buscar a las seis y media para ir al concierto", dijiste; "pero no tengo nada de ganas de ir." "¡No vayas, pues!" "No tengo nada de ganas de ir",

repetiste, reflexiva, con la vista fija en un cielo azul desteñido, estacionario. Nos llegaba de la ciudad, abajo, una especie de vibración, un rumor sordo, de algo que bullía y era triturado continuamente. Decías que te gustaría vivir en una provincia tranquila; hacer tus clases allá. El ruido de las grandes ciudades, todo ese ajetreo rechinante en medio del calor, del polvo, te alteraba los nervios. Vivir, por ejemplo, en uno de los valles del norte. Hacer las clases y habitar una casa con gallinas, con hortalizas, con perros. “¿Y yo? ¿Cómo vamos a estar juntos, entonces?” “Tú te vas conmigo.” “Es que a mí las ciudades grandes me gustan. La provincia está muy bien vista de lejos. Allá, el aburrimiento, las mentalidades estrechas…” Hablabas, sin escuchar mis objeciones, de comer el pan y la mantequilla del campo; de tomar la leche al pie de la vaca. “Estás bucólica.” “Hoy día me siento bucólica.” Echaste atrás la cabeza, risueña, mostrando tu cuello fuerte, curvo, bronceado por el verano. Tenías un olor especial, que quise comparar con el de los arbustos floridos, con el de las plantas sobre la tierra recién regada, en las tardes del mes de febrero. “No se te ocurrirá casarte con José Raimundo, supongo…” Te enderezaste de golpe, indignada. “Digo, no más; como lo ves tanto, ahora, y mi mamá lo cultiva en esa forma…” “¡Se te ocurre! Además, le dije a mi mamá, si quieres saberlo, que no le hiciera tantas zalamerías. Llega a dar vergüenza ajena.” “Dile que no tienes la menor intención de casarte, con él ni con nadie. Que no se haga ilusiones.” “Le dije.” “¿Y qué te respondió?” “Nada. Las mismas cosas de siempre.”

Me levanté y me puse a lanzar piedras. Trataba de golpear un peñasco situado a unos quince metros de distancia, cerro abajo. El peñasco era un acorazado enemigo; cuando le pegara tres veces, en pleno centro, se hundiría. Eso significaría que el camino estaba despejado, que no había obstáculos. Contemplabas, entretanto, el paisaje gris, absorta, con las manos cruzadas delante de las rodillas. Me aburrí de disparar y quise jugar con el pelo que te caía, suelto, por la espalda. “Vamos.” “¿Por qué tan luego?” “Este tipo pasa a buscarme a las seis y media. ¿Qué hora es?” Mi reloj, que por lo demás se atrasaba mucho, marcaba cinco para las seis. “¡Tenemos que correr!”, exclamaste, preocupada. “¿Por qué no lo dejas esperando? ¡Qué te importa!” “No puedo. Ya me comprometí.” Me puse nuevamente a lanzar piedras contra el peñasco, que no se hundía; las piedras se obstinaban en no tocar el centro sensible. “Yo que tú lo dejaba plantado. Sería la mejor manera de librarse de él.” “No puedo”, repetías, e iniciaste la bajada con pasos enérgicos, sin prestar más oído a mis argumentaciones.

En la casa, le hice compañía a José Raimundo mientras te arreglabas. No habría tenido ningún escrúpulo en salir del salón con

cualquier pretexto, pero prefería observarlo de cerca, tratar de sonsacarle cosas, ver qué puntos calzaba. No es mucho lo que esa vez, o en ocasiones posteriores, saqué en limpio. El me miraba con ostensible desaprensión, como si no valiera la pena conversar conmigo. Eso, y sus zapatos de gamuza, sus camisas de seda, el entretejido de sus corbatas, sus manos blandas, rechonchas, me volaban de furia. Recuerdo el sufrimiento agudo de que aparecieras hermosa, de labios rojos, con un vestido blanco que Verónica te había prestado, y de que partieran al concierto mientras me quedaba en esa casa donde empezaba a bajar la oscuridad. Esa tarde, la única que permanecía en la casa era Domitila y me fui al repostero a conversar con ella. “Hay que hacer algo”, le dije; “mi mamá le mete todo el tiempo a ese imbécil por las narices.” “Querrá que se case con él”, dijo Domitila. “¡Justamente! Por eso hay que hacer algo.” “¡Que se casen, pues!”, dijo Domitila; “si la niña lo quiere...” El solo hecho de que Domitila aceptara esta idea como algo no imposible, de que se permitiera enunciarla, lo que significaba que no era absurda en sí misma, al menos para Domitila, y por lo tanto, que no era totalmente absurda, me produjo un malestar físico. Me alejé de Domitila con el ánimo por los suelos, y se me ocurrió que podía visitar a Verónica. Hacía cinco o seis días que había regresado del campo.

Me vio desde una de las ventanas, mientras yo atravesaba el jardín lleno de dalias y rosas, con la estatua de Diana la Cazadora en una glorieta cubierta de enredaderas, envuelta en la penumbra del atardecer de marzo. Me gritó que ya bajaba, que la esperara dos segundos. El mozo me hizo pasar a un salón pequeño, atiborrado de sillas estrechas y adornos de porcelana, con estanterías atestadas de libros en las paredes. Esperé inmóvil, sentado en la punta de una de las sillas, sin respirar casi. Había vislumbrado, al entrar, una galería de mármol, las barandas de fierro forjado de una escalinata, salones espaciosos invadidos prematuramente por la oscuridad. Los libros de las estanterías, en su mayor parte, eran inventarios inútiles, recopilaciones en latín, catastros, algunos textos clásicos encerrados en volúmenes diminutos. Extravagancias de la gente rica, pensé, y en ese instante entró Verónica y me preguntó, antes que ninguna cosa, por ti. Ella sabía que mi visita no podía tener otro motivo. Levanté las cejas, con expresión preocupada: “Vine para hablarte de ella, precisamente.” El sentido del ridículo me impediría, ahora, una actitud así; pero éramos aficionados, en ese tiempo, yo y tú también, a los ademanes teatrales. “¿Qué pasa?”, preguntó Verónica, con alarma. “Díme primero”, interrogué, para graduar los efectos: “¿alguien lee estos libros?” “Nadie”, dijo Verónica; “pero cuéntame: ¿qué pasa con Cristina?” “Nada. No pasa nada.” Después de un silencio, agregué: “Lo que hay es que si no hacemos algo, va a terminar casándose con José

Raimundo." "¿Tú crees?" "Así me lo temo." "Debemos hacer algo, entonces", dijo Verónica, pensativa: "le voy a hablar." "No sacarás mucho con hablarle, te aseguro. No va a confesarte nunca que le gusta ese tipo." "¿Tú crees que le gusta? ¡No puede ser!", exclamó Verónica; "sería absurdo. Estoy segura de que no le gusta." "Yo no estoy tan seguro. En todo caso, tú puedes hablarle mejor que yo. Te dejo la tarea..."

El infarto de mi padre se produjo el día miércoles de la semana siguiente, cuando me levantaba para ir al colegio. Desde el cuarto de baño escuché carreras, portazos, la voz de mi madre, extrañamente ronca y tensa, el disco del teléfono donde alguien marcaba un número, cortaba, impaciente, antes de haber terminado de marcarlo, marcaba otra vez. Al rato, la voz implorante, entrecortada, reprimida a duras penas, que de pronto levantaba su diapasón: "Es urgentísimo, le digo." Carreras de regreso. Diste tres golpes discretos pero enérgicos en la puerta del baño. Me sequé con cierto temblor que no conseguía reprimir y me vestí rápidamente. Se escucharon voces en el primer piso. Mi madre subió la escalera de prisa, pálida, seguida por un médico y un enfermero de la Asistencia Pública. Tú subías detrás. "Parece que ha tenido un infarto." Me asomé al dormitorio y alcancé a divisar, entre mi madre y los dos hombres de blanco, a mi padre tendido en la cama, con una mano en el pecho, la camisa del piyama abierta, una pierna recogida, lívido. La ráfaga súbita lo había dejado boquiabierto, estupefacto, como si los pequeños malestares, las pequeñas miserias del último tiempo se hubieran estado acumulando, inadvertidos, y hubieran desbordado en una oleada quemante, sorpresiva, terriblemente destructora. Uno de los hombres de blanco cerró la puerta. "Tengo ganas de vomitar", dije. "No seas estúpido", dijiste; "aguanta." A los pocos minutos sonó el timbre y era el doctor Briceño, el médico de,la familia. Nos saludó en voz baja y subió derecho a la pieza. La puerta se abrió, pero sólo vi formas blancas en movimiento, vislumbré el rostro contraído de mi madre, la cara de uno de los hombres que miraba por encima del hombro, y la puerta volvió a cerrarse. "¿Tú crees que es grave?", pregunté, por preguntar alguna cosa. "Muy grave", dijiste. Caminamos hasta el final del corredor y miramos el cielo por la ventana. En ese instante se abrió la puerta y el doctor Briceño se nos acercó. "Tengo una mala noticia que comunicarles." No pudiste reprimir una exclamación, mezcla de terror e incredulidad, llevándote los nudillos de la mano derecha a la boca. El doctor hizo un gesto de afirmación apesadumbrada. "No pudo resistir el ataque." Vi que la puerta permanecía entreabierta y que de adentro llegaban sollozos. "Hay que ser valiente", dijo el doctor, apretándote un brazo. Te desprendiste con impaciencia mal disimulada y avanzaste por el corredor, lentamente, mordiéndote uno

de los nudillos. Habría querido acompañarte, pero me sentí importuno. El doctor Briceño me dio unos golpecitos amables en la espalda. “Voy a hablar con la Domitila”, dijo. “Tu madre necesita un poco de valeriana.”

Me asomé al umbral y vi que llorabas, de pie junto al lecho, con la cabeza baja. Llorabas en silencio, pero los sollozos te sacudían los hombros. A mi padre lo habían metido adentro de la cama. Me acordé de sus insomnios, de sus paseos nocturnos. También lo vi en sus buenos tiempos; junto al Chevrolet azul, colocándose la gorra y los guantes para manejar, sonriente, dueño del universo y de sí mismo. Recordé algunas entonaciones peculiares de su voz y un acceso de furia que tuvo porque no te quise prestar un juguete, cuando cumplí ocho años; me dio un coscacho a toda fuerza y las lágrimas me enceguecieron.

No sentía, por mi parte, el menor deseo de llorar; sólo una pesadez en el corazón, como si trabajar le costara un esfuerzo doble, como si los sucesos recientes y el cúmulo de los recuerdos lo aplastaran.

A las seis de la tarde llegó José Raimundo, vestido de gris oscuro, con cara de circunstancias. Habían encajonado a mi padre después del almuerzo y se lo llevaban en un rato más a la iglesia. “Muy sentido pésame”, murmuró José Raimundo, y me miró a los ojos con intensidad. Agradecí vagamente y guardé silencio, incómodo. Menos mal que apareciste luego. José Raimundo te dijo una frase más larga, que no alcancé a escuchar. Tú tenías los ojos algo hinchados, pero actuabas con una naturalidad que me sorprendía. Le dijiste que se sentara y contaste cómo había sido el ataque, a qué hora, lo que había dicho el doctor Briceño sobre su escasa resistencia, su fatiga, el mal estado de sus nervios. Después llegó Verónica, elegante y seria, y le repetiste las mismas cosas. Ellos estaban a primera hora en la misa, a la mañana siguiente. Verónica te acompañó a la casa y José Raimundo siguió de cerca el entierro. Mis tíos lo reconocían y lo saludaban con lo que me pareció una secreta complicidad, con una complacencia que no lograban disimular del todo, abyecta… Había llegado el momento de hacer algo drástico; de lo contrario… Resolví hablarte, una noche, directamente.

—Ahí llegó —dices, cuando oyes el ruido del manojo de llaves al otro lado de la puerta. Das una puntada final a tu costura, mientras salgo al vestíbulo. El reloj marca las nueve y diez minutos.

—¡Hola! —dice él.

Estoy a punto de hacerle una broma por los progresos de su calvicie. Al fin prefiero abstenerme. Podría caerle mal. Siempre es más seguro mantener las relaciones en un terreno neutro. Deja su cartapacio con papeles y te besa en una mejilla.

—¿Por qué te atrasaste tanto? —preguntas.

—¡Demasiado trabajo! —exclama, dejándose caer en el asiento. Suspira ruidosamente. —¡Las secretarias que tengo son tan estúpidas!

Mueves la cabeza, significando que con esa gente no hay nada que hacer.

—¿Y el niño? —pregunta.

—Durmiendo.

—Estoy demasiado cansado para subir a verlo —se queja él.

Para ahuyentar de la conciencia mi descanso, mis horarios de burócrata, con salida fija a las seis de la tarde, ofrezco preparar un trago.

El pide whisky con un poco de hielo, sin agua.

—¿Y tú, Cristina?

—Yo, nada.

"¡Estás loco!", dijiste; "¿de dónde se te ha metido esa idea en la cabeza?" "Estoy seguro. Sobre todo ahora que murió mi padre. Y Verónica, si quieres saberlo, ha llegado a pensar lo mismo." "¿Verónica?" "¡Claro! ¿Qué te extraña? Está convencida de lo mismo." "Ustedes están completamente locos." "Locos estaremos, pero cualquier día te veo llegar de anillo. Mi madre terminará saliendo con la suya. Y más que nunca añora, que hemos quedado sin un peso."

Todo el dinero de la casa se gastaba en comprarte vestidos y en hacer comida las veces que venía José Raimundo. Mi madre, con tu aquiescencia tácita, vendió poco a poco los trajes de mi padre y algunos muebles; el segundo piso se fue desmantelando. Yo no pedía nada para mí. Dentro de dos años saldría del colegio y empezaría a trabajar. Eso era asunto decidido. Por lo demás, ninguna carrera universitaria me interesaba especialmente. El capital de mi madre eras tú; no había cuestión de pagarme seis años de estudios. Me limité a hacer presente esta circunstancia para pedir, en compensación, un escritorio de caoba. Mi madre aceptó de inmediato, y sin chistar, mis razones; esa tarde, cuando entré a mi pieza, el escritorio estaba instalado en el sitio de honor, debajo de la ventanal Todavía continúa en el mismo sitio.

—¿Y? —pregunta él—. ¿Te subieron el sueldo, por fin?

—Fue una falsa alarma.

Decepcionado, cambia de tema:

—No se puede trabajar en este país —dice—. Los impuestos, las tramitaciones… La gente que produce no siente ningún estímulo.

Lo miras y acatas. Llamas a la empleada para que sirva vino. El aire es insuficiente para respirar. ¿No se podría abrir un poco la ventana? La sangre caliente se agolpa en mi cabeza; no circula. Bebo vino y el calor en mi cabeza aumenta.

Al terminar ese invierno empezaste a salir más seguido con él. Mi

madre sonreía, complacida; Verónica te hacía bromas, y tú no las rechazabas con la convicción de antes. Nuestra comunicación habitual se había interrumpido. Nos encontrábamos solos en el comedor de la casa, por ejemplo, y no teníamos nada que decirnos. "¡Cásate, entonces!", te lancé una vez, de improviso; "si quieres casarte, cásate." Severa, diste unos golpes en la mesa con el tenedor, sin responderme. "¡Cásate! Si el tipo te gusta... O si te gusta su plata", añadí, después de unos segundos; "para el caso da lo mismo." "Te voy a pedir un gran favor", dijiste, llena de ira contenida: "Te voy a pedir que no te metas en lo que no te importa. ¿Quieres hacerme ese favor?" "Muy bien", dije yo, "de acuerdo." Creo que las palabras me silbaban; lo cierto es que me sentía humillado, ridículo. "De acuerdo", repetí. Pero no hallaba qué cara poner, y escondí las 'manos, que me temblaban intensamente, debajo de la mesa. Entró mi madre con expresión satisfecha y sentí deseos de insultarla. Me faltó el pretexto. "¡Este choclo es una porquería!", exclamé, después de hundir los dientes en los granos humeantes, y alejé el plato que me acababan de servir. "¿Qué tiene?", preguntó mi madre; con ingenuidad. "¡Está duro como palo!" "¿No quieres un huevo a la copa?" "¡No!" Me puse de pie, exasperado, y salí del comedor. De haber tenido un objeto contundente a mano, las habría emprendido contra los muebles del salón, contra la vitrina con adornos de porcelana. Salí a la calle y caminé largo rato, sin una noción exacta del tiempo. Era una noche cálida y la Alameda estaba llena de gente. Un muchacho que chacoteaba en un grupo, delante mío, retrocedió y me dio sin querer un violento empujón. "¡Imbécil!", estallé, desbordado por la furia. Los del grupo me miraron con caras desconcertadas, hostiles, y murmuraron algunos insultos. Entré a una fuente de soda y bebí una cerveza. Me bajó el cansancio; una relajación desanimada de los músculos. El camino de regreso parecía interminable. Pasó felizmente una micro medio desocupada y ahí me embarqué de vuelta. Los vaivenes de la micro me ayudaron a olvidar la exasperación, que fue reemplazada por una sensación de vacío, de aridez irremediable. Pensaba, al desvestirme, en nuestro paseo en balsa, en tus chillidos de susto. Abracé la almohada para protegerte. No eras, definitivamente, la misma con que había conversado antes de comer, la que aparecería pronto exhibiendo el anillo de José Raimundo, traspasada por una felicidad imbécil (difícil encontrar una palabra menos dura). La convicción de que te habías ausentado, probablemente para siempre, engendraba ese vacío, esa comezón que trataba, con palabras secretas junto a la cabecera, de apaciguar, de engañar.

Lo del anillo vino poco después, en una escena impregnada de beatitud hogareña: el ingreso al orden de las familias, por la puerta ancha. Llegué a la casa, esa tarde, y encontré una atmósfera extraña

en el salón, festiva y a la vez algo solemne. La sonrisa que me dirigiste fue ambigua, casi irónica. "¿Te gusta?" Observé el anillo con atención, dándome tiempo para responder. La sangre retrocedía y dejaba un cerebro anémico, cuyas palabras parecían de otra persona: "Muy bonito". "Precioso, ¿no?" Asentí con un gesto; ya sabes que la belleza de las joyas nunca me ha conmovido, y además, en este caso… Todo debía de haberse conversado a espaldas mías, porque pronto llegó Verónica, enteramente sobre aviso, y hubo una comida muy buena. Verónica te besó y abrazó con efusión y lanzó grandes exclamaciones admirativas al contemplar el anillo. "¿Para cuándo es el matrimonio?" Te ruborizaste. Mi madre intervino para sacarte de apuros: "Todavía no han fijado la fecha". "Ves", quise decirle a Verónica, "¿no te decía yo?", pero la frase habría caído en el vacío más completo. Era Verónica, precisamente, por raro que parezca, la que demostraba mayor euforia; quizás por mirar el asunto desde fuera, sin un interés inmediato. Mi madre había conseguido lo que se proponía, después de un año de espera paciente, astuta, y la euforia no tenía cabida en ella, sólo una satisfacción serena, profunda en apariencia, pero posiblemente asaltada desde entonces quizás por qué fantasmas. Porque desde la época de tu compromiso notamos que se encerraba en un silencio enigmático, y esa actitud, después del matrimonio, cuando ya no la sostenía la exigencia de llevar su faena a buen término, se acentuó; hasta que percibí una tarde, al regresar de la oficina, el aliento inconfundible y los ojos brillosos, extraviados.

Una vez oí que mi padre, con sus quijotadas, sus arrestos descontrolados de generosidad, sus negocios absurdos, había hecho desgraciada a mi madre. El resumen del comentario era que había sido un atolondrado, un ser insubstancial; las perspectivas brillantes de su juventud se habían malogrado con los años, por exclusiva culpa suya. En buenas cuentas, a pesar de su ingenio, de sus cualidades de círculo de amigos o de salón, cualidades sociales cuando mucho, se había revelado como un individuo inútil, incapaz de dar nada sólido a su mujer, a sus hijos o al resto del mundo, un narrador cuyas anécdotas encontraban oídos complacientes en los bares, pero de nada servían frente a desafíos más rigurosos que un círculo de auditores de buena voluntad: el de la pobreza, por ejemplo; el de la caída vertical de una situación que parecía, en virtud de un espejismo alimentado desde la infancia, inexpugnablemente defendida por los mitos de la tribu. En esas conversaciones se omitía, en consideración a mi presencia, la palabra "tonto", la palabra "infeliz" o "pobre diablo", pero la ineficacia de los recursos histriónicos de mi padre surgía en su dimensión más patética.

También he oído colocar, inconscientemente y a menudo con plena conciencia, a José Raimundo en el otro extremo: el marido modelo,

que ha logrado forjar tu felicidad. Todo esto es probablemente cierto, razonable. En cuanto a mí, a medida que pasan los años y se nota mejor que vegeto en un empleo mísero, se me instala con menos derecho a réplica en la barricada, mejor dicho, la trastienda, que ocupó mi padre. Pero volviendo a José Raimundo, no me parece que los buenos maridos hagan la felicidad de nadie. ¿A qué llaman felicidad? Otra cosa es que un mal marido pueda hacer la desgracia de una mujer, como sucedió con mi madre; que un mal marido hubiera podido hacer tu desgracia. No hay duda. La única certidumbre está en el lado negativo de la cuestión.

Pero tú eres indiferente a estas sutilezas; aceptas que José Raimundo es un buen marido, y aceptas que tu vida está bien, que más no puede pedirse. Entretanto, me veo entre la espada y la pared, abocado al silencio. El lenguaje que nos permitía comunicarnos a espaldas de los demás, salpicado de palabras en clave, de alusiones y subentendidos, se te ha olvidado. Procuro con majadería intercalarlo en nuestras conversaciones, pero es inútil, pasó a la condición de lengua muerta; pronto empezaré a olvidarlo, yo también.

José Raimundo da un bostezo.

—Llegas tan cansado —comentas—, que nunca podemos ir al biógrafo. Hace meses que no vamos.

¿Te acuerdas de cuando íbamos juntos? Me gustaba que pagaras la entrada, aunque fuera con dinero mío; que pasaras los boletos en la puerta y después escogieras tú misma el asiento. Sólo sentarme al lado tuyo y hundirme, esperando la oscuridad. Las luces se apagaban lentamente, las primeras imágenes alcanzaban a reflejarse en las cortinas que se abrían, y el placer sólo podía ser perturbado, más tarde, por la convicción melancólica de que la película iba a terminarse pronto.

Ahora, en la manera como hablas de su cansancio, noto un matiz de orgullo y de respeto. Y noto, por enésima vez, que a mí no me respetas, que sólo tienes por mí una tolerancia hermanable, vagamente nostálgica. Para ti, como para todas las mujeres que conozco, lo que cuenta de verdad es el dinero, el éxito mundano, por cualquier camino que venga. Antes no habías adquirido esta actitud, y pensé, ingenuamente, que podrías seguir viviendo en esa forma, fuera de esta conciencia. Pero entraste al orden sin muchas dificultades, con menos dificultades que otra gente. Sacrificar detalles como el cine en beneficio del descanso de tu marido es parte de tu rol actual, es la indispensableˆ dosis de abnegación de tu personaje, que interpretas con maestría innata.

—Bueno —anunció—. Me voy, entonces.

José Raimundo bosteza otra vez y me da la mano.

—Buenas noches —dices—. Dile a mi mamá que mañana o pasado

le hago una visita.

Camino hasta Providencia y tomo una micro hasta el centro. Ahí me bajo a estirar las piernas. La noche es cálida y las veredas están llenas de animación. Me detengo en las esquinas y miro pasar los automóviles. Veo rostros conocidos, habituados a la noche, pálidos. Para ellos debo ser otro rostro familiar, parte del paisaje de sus paseos nocturnos; alguien que no se sabe lo que hace, para qué existe. Permanezco un rato en los umbrales de los cafés, observando la concurrencia. De repente se oye una frenada estrepitosa y voces airadas, confusas; un motor que vuelve a partir, a toda máquina. Leo los títulos de los libros en los puestos de la feria.

Después de una hora de merodear, atravieso la plaza Bulnes y camino Alameda abajo. Quiero dar una vuelta frente a los prostíbulos de San Martín antes de recogerme. Vivimos en Manuel Rodríguez, no demasiado lejos. Las mujeres de grandes escotes y bocas redondas, rojas, me llaman desde las ventanas. Hay una que me habla en voz baja, con más intención que las otras, y alcanzo a detenerme; no consigo escuchar lo que dice, pero comprendo la mirada procaz y el llamado de los labios entreabiertos, carnosos. Sigo mi camino. Escucho un insulto y veo un gesto despreciativo; alguna que me ha visto pasar en ocasiones anteriores, y no entrar. Doblo y me interno en una callejuela. Desde una ventana en penumbra me solicita una voz de timbre ronco; me cogen un brazo, aprovechando un segundo de vacilación mía.

—Espérate. Voy a abrirte.

Murmuro una negativa, pero ya la mujer se ha precipitado a abrir.

—Entra —dice, parada detrás de la puerta.

—No puedo.

—¡Entra! Aquí conversamos.

—No puedo. No tengo plata.

Sale del interior y me toma del brazo:

—¡Entra, mijito!

—Te digo que no puedo. No tengo plata.

—Me haces un cheque, si quieres.

—No tengo cheques, tampoco.

—¡Mentiroso!

—¡Te juro que no tengo!

Me desprendo con brusquedad y la mujer retrocede, con expresión dura. Agitado, emprendo viaje a mi casa, a paso rápido. Dos carabineros en la esquina me observan pasar, indiferentes. Pronto estoy lejos del sector más concurrido. Contemplo un prostíbulo que funciona en un segundo piso; detrás de las ventanas iluminadas se escucha música, pero no se alcanza a divisar a la gente. Para que los

llamados no se repitan, me disimulo detrás de un árbol. Después de un tiempo, sigo. Entro a calles solas, áridas, bordeadas de casas bajas y árboles miserables.

Domitila, en bata, con una mano en la cadera y un gesto de cansancio, arrastra los pies por el corredor.

—¿Mi mamá ya se acostó?

—Está durmiendo hace rato.

—¿Cómo estuvo?

—Bien —dice Domitila.

—¿No estuvo bebiendo?

—No —dice Domitila—, Descubrí que había comprado una botella de pisco y se la escondí. Ni me preguntó por la botella.

—Está bien, entonces.

Antes de dormir, en la habitación oscura, pienso en los racimos de mujeres asomadas a las ventanas. Los vestidos se abren y surgen los pechos turgentes, los vientres redondos, marcados por la fatiga. Me hago la idea de levantarme y partir otra vez a buscarlas. Podría pagar con un cheque. Pienso después en la balsa, en el agua tranquila y engañosa, en tus chillidos. Avanzas en la oscuridad, en el traje de baño de entonces. Tus muslos duros, blancos, en contraste con la tela negra y elástica. La verdad, no voy a salir; prefiero hundirme en la cama y esperar que llegues. Pero no llegas nunca. Te demoras interminablemente en llegar. La otra noche entró mi madre, tartamudeando, fétida a alcohol, indignada contigo porque no vienes a visitarla nunca. “No es muy agradable venir a esta casa de visita”, le dije, y soltó el llanto. Sollozaba y se estremecía entera. Me dio pena, pero tuve que expulsarla de la pieza para que me dejara dormir. En vez de dormir, permanecí con los ojos abiertos en la oscuridad, esperándote. Igual que ahora. A sabiendas de que no ibas a llegar, de que la oscuridad permanecería idéntica, deshabitada, sin engendrar milagros.

Terminóse de imprimir
en diciembre de 1967,
en los tall eres de
I, G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Provenza, 219 - Barcelona